

Benito Pérez Galdós

ELECTRA

DRAMA EN CINCO ACTOS



Edición de Rosa Amor del Olmo

ISIDORA
Ediciones



Benito Pérez Galdós

Electra

Drama en cinco actos

Representóse en el Teatro Español la noche del 30 de
enero de 1901

Edición de Rosa Amor del Olmo





ISBN 978-84-16250-14-1

Depósito legal M-23674-2014

Composición: *Taller Isidora Ediciones*

Printend in Spain: *Safekat S.L*

Diseño de cubierta: *Safekat S.L*

3 Rue de L'Ermitage 3 79 510

Sanzay Argenton les Vallés France

C/Corte de Faraón 7 B° D 28041

FOTOGRAFÍA CEDIDA POR LA COMPAÑÍA
DIRIGIDA POR FERRAN MADICO QUE
ESTRENÓ ELECTRA EN 2010 EN EL TEATRO
ESPAÑOL.

<http://www.isidoraediciones.com/>

director@isidoraediciones.com

Electra

Benito Pérez Galdós

Electra

Drama en cinco actos

Representóse en el Teatro Español la noche del 30 de
enero de 1901

Edición de Rosa Amor del Olmo



Electra

ELECTRA

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro Español la noche del
30 de Enero de 1901.

4.000



MADRID
OBRAS DE PEREZ GALDÓS
139, Hortaleza
1901

Las críticas del momento¹

La correspondencia de España

¡Abrid las ventanas! ¡Que entren por ellas los rayos del sol del genio y el aire sano de la libertad! Para los que nos culpamos de propio abatimiento a este pueblo desgraciado, sino a reducidos grupos favorecidos durante años y años por la fortuna y por el poder, ¡qué espectáculo tan hermoso, tan consolador; qué confirmación más patente de nuestro optimismo acaba de darnos el público del teatro Español, aplaudiendo frenéticamente a *Electra* y a su autor, obligando a éste a salir a escena cada cinco minutos desde el final del tercer acto hasta el del quinto y último: apiñándose y aglomerándose en el saloncillo, en el teatro, en la calle del Príncipe. Acompañado al escritor ilustre ala salida, tributándole incesantes aclamaciones de entusiasmo, que duran todavía en las calles ahora mismo, cuando he podido romper las filas y venirme a escribir a más de las dos de la madrugada!

En los actos primero y segundo, algunos dudaban o atribuían a la noción del drama una languidez que no era de *Electra*, sino de los electricistas (quiero decir de los actores); pero cuando Galdós junta al hombre con la mujer en el acto tercero, ya se rindieron casi todos los espectadores, y en el acto cuarto, en que Matilde Moreno se reveló como verdadera actriz, ya el entusiasmo parecía unánime.

Ya en el quinto acto, cuando el imán del arte se unió en el público el despertar del amor a la libertad, la ovación a Galdós, la ovación fue superior a toda ponderación; en la

¹ Hemos seleccionado algunos documentos que fueron publicados como críticas al estreno de esta obra de Galdós. Hemos utilizado la reproducción de los periódicos de la Hemeroteca Nacional, así como su verificación y cotejo con el libro *Los estrenos teatrales de Galdós en la crítica de su tiempo*, publicado por la Consejería de Madrid y coordinado por Ángel Berenguer, Madrid, 1988.

vida fui testigo de otro éxito tan grande, tan delirante, tan estruendoso.

No; Galdós no ataca a la religión, como algunos pensaron, ni ése es el camino. ¡Qué había de atacar con dureza alas ideas de nadie, un liberal tan probado y tan sincero! Amar la libertad es respetar a todos!

No se trata siquiera de un drama de intención política, se trata, sencillamente, de una maravillosa obra de arte, de un drama humano, natural, hondo, sincero, tan genial como *Un crítico incipiente*, tan sencillo como las personas decentes y como Consuelo con tanto brío y tanta pasión como *Juan José*.

El *J'accuse* de Galdós sólo alcanza a aquellos zurzidores de voluntades, cegados por el fanatismo religioso como podrán serlo por el fanatismo político, o por otro cualquiera, que ensalzan a Dios con sus palabras, mientras con sus hechos dijérase que se proponen negarle, y que tratan de violentar ala naturaleza, de desterrar de la vida y del mundo a la juventud, de llenar los claustro, no con aquellas almas que a Dios son llevadas por vocación irresistible, sino con vírgenes prematuramente robadas de hogares que pudieran fundarse con sus amores y llenarse de luz de aurora con sus hijos, como si los conventos no tuvieran por misión única el recogimiento y la plegaria del espíritu libre, como si lla naturaleza y la juventud y las ansiadas de vida pudieran recluirse y dominarse como se pone un freno al caballo o un dique al agua.

Esto es lo más hermoso que veo en *Electra*: la protesta y la rebelión de la juventud contra toda la tiranía que trate de oprimirla y sujetarla.

Electra, hija de una mujer liviana, es recogida a la muerte de su madre por sus tíos, los cuales, dominados por el fanático Pantoja, en vez de protectores se vuelven verdugos. Es *Electra* una niña alegre y traviesa. Con sus mimos y juegos nos descubre hasta lo más íntimo de de alma infantil, y en el primer acto vemos ya los albores de la mujer, que va

despertando, no por las tonterías de los muñecos vivos de sus novios callejeros, sino al calor protector y afectuoso de su primo Máximo, viudo y con hijos, hombre entregado a la ciencia, electricista afamado, joven, sabio, fuerte, rico: el macho, en fin.

Pantoja, uno de los causantes de la difunta madre de Electra y que busca en arrepentimiento hosco y triste el lavar de sus culpas, se propone no parar hasta llevar al convento a la que cree su hija (también Cuesta, otro de los amantes, la tiene por suya, que la habilidad del autor ha sabido hacer más trascendental el drama no diciéndolo todo rudamente, sino dejando que el espectador entrevea y adivine), y mientras el fanatismo de Pantoja trata de ganarse la voluntad de la víctima, la chiquilla, que en el primer acto ya era mujer, ha cogido a uno de los niños de Máximo para reemplazar a su muñeca, y en el dulce y noble primer presentimiento de la maternidad, sueña y vive cuando cae el telón y termina el acto segundo.

En el tercero, Galdós ha venido a justificar una vez más la luminosa observación de Meredith, precisamente cuando trataba de la comedia española, de que donde están los sexos más separados es donde más hambrientos se vuelven el uno y del otro.

Electra comprende a Máximo; es el rayo de luz que él necesitaba en la oscuridad de su ciencia, es su complemento, su compañera predestinada por Dios, la mitad de su vida.

¡Qué escena de amor, de pasión, de fuego!...

-¿Una muchacha soltera en casa de un hombre que vive solo? -decían algunos-. No es lógico, ni natural, ni fácilmente comprensible. ¡ah, pajarracos ansiosos de clavar el pico y las garras de vuestra envidia en la carne palpitante de la creación genial!

No olvidéis que Electra no tiene madre; que los que la cuidan, educan y protegen, la cuidan, educan y protegen mal: que en ella hay algún algo de niño, y que todos los niños se van con quien les acaricia, y que todas las mujeres

enamoradas se van también, como encuentre ocasión y tiempo, y mimbres, con el afortunado mortal que las enamora.

-¡pero y él?. —se me dirá—es un sabio, un inventor, un ser aparte del vulgo, por encima de los convencionalismos y de las rutinas. Además, ¿qué va hacer con Electra, si en otro lado la maltratan? ¿abandonarla?

Aquí de Sagasti, cuando le censuraban por admitir a los posibilistas. ¿Qué voy a hacer yo, decía el buen D. Práxedes, si se empeñan en darme su benevolencia? ¿Voy a recibirles a tiros?

Aparte de que ambas casas dan al mismo jardín, y la familia entera, a la cual pertenecen Electra y Máximo, hace vida común.

También en el taller de Máximo se desliza el fanático y trata otra vez de hacer presa. Máximo, como todo hombre honrado haría en su caso, ampara a la víctima, y como si se propusiera justificar aún más la lógica del autor, descubre su amor y se descubre su amor y se dan los amantes mutua palabra de casamiento, mientras la noche y la fábrica de luz eléctrica lo llena todo de claridad, de “día eterno”, como inspiradamente dice don Benito por boca de Electra.

Pantoja no desespera. Inconscientemente apela a la infamia y transmite a Electra su duda de que ella y Máximo sean hijos de las mismas entrañas maternas. La razón de la pobre mujer desvaría. Como loca se interna por el jardín, invocando a la memoria de su madre.

No podía faltar la escena violenta entre Máximo y Pantoja. ¡Y qué escena! ¿Cómo ensalzaría bastante? Galdós ha llegado en ella a lo más alto en intenso del drama. Cuando Electra es llevada al convento, en febril delirio, el entusiasmo del público tocó en el colmo. Galdós, a mi juicio, no produjo nunca página alguna más verdadera, más apasionada, más de genio. Es un acto perfecto, legítima gloria de la literatura española y colosal acierto del dramaturgo.

Ya en el convento Electra y dudando de Máximo, la desesperación de este no reconoce límites y su protesta vigorosa, ardiente, varonil, amenazadora y terrible contra los conventos, contra Pantoja, contra todas las tiranías en injusticias de la tierra, produjo un alboroto que duró más de diez minutos, interrumpiendo la representación, asociándose casi todos los espectadores en un grito formidable y atronador al *Yo acuso* de Galdós y teniendo que abandonar el teatro algunos Pantojas que pugnaban débilmente por salir a la defensa de su semejante.

El drama termina en el convento (magnífica decoración que valió a Amalio salir a escena) y allí se aparece a Electra la sombra de su madre, para abrirle los ojos y para volverla a la razón y a la vida, para decirle que la santidad no se alcanza sólo en el retiro de los claustros, en la deserción del mundo y en la plegaria austera, sino también, y acaso más aún, en los brazos del hombre amado, fundando una familia y un hogar, rodeada y cuidadosa la madre de... (dejemos que lo diga el propio dramaturgo). “de los hijos del hombre, que alegra la vida”.

Máximo arranca a Electra del poder de Pantoja, y el drama termina con magistral sobriedad sin que falte, ni sobre palabra alguna. Paréceme el drama de Galdós el modelo más acabado del teatro español moderno, y me recordaba lo que Dicenta, gran docto en la materia, presenta como requisito indispensable de los modernos dramas, “acción verdad, pasión verdad, caracteres verdad”.

Los actos primero y segundo constituyen una soberbia exposición; conocemos a fondo a los personajes, seguimos tratándoles, asistimos a todo el proceso de sus sentimientos, a la formación del modo de ser de Máximo y de Electra en la vida.

El presentimiento de la maternidad, de jugar a una escena rebotante de delicadeza y de ternura. En el acto tercero, entramos con toda nuestra simpatía en la afectuosa fraternidad de Máximo y de Electra que nos recuerda cómo

fue pasando de fraternidad a amor el mutuo cariños entre solita y Salvador Monsalud.

El acto cuarto es de pasión, está lleno de trágica grandeza, es incomparable. Para buscar algo semejante habría que remontarse a la muerte de Patricio Sarmiento, donde Galdós pintó magistralmente otro fanatismo.

Las habilidades del autor, interrumpiendo las escenas apenas pueden comenzar a languidecer, son frecuentes, y una de ellas, la entrada de Gil en el tercer acto, fue premiada con aplauso unánime.

Y en el acto quinto, tan generoso y tan levantado, la aparición de la sombra y todo el ambiente de ensueño y de algo sobrenatural, lo ha presentado Galdós haciendo gala como raras veces, de su prodigiosa fantasía y demostrando que hay en él, además de un gran novelista y de un gran dramaturgo experimentado, un poeta de primera fuerza.

La palabra de la sombra convence. Es en vano que las circunstancias, que no pudieron apartar a Gloria de Daniel Morton, se obstinen ahora en separar a Electra de Máximo.

También éstos se casarán y no tardarán en tener le primer hijo, hijo de la juventud y de la ciencia, de la belleza y de la verdad.

Lo que el autor no nos dice esta vez es si se llamará Jesús.

Caramanchel.

La Correspondencia de España **El estreno de Electra en el Español**

No complazco hoy a los lectores contándoles el asunto de la obra; debe verse, no leerse; un hecho presenciado, impresiona; leído, distraer; y da vida reconcentrado en un escenario; una catástrofe para un elemento social que hasta ha vivido impune, pero que, a partir de hoy, morirá sufriendo.

Electra, es una obra en cinco actos, que por el solo hecho de haber surgido de la pluma de Pérez Galdós es

eminentemente literaria, muy teatral. En *Electra* hay caracteres, lucha de pasiones, ¡lucha inmensa! Tesis, ambiente, vida, teatro, todo; hay símbolos hermosos, hay ideas que describen un personaje y personajes que encarnan una idea. Don salvador es la Reacción, Máximo la Libertad, *Electra* la lucha. ¡Reacción! ¡Libertad! ¡Lucha! Tres palabras que se unen, en abrazo mortal que ahoga, que se aproximan con un beso que muerde, que se cogen a zarpazos, y Galdós hace vivir esas palabras, las hace vivir y pelear y sucumbe en el torneo la Reacción ¿y cómo no? La lucha y la Libertad son dos cuerpos de una misma arma y surgen triunfantes, elevándose sobre todos y abrazando al mundo cariñosamente.

Galdós ha tenido el talento de ser oportuno; esclavizados por la reacción que nos sujetaba por el cuello, manifestados por el clericalismo, Galdós ha sido el héroe legendario que ha cortado las ligaduras, que ha iniciado la Libertad; *Electra* ha sido el primer grito lanzado al aire; ahora todos debemos corearlo: ¡Viva....!

Electra, para el clericalismo, para el jesuitismo –asqueante y canallesco, que a fuerza de astucias rastreras, embaucando a la mujer para lograr por esta el triunfo sobre el marido amansando oro robado a sus víctimas para comprar conciencias, hipotecar almas y absorber vidas-; *Electra* ha sido para ese monstruo un latigazo en pleno rostro, un tiro en el cerebro, una puñalada en el corazón, una hoguera que lo abrasa. Ahora ¡aventemos las cenizas!

-¡Libertad! Es el grito del oprimido, y todos gritaban anoche: “¡Viva la Libertad!”. Se respiraba ambiente de nueva vida; saturábanse los pulmones enfermos por el humo de los incensarios y el tufo de la cera, de oxígeno, mucho oxígeno: ¡La Libertad!

Anoche la juventud se entusiasmó, las mujeres y los viejos atemorizáronse; con ellos los neus, los Luises, los hipócritas, los jesuitas, ¡los débiles! La juventud, es decir, el vigor, la fuerza, la fuerza física y la intelectual, se exaltaba; la sangre

efervescía en sus venas de la generación robusta y todos los nervios vibraron a impulsos del entusiasmo.

La evolución abre a nuestro país nuevos horizontes; nos regeneramos; seremos fuertes, no nos humillará ningún extranjero; España será la España poderosa de la antigüedad, esa España que sólo conocemos como una fábula: la Patria aventurera de Hernán Cortés y la intelectual de Cervantes...y Pérez Galdós.

¡Libertad, bendita seas!...

La representación de la obra se interrumpió durante mucho tiempo para que se desbordase el entusiasmo; el público de pie, agitaba los sombreros y enronquecía gritando:

-¡Viva la Libertad!

-¡Muera los neos!

-¡Muera el clericalismo!

Y por qué a quien dijo que desde un palco protestaron unos Luises, quiso un grupo de jóvenes llegar hasta los clericales y matarlos a mordiscos.

El éxito de *Electra* fue inmenso, las salidas a escena no pudieron contarse y la ovación delirante, frenética, entusiasta, duró mucho tiempo, no estaba aún satisfecho el público y al salir Galdós del teatro un grupo de más de mil personas lo acompañó hasta su casa en imponente manifestación.

Cuando el autor de *Electra*, emocionado, desde la ventana de su casa, despidió a los que le acompañaban, éstos se disolvieron pacíficamente; llevaban en el alma la dulce impresión de los grandes acontecimientos; el frío de la noche no consiguió templar la sangre que hervía.

De todos los labios brotó *La Marsellesa*.

Abelardo Fernández-Arias.

El Día

Es indiscutible la autoridad que se conquista en buena lid mirando al sol cara a cara y comprendiendo, en el mismo haz luminoso al admirador y al admirado. La reputación

merecida es algo así como el sabor de la creencia. El paladar de la convicción le sirve de tablilla telefónica que hace vibrar las placas sensibles encerradas en los aparatos auriculares del alma.

Pérez Galdós es una institución literaria. Románticos y modernistas; intelectuales y rutinarios; jóvenes y viejos; principiantes y acabantes; flemáticos y epilépticos; desesperados y satisfechos, pantagruélicos y ayunadores... Todos rinden culto, con la convicción que tiene su germen en las noches aspiraciones del espíritu o con la doblegadura impuesta por el yugo de la superioridad, al mérito que ni se abarragana con la adulación, ni se prostituye en el lupanar de la bajeza, confieso que tiembla mi mano cuando mis dedos oprimen la pluma que ha de trazar sobre las cuartillas caracteres escritos que, combinados caprichosamente, representen un juicio crítico acerca de una obra que lleva la firma del ilustre autor de *Doña Perfecta*, de la *Familia de León Roch* y de *Episodios Nacionales*.

En ocasión como la presente, el crítico, el revistero, el cronista de teatro, debe evitar que puedan confundirle con el envidioso que arroja escupitajos de tinta sobre el pedestal que sirve de base a la estatua del genio. El aplauso cuando es un homenaje que se tributa al verdadero talento, se parece a las enfermedades contagiosas. El que aplaude, lleva mucho adelantado para ser aplaudido. La fidelidad en el arte, es como el fenómeno que se realiza cuando los rayos solares pasan a través de los cristales convexos. Las leyes de la refracción luminosa favorecen la condensación de la belleza, y la obra artística puede convertirse en semillero para la cosecha del porvenir. ¡Qué mayor gloria para el hombre, hecho de barro amasado con tinieblas, que servir de ladrillo para la construcción de esa torre colosal que representa la eternidad de los siglos!

El triunfo alcanzado anoche por Pérez Galdós con su hermoso y colosal atrevimiento dramático que lleva el nombre de *Electra* no puede ser descrito en forma que

aparezca como una aproximación de la realidad. El ilustre literato que es hoy una legítima gloria nacional, ha hecho más por la causa de la libertad y del progreso en una sola noche, que toda una generación durante un cuarto de siglo de esfuerzos inútiles. Sobre la planicie inmensa de hielo que representaba el prolongado indiferentísimo, ha dejado caer Pérez Galdós una flecha de luz, oro y fuego. El calor, la claridad, la vida. Se ha fundido el hielo de repente, y la masa congelada se ha trocado en torrente impetuoso que representa una fuerza formidable en el paralelogramo social, se llamará de hoy más: esperanza regeneradora. ¡Bendita una y mil veces esa voz que habla desde lo alto del Calvario de nuestras desdichas!

Por algo se ha llamado al teatro el “Gólgota de la idea”. En la escena del teatro Español redimiéndose anoche toda una raza de oprobio que le envilecía. Brilló la luz divina de la inteligencia redentora y la iniquidad y la superstición huyeron maltrechas y despavoridas. ¡Levántate y anda!--ha dicho una autoridad intelectual a un pueblo que dormía y el movimiento para la reconquista de la dignidad se ha iniciado. Dícese que el primer paso es el que más cuesta los honores del triunfo otorgados anoche a Pérez Galdós por el todo Madrid, exento de frivolidades y bajezas, representa el paso gigante que parecía un sueño y es hoy una realidad... ¡Adelante!

Sigo creyendo que no deben llevarse a las columnas del periódico los argumentos de las obras nuevas que se representan en los teatros. El público desea conservar esa ilusión que le permite no amenguar en nada la intensidad de las emociones, y el revistero teatral está obligado (así lo entiendo y no censuro a los que en mi opinión no comparten) a decir tan sólo cuál es la tendencia de la obra estrenada.

Electra es un drama simbólico en el que se pone de manifiesto la lucha entre la libertad y la reacción; entre el adelanto y las supersticiones absurdas; entre la verdad y la

mentira; entre el mal disfrazado con el ropaje del bien, y la bondad humana que intenta romper las mallas de la suprema injusticia.

En los actos primero y segundo se plantea la acción con una sobriedad y precisión admirables. El acto tercero es el trazo de unión que separa la intensidad filosófica de la intensidad dramática. En el acto cuarto se plantea el problema con una maestría maravillosa, y en el acto final, Pérez Galdós lleva al público a la cumbre de un Sinaí moderno para que presencie allí el hermoso espectáculo de la proclamación de la verdad, acompañada de los relámpagos de la inspiración y del fragor del trueno, que sirve de acompañamiento al himno de la libertad y del progreso.

Lo que ocurrió al terminar el acto cuarto y en el cuadro primero del quinto, quedará impreso para siempre en la memoria de cuantos presenciaron aquella potente y avasalladora oleada de frenesí y de entusiasmo.

Cuando el ingeniero Máximo, refiriéndose al personaje que representa la hipocresía, la aberración, la maldad y el fanatismo exclama: ¡"hay que matarle"! resonó en la sala una exaltación indescriptible. Y cuando momentos después dice aquél hablando del convento donde se consuma la iniquidad que le arrebató la dicha, "hay que pegar fuego a esto", los espectadores pusieron de pie, las señoras agitaban los pañuelos, el ruido que se produjo era ensordecedor y durante un cuarto de hora aplaudían todas las manos, abríanse todas las válvulas del pensamiento, y Pérez Galdós era aclamado como el portaestandarte de un ejército libertador decidido a pisotear las vergüenzas del ayer con las aspiraciones sublimes del mañana.

Hablemos ahora de la ejecución de la obra. Todos los actores y actrices encargados de los principales papeles, esmeráronse en cumplir su cometido. El conjunto resultó, algo más que aceptable, la señorita Moreno tuvo momentos muy felices y en algunas escenas conquistó grandes aplausos, alcanzando una ovación en el acto cuarto que, como queda

dicho, es tan grandioso, que puede codearse con cualquiera de los mejores de Shakespeare. Muy bien la señora Badillo y acertadas las demás actrices.

De los actores distinguióse, en primer término, el señor Fuentes, que dio gran relieve al papel de Máximo y los señores Valero, Sala Julián y Altarriba. La empresa ha puesto la obra en escena con lujo extraordinario. Las cinco decoraciones pintadas por Amalio Fernández son de primer orden; pero sobresalen para el efecto escénico, la del cuarto acto y la del último cuadro. En todos los detalles han demostrado el actual empresario del Español y el director artístico que deseaban colocar la obra de Pérez Galdós en un marco digno de su valor artístico.

La ovación tributada al insigne Maestro no satisfizo a sus entusiasmados admiradores, y cuando se terminó la representación, más de quinientas personas, de las que como suele decirse gastan ropa negra, acompañaron a Pérez Galdós hasta su casa, la manifestación que recorrió las principales calles de Madrid a las dos de la madrugada del treinta y uno de enero de mil novecientos uno tiene una significación muy grande y que no deben echar en saco roto los que se empeñan en creer que el pueblo español es un numeroso rebaño de borregos de Pamergo.

Al ver este nuevo giro que tomas las cosas, será preciso creer en la resurrección de la carne y en algo más que, por creerlo muerto, hacía perder todo género de consoladoras esperanzas. Pérez Galdós con su talento maravilloso, con su autoridad indiscutible, acaba de marcar a la nueva generación el camino de la dignidad y del decoro. Ante los restos de nuestras pasadas glorias ha pronunciado una oración parecida a la que dijo Marco Antonio ante el cadáver del César. Recibía mi cariñoso saludo el patriota esclarecido que ha arrojado en la atmósfera irrespirable que nos rodea la primera bocanada de oxígeno.

Miss-teriosa.

Heraldo de Madrid

El triunfo de *Electra*, triunfo colosal, espontáneo, ardoroso, vibrante, no es sólo un éxito artístico, incomparable homenaje rendido a una inteligencia soberana y genial; no es sólo fruto de la emoción estética, la más pura de todas las emociones que puedan conmover el alma humana; es algo más que eso: es un movimiento de renovación, social y política, es un clamor salido del fondo de la conciencia pública, que sintiendo la asfixia creciente de la reacción invasora, pide luz, aire, libertad; reclama su derecho de vida en las condiciones modernas, civilizadas, europeas; es eso: ¡Resurrección!

Galdós el gran obrero solitario, el que encarna en esta raza la virtud más difícil de todas, bajo nuestro cielo y con nuestro sol, la virtud de la paciencia, el esfuerzo perenne de la voluntad, la lucha heroica contra la indiferencia general; silencioso trabajador, que con manos heroicas hace la revolución en la novela y prepara la del teatro, fue anoche aclamado, vitoreado, levantado sobre el pavés, por la elite intelectual de la capital de España. En su honor deliraron de entusiasmo en el estreno de *Electra* espíritus notables, esclarecidos, que no se conmueven fácilmente, que no suelen salir nunca del diapasón normal de sus impresiones. En su honor han escrito periodistas y dramaturgos frases de merecido elogio, que hoy recoge *El País*. En su honor, mañana la España liberal entera aplaudirá, formando un coro universal de alabanzas.

Y es que Galdós, el gran Galdós, expresaba anoche, con vehemencia y exaltación propias del Arte, los sentimientos y las preocupaciones que agitan, no sólo a los jóvenes y a los intelectuales y a los liberales, sino a una gran masa social que, a toda hora y en todas partes, sin estrépito ni bocina, por modestia o por rubor, declara que no podemos continuar así, constituyendo una excepción en el mundo, sometidos a una influencia cuyos tentáculos todo lo avasallan y a todos lagos llegan, desde el gobierno al hogar.

La batalla del clericalismo, anunciada desde la tribuna parlamentaria, se libró anoche en el teatro, produciendo un entusiasmo delirante. Hay una España que no se resigna a vivir en la máquina neumática del obscurantismo; el aire tiene microbios que pueden envenenar la sangre, pero sin respirar no se vive; la libertad de la ciencia, la libertad de la cátedra, la libertad de la Prensa, determinan un ambiente en el que no escasean los errores, injusticias, obscenidades; pero sin esas libertades, la voluntad desfallece, la inteligencia se nubla, el corazón se apaga. El jurisconsulto, el gobernante, han de trazar los límites jurídicos y han de recoger las inspiraciones de la prudencia para una obra en la que el artista está obligado a que vibre la pasión y a que centelle la ira.

Los clericales, los ultramontanos, captan las conciencias, amenazan las honras, absorben la riqueza, perturban los hogares, entristecen la vida, desvían la juventud, muestran el amor de la familia como pecado, enseñan a la mujer que su enemigo es el hombre, en negación nefanda de la naturaleza; corrompen la moral, elevando la mentira a sistema de conducta social; proclaman el principio siniestro de que el fin justifica los medios; dirigen al Gobierno por los senderos de la coacción y de la fuerza, arrojan en nuestro suelo ensangrentado las semillas de la guerra civil; hacen de España la terrible excepción de Europa, la dolorosa excepción negra.

Y si contra eso, en protesta de eso, se levantan en dramas como *Electra* gritos de guerra, frases furiosas de batalla, no entiéndase que ese es un impulso provocador a violencias y demasías, a luchas de religión, a movimientos desordenados de las masas, que por ley de su vida tiende a tonarse la justicia por sus manos y a hacer una que sea sonada. No. Si el Arte le toca mostrar con relieves salientes el estado del alma de un hombre de bien, que se ve atropellado en sus mejores efectos, pero en las tremendas mallas de la araña de la calumnia y de la mentira, y por eso grita y ruge,

dirigiéndose al jesuita, ¡Hay que matarlo! Y refiriéndose al convento, ante el temor de que sus puertas no se rindan a las leyes del amor, “hay que prender fuego a esta casa”; no se debe deducir de ahí que tales deban ser los procedimientos jurídicos de gobierno de los inspectores de la conciencia pública en España. La Ciencia reclama sus derechos, la libertad pide sus fueros, precisamente para evitar la desdicha de que a un fanatismo no se responda con otro fanatismo, a una intransigencia con otra intransigencia, a la coacción solapada con la fuerza brutal.

Y repárese que el autor no invoca contra el clericalismo las reivindicaciones de un positivismo materialista, ni siquiera del racionalismo. No; Galdós evoca al Dios de los cristianos; al Dios de la verdad, que es todo amor y paz y dulzura, al Dios que instituyó sobre la tierra la más grande y sublime moral que conocieron los siglos, al Dios que sienta a su diestra a los pobres, a los miserables, a los afligidos, al Dios que es la eterna justicia. Y para templar los furores del hombre, para impedir la catástrofe, una alucinación de la conciencia, un milagro del amor filial, hace surgir en el claustro el fantasma de su madre, que revela a Electra, cómo puede amar a Máximo y servir a Dios amándole y merecer su gracia. En el terrible cuerpo a cuerpo con la reacción, con el espíritu negro de la calumnia, el hombre de ciencia se puede olvidar un momento de sus deberes, de la vida de razón que es su vida, para lanzar aquellos rugidos de fiera; pero luego se restablece toda ley y todo derecho, al desenlazarse el drama por los caminos de la más estricta justicia.

Piénsese por un instante en el estado del alma del hermano de aquella doncella, arrancada a su hogar y a su madre por una seducción interesada, cual ocurrió en litigio reciente, visto ante los Tribunales de Madrid, y respóndase si ese estado de violencia no se deberá explicar en quien sufre tales amarguras. Pero al lado de él, templándolo, se levantaba la voz severa del jurisconsulto, que pedía su derecho, nada más que su derecho, invocando la aplicación de las leyes, y si no

se quiere que prevalezca lo primero y se empuje a la sociedad por otros caminos que no sena los jurídicos, no se desatiendan, por Dios, las peticiones en justicia; gobiérnese por la libertad, no sea el Estado prisionero de guerra de un enorme *Pantoja*.

Desvaríos, exageraciones, fanatismos, violencias del anticlericalismo, afirma la Epoca, que nos tienen perturbados y a punto de provocar grandes conflictos. Reprotable y sensible sería que se llegase a ese extremo; pero la culpa, la responsabilidad, digámoslo muy alto, no incumbiría, no sería obra de los sentimientos liberales del país, constituiría el fruto lógico, necesario, de la política reaccionaria, que nos hace remontar tristemente el curso de la Historia y nos hace volver a los tiempos en que, al grito de somatén de las masas absolutistas, responde el pueblo de España, el pueblo de las Cortes y de los Concejos, el pueblo que se alzó en rebeldía en Aragón al querer introducir la Inquisición en su suelo, el pueblo que derrama su sangre en todo el siglo por la Constitución, el pueblo que se bate por el ideal de la libertad, el pueblo que hace revoluciones para negar, a quienquiera que sea, el derecho y la razón con que se quiere extinguirlo después de haberlo mutilado y de haber hundido en el mar su gloriosa historia.

¡Resurrección! España, que se creía muerta, respira como Electra. España, que parecía no responder a ningún llamamiento del deber después de la derrota, vive y alienta cuando se toca a su libertad. España, a quien se le señalaba en Europa como a manera de vertedero donde van a parar las aguas pútridas que expulsa la comunidad civilizada, se dispone a obrar por sí misma la labor de higienizar y sanear su alma y su cuerpo. España, que languidecía anémica, se recobra y se levanta y enseña sus puños a la reacción clerical. España aún tiene tribuna parlamentaria, aún tiene teatro, aún tiene novela, aún tiene Arte, aún tiene prensa.

Y todo, incluso la batalla por la fuerza, que siempre condenaremos, y a la cual ojalá Dios no lleguemos nunca, es

preferible al marasmo, al desmayo, a al asfixia en que parecía vivir la patria, y que merecía ¡Oh tristeza!, que nos dijeran en el Extranjero que tomábamos muy *filosóficamente* el desastre. No, no toma con filosofía, ni con resignación, ni con mansedumbre el pueblo hispano el agravio de sus infortunios. Lo que le faltaba es una bandera, es un ideal, es un lema de batalla para contarse, para sumarse todos los elementos de renovación y de progreso de la España nueva. Y ya lo tiene; se lo han dado hecho reaccionarios clericales, ultramontanos, que ni siquiera han tenido el instinto de esconderse después de la catástrofe, y se ciernen sobre el cuerpo palpitante de la nación sin ventura.

Y no hay, no, otra salvación para España que el que no se encierra en ese espíritu liberal que resucita. Si España ha de culminar siendo nación, no puede eliminarse del derecho y de la vida de los pueblos de Europa, extendiendo hasta los Pirineos una prolongación de Magreb. Si España, dentro de sus condiciones modestas, honradas, de un mediano pasar, a modo de Bélgica o Suiza, ha de merecer el respeto de los poderosos, lo logrará a condición de que para su existencia sienten aquí las ideas y las costumbres de tolerancia y de libertad de la comunidad de la comunidad europea civilizada. Si España ha de proseguir llamándose España, es impulsada por ese grito de *resurrexit* que resonó anoche en el teatro de Lope y de Calderón, en aquel teatro que representó siempre, en todos los momentos de su historia, la protesta contra el ahogo de sus viriles energías. ¡Glorioso teatro, por el cual vivimos todavía en el mundo, por el cual se nos respeta y admira, al cual tuvieron que ir a beber su inspiración los grandes genios del arte humano! ¡Glorioso teatro, que, con Don Quijote, un loco también, un loco de ideas, no morirán nunca, y por los siglos de los siglos proclamarán el poder soberano de la belleza en el planeta! ¡Glorioso teatro, al que Galdós añade un timbre de honor con el triunfo de *Electra*! ¡Glorioso teatro, espejo de nuestra alma, que puede morir, pero no se rinde!

Ese ha sido eternamente el poder del Arte. Con el Renacimiento se señala la conclusión de la Edad Media, y al calor de Grecia, que revive de sus cenizas, nace todo un pensamiento nuevo, toda una filosofía, todo un derecho, toda una política, todo un modo de ser del alma humana que vuelve al santo culto de la naturaleza. Y andando los tiempos, cuando el sistema feudal, cuando el régimen antiguo, son batidos al empuje de la Enclopedia, del brazo de los grandes pensadores van los grandes artistas que prepararán la revolución. Y se introduce una lengua nueva, que llega a las arideces de la Ciencia con un Bufón, y se destruye la concepción clásica con las audacias de un Beaumarchais, que da a sus comedias el carácter de una parodia, de una burla sangrienta de la sociedad; y si la filosofía de un Rousseau, dogma de la revolución, se populariza, no es por su *Contrato Social*, que es para pocos, sino por su *Emilio*, que es para todos; y los sostenes, las columnas más firmes del derecho divino del Trono y de la Iglesia, ríen a carcajadas con las farsas de un *Fígaro* y las donosuras de un *Cándido*.

Y después, ¿qué ha sido Goethe, qué ha sido Víctor Hugo, qué son, modernamente, los Zola y los Tolstoi? Son luchadores, brazos de la revolución artística que prepara la revolución política. Son solitarios, como Galdós, que conciben ellos, allá en su sentido, la Humanidad de mañana, disecando la Humanidad de hoy. Reciben las impresiones del ambiente social y, reproduciéndolas con emoción artística, empujan a los pueblos a que, viendo retratadas sus aspiraciones y sus ansias, traten de ponerlas en práctica, de incorporarlas en la realidad.

Y hay romanticismo a comienzos de siglo, porque la revolución política exige que a la escena se lleven a las luchas de la vida pública por la libertad y por la constitución moderna. Y cuando lograda ésta, escrita en las leyes, se pretende destruirla o es preciso continuar la revolución hasta sus límites lógicos, vienen los naturalistas, con su fotografía

de la vida, a promover la atención de los Gobiernos en los problemas sociales. Y si, por fin, por obra de la reacción que resurge potente, se intenta dar un salto atrás en nuestra historia, aparece el Arte, recogiendo todas las escuelas anteriores, armonizando el alma ideal de los románticos, poetas de la vida, con el alma positiva de los naturalistas científicos y sociólogos de nuestra época, dándoles cuerpo y existencia por poderosos símbolos como el del grito de Electra al rechazar el llamamiento del claustro y seguir las voces de su deber, de su amor por los niños. ¡Son los Hijos de Hombre que alegran la vida! ¡Grito que es un canto, un himno a la Naturaleza, un sano regreso a las fuentes de la vida!

En *Electra*, lo repetimos, hay más que el triunfo artístico: es el señalamiento de una nueva época, es el empuje avasallador de la libertad, es la musa que circula a través de las páginas más gloriosas de los anales de España, ¡es nuestra resurrección!

El drama

I

Ante un acontecimiento como el de anoche, que reúne en sí dos caracteres perfectamente definidos, el literario y el social; ante una representación escénica que, escapando al terreno del Arte, penetra en la entraña, en la médula de la vida contemporánea, llamando a los corazones, pero despertando también las conciencias, hiriendo el sentimiento, pero solicitando a la razón con clamores de combate, parece como que se impone a la pluma del escritor no el análisis estrecho de una obra dramática o la crónica de un estreno solemne, sino un examen amplio, imparcial, sereno, de las circunstancias en que esa obra se ha producido, del medio en que se ha incubado, del impulso que la lleva al proscenio. Pero esto no es suficiente todavía. Es preciso, es indispensable, considerar el drama de Galdós, no como una manifestación aislada del ingenio peregrino que le dio espíritu y forma, la vida del arte, sino como el áureo eslabón

de una cadena que el artífice empezó a forjar hace más de treinta años en el yunque de la vida nacional, en el seno de una sociedad porque parecía rehacerse, más que rehacerse, formarse, al calor de las reivindicaciones filosóficas, de las revoluciones políticas, de las grandes expansiones democráticas.

Si se para la atención en ello, este procedimiento crítico, este engranaje, esta unidad amplia, general, que prescinde de las unidades parciales para abracar de una mirada todo el conjunto de una obra social y literaria, no es aplicable solamente al juicio crítico de esta *Electra* de Galdós, que ha hecho crujir bajo el peso de sus ideas la vieja escena del Español agobiada por la pesadumbre de la retórica. No; para toda la obra galdosiana se impone el mismo procedimiento: hay que medirla como se mediría la labor de un Balzac; hay que considerarla como parte de un todo, como producto de una idea fundamental, compleja; como prolongación intelectual de toda una edificación ideológica, cuyos firmes cimientos abrió la piqueta de nuestro gran autor hace más de seis lustros.

Sí; no puede decirse que Galdós comienza la lucha, sino que vuelve a ella. Y hay en esta lucha algo que entristece. Conforta el ánimo el espectáculo de los bríos juveniles con que Galdós requiere sus armas; entristece ver que las recoge en nombre de una decepción, de un desengaño. Porque este hombre excepcional, este obrero silencioso, que, como ha dicho un crítico ilustre, sin ser historiador de profesión, ha reunido el más copioso archivo de documentos sobre la oral de España del siglo XIX, y sin aparato científico ha pensado por cuenta propia sobre las más arduas materias en que puede ejercitarse la especulación humana; Galdós, que desde el 85 al 79 escribió la epopeya de nuestra nacionalidad, que reflejando el movimiento filosófico de España, del 68 al 80 crea la novela social contemporánea, combatiendo la humana hipocresía en León Roch, lanzando en Gloria sus anatemas contra la intransigencia religiosa, trazando en Doña

Perfecta el cuadro sombrío del fanatismo y de las luchas civiles que desgarraban la patria, se detiene en su camino al comenzar la penúltima década del siglo, y creyendo - ¡espejismo de un espíritu honrado!- que la fiera de la reacción está dominada y vencida, cree llegado el momento de exclamar: “paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” y de separar sus facultades creadoras del campo yermo de las batallas religiosas.

Entonces es cuando inicia, con *Fortunata y Jacinta*, la tercera serie de sus novelas, entonces es cuando de nuevo vuelve amorosamente la mirada a la clase media y a los desheredados de la vida, retratándose con un humorismo sano, con una alegría candorosa; por la amplitud y el realismo de sus cuadros, emula a Balzac; “por la atención que concede a lo pequeño y a lo humilde”, se parece a Dickens; por la melancolía y la piedad, recuerda a Mogol. Se le ve respirar a pulmón lleno fuera de la atmósfera letal del fanatismo; se le ve olvidado, confiado, las amenazas de la mano muerta. Sus libros “son de una inapreciable valor sociológico, -dice Menéndez Pelayo-; tienen sobre todo, un hondo sentido de caridad humana”. Así llega, sin concederse un alto en el camino, a las páginas admirables de *Nazarín* y de *Misericordia*.

Pero bruscamente va a avanzar de nuevo la ola negra; percibe el estruendo de la invasión farisaica, presentando de nuevo batalla a instituciones y organismos; tiene la clara percepción del retroceso, del salto atrás en las tinieblas, y este trabajador infatigable, que de tal manera se ha ganado el derecho al reposo, torna al combate mientras la juventud vacila ante el peligro.

Por eso dije que Galdós vuelve a la lucha en nombre de un desengaño. Desengaño muy doloroso, sin duda, para el hombre que, al traspasar todavía no hace cinco años los umbrales de la Academia y al hablar de las disgregaciones sociales y políticas de organismos que habían llegado casi hasta nosotros fuertes, potentes, parecía alegrarse de esta

falta de cohesión, siquiera fuera porque también desaparecía con ellos el fanatismo compacto que ligaba en estrecho las masas del personal.

De este retroceso, de este salto atrás, de este desengaño, ha nacido *Electra*.

II

Presentaré paralelamente expresando más que comentando, la acción del drama, las ideas, los personajes. El argumento de *Electra* es de los que deben ser relatados precisamente porque el enredo es lo de menos, aunque parezca paradójica la afirmación. Es una obra en la cual el interés de las peripecias resulta muy trivial, si se atiende al fondo, al nervio de la producción misma. Despójese a otras composiciones dramáticas de la novedad, de las sorpresas, y no quedará nada. Hágase lo mismo con *Electra*, y quedará todo. En un suntuoso palacio de Madrid viven los señores de García Yuste; matrimonio sin hijos, ambos en los linderos de la vejez, inmensamente ricos y sin más preocupaciones que colocar santamente un capital, de continuo acrecido, que se les viene a las manos son solicitarlo, sin esforzarse en su aumento, en suma, como una bendición de Dios. Doña Evaristo es una excelente señora que va dejando libre de todo obstáculo el camino del cielo, sembrando de buenas obras. Su caridad no es la de un San Francisco de Asís, no pone sus manos blancas y ociosas en la miseria humana, pero lleva al dedillo la contabilidad de su sobras pías. Rige patronatos, sostiene conventos, favorece con sus millones la vida en clausura. Su marido, don Urbano, es el tipo perfecto de maniquí conyugal. Piensa con el cerebro de su mujer. En el fondo, es un pobre diablo que se atreve a manumitirse, y se resigna a ganar el cielo.

Electra viene a turbar la monotonía de este hogar helado, yerto, metódico, como un balance de millones. Esta chicuela revoltosa, esta mariposilla de alas de oro, que llena con sus risas el palacio de los señores de Yuste, es uno de esos seres

en cuya frente ha puesto el egoísmo humano un estigma. Electra es sobrina de la señora de Yuste; hija de una prima hermana de Doña Evaristo, de una desdichada mujer, cuya vida amorosa y libre fue, en tiempos pasados, oprobio de la respetable familia. La madre de Electra murió en el claustro, olvidada del mundo y salvada, por el arrepentimiento, para Dios. Doña Evaristo, después de pensarlo mucho, se decide a recoger a Electra, a poner a prueba su alma, siempre con la desconfianza de que retoñen en la hija, como una herencia de maldición, las lacerías y las corrupciones de la madre. La pobre niña vive bajo aquella mirada recelosa en acecho de maldades, y, sin embargo, ella es inocente y pura como la inocencia misma. La Señora de Yuste lo reconoce a veces. Pero como Electra es traviesa, juguetona, deliciosamente voluntariosa, Doña Evaristo suele sobresaltarse, creyendo ver en los alegres destellos de sus ojos terribles llamaradas infernales.

Pero esta *Doña Evarista* no es, en realidad, ni mala ni buena; es el tipo vulgar de la beata sociable. La vida de Electra quizá no llegara a ofrecer las convulsiones del drama sin la presencia, casi constante, en el palacio de los Yuste de un señor Pantoja; el hombre negro de la creación galdosiana, que, en nombre de unos derechos ignorados por Electra, impone a ésta una tutuela penosa una esclavitud que subleva el alma de la huérfana. Y todo ello en nombre de un cariño profundo, intenso, egoísta; de un desbordamiento de amor que Electra no comprende. El público, sí, porque adivina que Pantoja es, o cree ser, el padre la niña.

Este personaje sombrío es el eje del drama. Disoluto en su juventud, ofrece el tipo exacto de pecador arrepentido, que, al buscar por los caminos de la penitencia ascética el perdón de sus culpas, quisiera convertir el mundo en una lóbrega cueva donde una Humanidad atormentada por el silicio, elevase al cielo sus preces. En aquel prurito de perfección, en aquellos anhelos de convertir en ángel a Electra, a su hija, no parece que entra el amor paternal, desinteresado y puro, no

el egoísmo del que se cree condenado y palpa en las eternas tinieblas, buscando una mano que lo conduzca al cielo...

Electra, vive atormentada por este hombre trágico. Cada vez que se le acerca, la niña pliega con espanto sus alas de mariposilla. Pero no es sólo Pantoja el que cree haberle dado la vida. También don Leonardo Cuesta, amigo de los señores de García Yuste, pobre hombre enfermo y bueno, anhela tranquilizar su conciencia cumpliendo con lo que repita deberes de su paternidad.

Suponiendo próximo su fin, anuncia a Electra que a ella irán a parar sus bienes. La niña se sorprende y trata de inquirir. Don Leonardo, como Pantoja, sólo le habla vagamente de deberes...de conciencia...El corazón de Electra se oprime...¡Oh, dios mío!- exclama en un hermoso arranque-; ¡cómo pesan sobre las conciencias ajenas!”. Y en esta frase cruel, dolorosa, que produce una emoción intensa, un sentimiento de repulsión invencible hacia aquellos pecadores cobardes que arrojan sobre su alma pura el lastre negro de sus culpas, en esta protesta resignada y dulce, palpita el espíritu de la extraña creación dramática que el genio de Galdós nos ofrece, siempre profundo, siempre inagotable.

Un rayo de luz ilumina toda la situación final del primer acto. Máximo aparece en escena. Máximo es el trabajo, es la ciencia, es la voluntad honrada, es el bien sin dogmas que parecen recetas, es la inteligencia sana en el cuerpo sano, la vida fecunda, generosa, incontrastable... ¿Es un símbolo? ¿Es un personaje de carne y hueso? No nos importa. Pantoja y Máximo se encuentran frente a frente. Electra está en medio. Desde ese momento comenzamos a pensar en la lucha y desear ardientemente una victoria. El problema está planteado.

III

El lector me ha de permitir que no me detenga en el relato detallado de los incidentes. Son innecesarios. Claro está que Galdós se vale de una fábula sencillísima para llegar a las soberbias explosiones del acto cuarto y del acto final. Baste

una somera indicación. Electra, escudada en su inocencia, con el soberano impudor –permítaseme la impropiedad del vocablo- de una cima serena, transparente, hermosa, rompe ciertas prácticas sociales, ciertos ritos de nuestra vida civilizada; por ejemplo: para huir del asedio de Pantoja, hace escapatoria al laboratorio de Máximo, del mágico prodigioso, inclinado siempre sobre sus crisoles. Allí respira; allí vive; allí nacen sus amores descuidadamente, con espontaneidad de flor sin cultivos allí goza de la alegría del vivir; de lo que llamaría aquel Doctor Pascual, de Zola –con el que tiene Máximo grandes puntos de semejanza- la “exaltación del ser”.

Máximo la asocia a sus inquietudes de hombre de ciencia, a su trabajo, como el Doctor Pascual asociaba a su Clotilde a sus terribles experimentos de realidad. Sí, existe una analogía, un parentesco espiritual entre la creación galdosiana y el libro en que Zola resume la larga serie de los Rougon-Macquart. Ambos grandes escritores entonen un himno soberano a la vida; a la vida como no la podrán comprender nunca los sombríos Pantojas; a la vida eternamente renovada; a la vida que, como dice aquel Rougon, herido de muerte, triunfa de todo; a la vida en que hay mucho mal, pero mezclado con mucho bien; a la vida que, contemplada desde ciertas alturas, sólo inspira una caridad ardiente y una universal indulgencia.

Pero ¿cómo ha de comprender todo esto Pantoja? No; juzgando el alma de Electra por la suya, estrecha y mezquina, donde sólo cabe la moral jesuítica, ardua como un yermo, teme ver malogrado su sueño de redención; se estremece de cólera al observar que la mujer no quiere ser ángel; ve en el sublime impudor de Electra peligros cuya sola sospecha profana aquel corazón sano, aquella voluntad recta que se encamina al bien sin las muletas de un ascetismo intransigente que niega la vida, que es un escarnio a la santa, a la admirable Naturaleza.

Pantoja pretende separar a Máximo y Electra. Llega una escena de gran tensión dramática. El hombre negro parece vencido cuando el telón cae. ¡elige!- dice Máximo. Y Electra elige la vida. Pantoja sale envuelto en las sombras nocturnas. En ese momento se encienden los arcos voltaicos del taller del mágico. “Vámonos, llega la noche” –dice un personaje- ¡no! –grita Electra, ¡es el día!, ¡día eterno para mí!

Al levantarse el telón de nuevo, el autor nos conduce a un risueño jardín, el jardín del palacio de los García Yuste. Electra corretea entre las flores, a lo lejos resuena el canto de los niños que juegan al corro. La huérfana es feliz. Su matrimonio con Máximo está concertado. Sus tíos se disponen a dar su consentimiento, satisfechos de no tener que dedicarse en lo sucesivo más que a las obras pías. Pero el fanatismo, el egoísmo, mejor dicho, no se resigna a ceder sin dar la última batalla. Pantoja quiere, con toda la tenacidad del hombre que se juzga instrumento de un designio divino, que Electra redima en el claustro, en el mismo claustro donde está enterrada la pecadora, las culpas de sus padres. Es una redención cruel con la que sueña; por conseguirla se hace feroz; pretende que Dios habla por sus labios, y parece que es la maldad humana la que le inspira. El santo toma un aspecto demoníaco. Se revuelve como una fiera acosada, y para vencer no vacila en acudir a la superchería; el fin justifica los medios.

No pudiendo evitar que su hija se case con Máximo, turba de pronto las dulces alegrías de Electra con una revelación terrible: Máximo es su hermano, aquel amor incestuoso es una maldición de Dios. No hay más que un esposo, Cristo, no hay más que un refugio, el claustro. La víctima enloquece; es el pajarito que cae aleteando en las fauces de la serpiente, y cuando todo horizonte se le cierra, cuando la losa fría de aquel secreto cae sobre su alma, Electra inconsciente, desfallecida, cuerpo sin alma, inteligencia sin luz, se arroja en brazos de unas monjas, que se la llevan al convento. De la escena con que el acto termina, de la desesperación de

Máximo, de la espantable firmeza con que Pantoja mantiene su obra, hablando de un poder invencible y eterno —poder tenebroso— que no lograría destruir la muerte con que Máximo le amenaza, de todo esto, el cronista renuncia a dar ideas; es preciso ver la representación; es preciso, en la soledad del gabinete, leer el diálogo, en que centellea un generoso espíritu de defensa social, de solidaridad humana, de reivindicación de los fueros de la conciencia.

IV

Pero al llegar a este punto es necesario, es indispensable, asociar a la exposición de la obra el público que la escuchaba. ¡de tal manera se compenetró el auditorio con el autor, con los actores! Cada frase era acogida con un aplauso cerrado, entusiasta, prolongadísimo; cada réplica de Máximo, en su duelo a muerte con Pantoja, hacía vibrar ese gran corazón de que otro autor ilustre, Echegaray, habla en una de sus comedias más celebradas. Galdós no se ha detenido ante los muros conventuales; rompe la clausura, y acosa al monstruo de las cien cabezas en su propia guarida. Pero el monstruo no se deja arrebatarse a Electra. En aquellos claustros solitarios se siente más seguro, más poderoso. Máximo comienza a desfallecer, le envenena, le enerva la atmósfera del claustro: le fatiga la lucha con la serpiente.

De pronto, con nuevo calor y brío, toma una resolución suprema. Se llevará a Electra de grado o por la fuerza. “Si no tengo poder bastante —exclama— lo buscaré, lo adquiriré, lo compararé. ¡traeré amigos o cómplices, un escuadrón, un ejército! ¡Renacen en mí los tiempos románticos y las ferocidades del feudalismo!

Galdós ha sabido encontrar de tal suerte la frase justa, ha prescindido tan por completo de la retórica, ha dado a su diálogo una realidad tan intensa, ha sabido recoger con tanta inspiración los sentimientos colectivos, que el aplauso se convirtió muy pronto en un inmenso clamoreo y el clamoroso en tumulto de club. El hervor de la sangre hizo que el público en masa se levantara de sus asientos. La

representación quedó interrumpida, y costó bastante trabajo encauzarla.

Así llegamos al cuadro final del acto quinto. Es un cuadro rápido, cuya poética plasticidad impresiona vivamente. La luz pálida y fría de la luna baña el jardín del convento. Electra, acompañada de otra monja, sale de la iglesia. Resuenan a lo lejos las preces de las religiosas. Sor Dorotea, de acuerdo con Máximo y con el marqués de Ronda, trata de convencer a Electra para que abandone el convento. Al principio, nos sorprende un poco esta extraña complicidad; pero la sorpresa se cambia en breve en un nuevo motivo de aplauso. Aquella religiosa es otra víctima de los infinitos Pantojas que nos rodean. Ignoramos su historia, su drama; pero al ver su angustia, al oír el acento de desesperación con que le dije a Electra: ¡Hermana mía! ¡Vuelve al mundo y llévame contigo!, parece como que se apodera de todos los corazones una piedad infinita por aquel nuevo personaje, apenas esbozado, incidental, que el autor trae con mano firme en el lienzo sombrío, bastándole una sola pincelada.

Pantoja, sobresaltado y receloso, llega en aquellos momentos al jardín, buscando a su hija. Teme traiciones en todas partes. En el templo siguen resonando los piadosos cánticos. El hombre negro se obstina en conducir a Electra al lado de las otras religiosas. La pobre niña, combatida por tan crueles emociones, cae en una especie de desvarío y sigue con atención obstinada el eco monótono de las preces... "Son los ángeles, que te llaman, hija mía". —exclama Pantoja-, y Electra, en cuyo espíritu la santa Naturaleza, violada y profanada, se revela a caer en la tumba que, en nombre de un Dios todo misericordia, pretenden abrirle, Electra, reclamada por la vida, afirma su derecho a ella con una frase que a mí me parece la mejor de la obra, la síntesis del drama. Confunde los rezos monjiles con los alegres cantos de los niños que juegan al corro, y exclama con soberana valentía: ¡No! ¡No son los ángeles! ¡Son los hijos del hombre que alegran la vida!

La obra toca a su fin. Sólo la Verdad puede destruir la obra inicua de la serpiente. Y la Verdad es la madre de Electra, cuyo blanco y vigoroso fantasma aparece en el fondo del jardín. “Vuelvo al mundo –le dice a su hija-. Ningún vínculo de sangre te une a Máximo. Dios está en todas partes. También en el mundo se le adora”. Aparece Máximo, Electra cae en sus brazos, y una sola palabra, una sola, pero muy hermosa, pone fin al drama: ¡Resurrección!

Un impulso incontrastable de vida, de humanidad noble y generosa, de claridad ardiente, recorre con osadía vivificante todas las escenas de la creación galdosiana. El concepto sumo y honrado de la existencia palpita en ellas en contraposición a los delirios místicos, enfermizos, a la concepción ascética, estrecha, mezquina, árida, infecunda. Conocer la vida, amarla, mirarla tal cual debe ser; esa es toda la filosofía que predicaban dos hombres ilustres colocados en las cimas intelectuales. Zola en Francia, y Galdós en España. Y ahora, ¿cómo hablar de los mil detalles, de los pensamientos, de las bellezas que avaloran la obra de Galdós? ¿Cómo dar una idea de aquella explosión del instinto de maternidad que conmueve las entrañas de Electra? ¿Cómo elogiar el vigor, la seguridad con que está trazada la figura grande, infernalmente grande de Pantoja? A la crónica le falta espacio. Baste decir que el genio de Galdós sigue triunfando en España por la fuerza creadora de su fecundidad.

Y sólo por la fuerza se triunfa en literatura como en todas partes. Interprete cada cual la frase como mejor le dicte su buen juicio. A mí me bastará añadir que no es de un demagogo. Es...de Menéndez Pelayo.

V

Sobresale entre todos Matilde Moreno. Ha estudiado el drama a conciencia, y se ha identificado con su papel de un modo asombroso. Galdós ha puesto en su tierna y poética Electra una difícil complejidad de sentimientos, matices tan varios, rasgos tan delicados, que bien puede afirmarse que es

una de las figuras teatrales más complicadas. La señorita Moreno ha sabido vencer todos los obstáculos, la representación de anoche constituirá en su carrera artística una fecha memorable. No decayó en ninguna escena; logró encontrar la nota de alegría placentera de la infancia; acertó a expresar los indeterminados y fugitivos anhelos de la niña que lleva en su alma el germen de la mujer. Deliciosamente aturdida en los dos primeros actos, supo mostrarse apasionada en el tercero; abatida por los embates del egoísmo y de la maldad humana, en los actos cuarto y quinto. En suma, un éxito.

Fuentes, en el Máximo y Valero, en el Pantoja demostraron una vez más sus excelentes cualidades. Valero tuvo que luchar con su antipático papel, y luchó con gran valentía. No se les aplaudió, ¡qué habíamos de aplaudir al sombrío Pantoja!, pero en esta repulsión, en la actitud agresiva del público, consiste su triunfo.

De los demás intérpretes, unos “contribuyeron al buen conjunto”; de otros, es preferible no hablar. El decorado suntuoso.

Y volviendo a la obra, cerremos esta larga crónica con un asola frase: ¡Honor a Galdós!

López Ballesteros

El Imparcial

Como la primera obligación del cronista es reflejar fiel y exactamente la impresión del público, puntualicemos ante todo la acogida que obtuvo anoche el drama del ilustre Galdós. Con reserva y frialdad por parte de la generalidad de los espectadores se oyen los dos primeros actos, en que la exposición se desarrolla. Acostumbrados a la rapidez y el planteamiento inmediato de la acción, dos actos, aun en obra que consta de cinco, parecen demasiados para exponer el asunto. Condensados en uno, no se hubiera tachado de monotonía y languidez esta primera parte del drama.

En el acto tercero ya entra el espectador en la obra. Al caer el telón se llamó al autor a escena, prodigándole aplausos. El acto cuarto despertó entusiasmo indescriptible que en el primer cuadro del acto quinto y último llegó a convertirse en verdadero frenesí. Aplausos atronadores, aclamaciones estruendosas, salieron de todas las localidades del teatro. Agitando pañuelos y sombreros, prorrumpiendo en vítores la concurrencia estalló en una explosión imponente. Pérez Galdós se presentó infinidad de veces, y la representación quedó por largo tiempo interrumpida. La tendencia de la obra, los valientes arranques del autor hallaron eco potente en la opinión liberal halagada que se manifestó en esta ocasión, como ya lo hizo poco há en el estreno de la comedia de Benavente, pero en proporciones incomparables. Algún grito imprudente excitó más los ánimos, y se dieron mueras a la reacción y al clericalismo. La efervescencia y la agitación eran tales, que parecía el teatro un club revolucionario.

Señales de los tiempos. Veamos ahora lo que es el drama. A Eleuterio, mujer de vida alegre, le pusieron Electra no sólo por la abreviatura, sino también porque a su padre, poco afortunado en el hogar doméstico, le llamaban Agamenón. De su madre heredó el nombre, pero la condición no — desmintiendo las leyes biológicas— la Electra del drama. Esta muchacha se nos aparece como una chiquilla juguetona, mañosa y traviesa, pero de mañas y travesuras inocentes, propias de sus pocos años y de su carácter franco y jovial. Figura atractiva y simpática, espontánea y sincera, con el perfume de la juventud y la belleza y que respira la alegría de la salud y de la vida. Acababa de salir del colegio, Electra, huérfana de madre y —para más dolorosa orfandad— hija de padre desconocido, halla amparo en casa de sus tíos, los señores de García Yuste, doña Evaristo, y don Urbano, gente adinerada y devota, de la de palco y sermón, novena y coche, lujo y caridad. Los de García Yuste están al tanto de la cotización, sin olvidar las fundaciones piadosas, y a un

tiempo se enriquecen y oran, asegurándose la felicidad eterna, así en la tierra como en el cielo.

Muy amigable y consejero de esta beatífica familia es un don Salvador Pantoja, jesuita de capa corta, hombre rígido, fanático, intransigente misoncista. Su espíritu siniestro reina y gobierna en aquella casa. Don urbano y doña Evarista, voluntades débiles, inteligencias estrechas, almas pusilánimes, harán lo que quiera el mojigato de don Salvador, y lo que don Salvador quiere es apoderarse de la pobre Electra y sacrificarla como víctima de ajenas culpas.

Las candorosas picardías de la muchacha, su ingenuidad, sus ansias de independencia y honesta libertad, su natural aversión a las tiranías de sus tutores y a sus negros designios, su derecho al sol y a las flores de primavera de la vida – sagrado privilegio de la juventud- adquieren a los ojos de don salvador proporciones enormes de vitandos pecados y son como augurios funestos de la perdición de la niña, irremisible como la de su desgraciada madre. Porque este don Salvador fue en otros tiempos un tunante, como luego se verá por confesión de dicho señor.

Afortunadamente, Electra no quedará indefensa. Su primo Máximo libraré la batalla. Máximo, en la plenitud de la vida, de fuerzas de y de talento, ingeniero, inventor, casi dramaturgo, operará el milagro de arrancar de las garras de Pantoja a la desgraciada niña que en él se confía y en él se espera. Máximo y Electra son almas gemelas que han de fundirse en los mismos sentimientos y en las mismas esperanzas de redención, insubordinación, indisciplina, lucha, solidaridad, libertad, estas palabras y estas ideas resuenan en sus labios y repercuten en sus corazones, unidos por misteriosa corriente de simpatía, de amor al fin.

Durante los dos primeros actos del drama se prepara lentamente el ambiente, alborea el pensamiento y se van dibujando las figuras principales que han de alcanzar después vigor extraordinario, amplio y firme relieve, asombrosa realidad humana. La acción, desenvuelta en la *avant-terre* del

hotel de los garcía Yuste, se traslada en el tercer acto al laboratorio de electricidad de Máximo, inmediato a la casa de sus tíos. Allí Electra ayuda a su primo en sus trabajos y le prepara una delicada sorpresa. Ella misma le ha hecho el almuerzo y se le sirve. Comida limpia, sencilla, frugal. Un arroz, una botella de vino, dos manzanas. Frente a frente se sientan y almuerzan juntos, como dos obreros después del trabajo. Aún no se han dicho que se quieren, y ya han constituido un hogar. Esto es hermoso.

Pantoja llega a intimar a Electra a que le siga. La muchacha, entre mil torturas, vacila. Máximo la retiene.

Pero don Salvador no cejará en su propósito. Inflexible, implacable, cruel, despiadado, como el propio fanatismo hecho hombre, no se detiene ni por nada ni por nadie en su camino. Herirá las fibras más delicadas del sentimiento, desgarrará los más puros afectos, ¿qué importa? No es un ser humano, es una idea, es una cuchilla, es un monstruo de piedra y de hielo que avasalla y aplasta. No tiene músculos, ni nervios, ni sangre. Es insensible, es invulnerable.

Pantoja es el padre de Electra. ¿cómo redimir su pecado? Con el sacrificio de su hija. Su conciencia le manda que su hija sea solamente esposa de Cristo. Que expíe la hija inocente la falta de los padres. Que se sacrifique el alma de la hija en holocausto del alma de la madre. Que el alma pecadora de la madre, que contribuyó a perder Pantoja para el cielo, sea compensada por el alma pura y virginal de la hija. Así discurre el beato Pantoja. Esta es su conciencia, y esta es su lógica.

Máximo y Electra se aman ya con amor infinito. ¿Cómo impedir que anude la ley lo que atado el amor? El distinto es aceptable. La mentira es lícita en ocasiones. Con diferencia de horas, casi al mismo tiempo que el abate Gyraud sostiene estas máximas teológicas en la Cámara francesa, autorizado por los textos de los seminarios, la ponen en práctica don Salvador Pantoja en su drama *Electra*.

Tú, -le dice a la muchacha con la frialdad aterradora de una esfinge de mármol- tú no puedes casarte con Máximo porque eres su hermana. Pantoja miente, pero miente *ad mejorem Dies gloriam*.

La niña huye despavorida, loca. Máximo llega y acogota al infame que no se resiste. ¿para que? Su obra está cumplida. Electra irá al convento.

Este acto, el mejor a mi humilde juicio, del drama, es el grandioso, sublime, supiniano, exuberante de poesía y de emoción, modelo acabado de pensar alto, sentir hondo y hablar claro. Las últimas escenas conmueven enardecen y arrebatan. La intensidad dramática llega a su colmo.

En el Acto final ya está Electra encerrada en el convento, Máximo se apresta a liberarla. Ella, profundamente impresionada, por la falsa revelación de Pantoja, se siente acometida de alucinaciones. Como otras veces, cuando era pequeña, ve a su madre y oye su voz. La aparición se verifica ahora por entre los árboles de la huerta del convento. La voz de su madre la dice que la vocación no la lleva la claustró y aspira a los legítimos goces y al bienestar de la familia, no fuerza su voluntad, porque Máximo no es su hermano. A poco se presenta Máximo, y Electra se arroja en sus brazos.

Pantoja exclama:

-¡Huyes!

Máximo replica:

-No huye. ¡Resucita!

Y con esta hermosísima palabra termina el drama.

Como desde luego se nota, la obra es simbólica, pero el símbolo es tan claro y transparente que no necesita explicación alguna. Fácilmente penetra en toda clase de público, y este es el mayor mérito que el simbolismo –sin perjudicar a la verosimilitud de la acción- puede tener en el teatro.

Electra no es un drama antirreligioso, sino sencillamente anticlerical, lo que es diferente aunque haya gente que crean

o digan, sin creerlo, que es lo mismo. Máximo confía en Dios y espera de Dios en su obra de emancipación de y libertad.

Pero aparte el éxito avalado por las circunstancias, como obra puramente literaria, es *Electra* no sólo la mejor del autor, sino una de las mejores de nuestro teatro contemporáneo. La lentitud deliberada de la exposición, incluida en los dos primeros actos, es una preparación, una disposición de ambiente imprescindible para los ulteriores resultados. Según frase gráfica la cuesta es larga, pero puede darse por bien empleada, porque al fin y al cabo conduce a la cumbre. Los caracteres de Máximo, don Salvador y *Electra* están imaginados con admirable acierto. Los personajes secundarios completan el cuadro de realidad evidente. El interés acrece en constante progresión. En los dos últimos actos la acción y la pasión —supremos resortes de la escena— llegan a su plenitud. En el acto final y en el desenlace se ve el arte adiestrado del autor dramático. En toda la obra la grandeza de pensamiento y de intención, el vigor de la frase, el temperamento literario de Galdós.

Matilde Moreno sobresalió de un amañera extraordinaria en la parte dramática, pasional, de *Electra* la protagonista. En el acto cuarto, sobre todo, evocó la interesante figura de la dulce Ofelia, y con su ternura exquisita y con sus desgarradores acentos, no sólo llegó al alma profundamente conmovida. Una larga y ruidosa oración premió el magistral trabajo de la joven bellísima artista que ha dado un gran paso en su carrera artística.

Fuentes, sobrio, natural, enérgico, sin desplantes ni voces, interpretó el Máximo a la perfección.

Ricardo Valero entendió muy bien el repugnante tipo de don Salvador, y supo, con su inteligente práctica de la reserva, surtir en ocasiones sus mermadas facultades por la dolencia que sufrió.

La *mise en scene* espléndida. Las decoraciones de Amalio Fernández, una obra maestra de la pintura escenográfica. Mil

Electra

plácemes el pintor, a la dirección, y a la empresa por haber montado la obra como se merecía. *A tout seigneur, tout honneur.*

Jose de Laserna.



La obra

Electra drama en cinco actos constituye el mayor éxito de Galdós en el teatro. No sólo tuvo éxito la puesta en escena y la construcción e idea del texto sino básicamente por la temática que el autor atacó de forma tan improvisada como valiente e inusual para los convencionalismos de la época. *Electra* es más que una obra de la antireligiosidad, o un texto de panfleto como se ha señalado en alguna ocasión. Es el texto del anticlericalismo, de la ideología que Galdós profesaba cuando quería atacar la ausencia en España de laicismo y de un abuso de poder de parte de los jesuitas y de los estamentos eclesiásticos. Estos dominaban las conciencias, especialmente de las mujeres, muchas de las cuales eran convertidas a monjas sin vocación, como el conocido caso de la señorita Ubao de donde Galdós tomó su referencia para escribir este texto. Esa era la realidad, el manejo de unas conciencias en lugar de esa educación liberal que los intelectuales como Galdós profesaban para la sociedad española.

Al grito de ¡abajo las jesuitas! Fueron llenas por completo todas las atmósferas del teatro Español en pos de un librepensamiento muy necesario en aquellos albores de los estrepitosos cambios que vendrían unos años más tarde.

La coherencia que en su momento había llevado a Antoine² a desarrollar sus ideas en el mundo teatral, es la misma que llevó a Galdós al drama, con la diferencia de que en España no existía en absoluto aquella conciencia teatral de los países vecinos. Galdós en esto no formaba parte de ningún movimiento, estaba solo y sin aquel respaldo tan entusiasta de sus coetáneos limítrofes. Estas ideas de cambio

² **André Antoine** nació el 31 de enero de 1858 en Limoges, Francia y murió el 19 de octubre de 1943. Fue director de escena, autodidacta, fundador y animador del Théâtre Libre en París. Innovó el mundo de la escena francesa e internacional influenciado por las teorías sobre teatro naturalista de Taine y de Zola. Se le considera como el primer director de escena moderno.

estaban instaladas en el panorama intelectual europeo. En 1889 se pone en marcha el movimiento naturalista alemán para fundar la *Escena Libre* (*Freie Bühne*), reclamando la misma verdad que Antoine propuso años atrás en su Teatro Libre. En este sentido Galdós no era consciente de su trabajo de innovación en el campo de la escena, a diferencia de sus contemporáneos extranjeros, que sí tenían definido método y sistema en su proceso creativo teatral. Muchas veces se refirió Galdós a este vacío de pensamiento, estética, método y sistema en la escena teatral española, pues lógicamente de haber sido así, sus estrenos hubieran tenido una significación diferente al vacío en que cayeron. Los ríos de pensamiento teatrales en los países fronterizos llevaban una velocidad mucho más rápida que el lento transcurrir español. Galdós, cuando viaja a París con motivo de los preparativos del estreno de *Electra*, se da cuenta de que la marcha escénica ha evolucionado todavía más y que en nada se asemeja al panorama teatral español con sus convencionalismos. Quiso hacer de *Electra*, una obra con ciertas particularidades y lo consiguió. Hablaremos ahora de esas particularidades.

Los sueños han sido tomados, una y otra vez, como referencia para hablar de los procesos psíquicos de la vida anímica de los personajes. A partir de Sigmund Freud, el estudio de los sueños y del pensamiento onírico constituye un eslabón más en la cadena de procesos que, desde la conciencia explícita, conducen a los estratos oscuros de la metaconsciencia, en donde están mezcladas confusamente realidades con fantasías. Este conocimiento del inconsciente es esencial en el momento en que el creador quiere plasmar la verdadera naturaleza del ser. La interpretación de los sueños tal vez sea el verdadero camino que nos conduzca al inconsciente. En otras palabras: las imágenes que aparecen durante el sueño, oportunamente ordenadas, ofrecen la posibilidad de seguir las huellas auténticas que pueden llevarnos a un conocimiento más profundo de nuestra

naturaleza. A propósito de estas ideas escribe Freud en *La interpretación de los sueños*:

La intención de los escritores, al presentarnos los sueños de sus personajes, es precisamente la de darnos a conocer por medio de ellos los estados del alma de los mismos. Y los poetas son valiosísimos aliados cuyo testimonio debe estimarse en alto grado, pues suelen conocer muchas cosas existentes entre el cielo y la tierra, que ni siquiera sospecha nuestra filosofía³.

Galdós presenta de una forma novedosa el mundo psicológico del alma, como dirá Federico en conversación con la Peri en *Realidad*, el mundo del subconsciente de los personajes. He ahí una gran aportación de Galdós al teatro. El mundo interior de los caracteres, el mundo de los sentidos y de los afectos, provocan en la obra artística diferencias entre las dos vertientes novela-drama, porque es obvio que el lenguaje es completamente diferente de un género a otro. Ricardo Gullón, en *Galdós novelista moderno*, escribe con referencia a las técnicas utilizadas por Galdós para expresar el mundo interno, onírico y profundo de los personajes, la realidad interior.

Lo fantástico, o lo maravilloso, emerge en Galdós desde el comienzo de sus obras. Ya desde *La sombra* se muestra el autor muy interesado en mostrar y hacer patente el mundo de lo extraño como complemento del yo de los personajes y de las situaciones; utilizando este recurso a lo largo de toda su producción. Ricardo Gullón apunta:

En Galdós los elementos maravillosos, lo irreal y fantástico surge fundido con la realidad, y en la mayoría de sus novelas los encontramos, pero no en

³ Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños*, Madrid, Alianza, 1966, pág. 147.

estado puro, como en los cuentos de Hoffmann, sino, por decirlo así, potables, en la dosis y medida con que la realidad los depara⁴.

Más adelante dice “lo maravilloso, para ser eficaz, debe estar tejido con lo real, siendo como su prolongación en otro ámbito”. En el teatro, los recursos son diferentes porque no existe el narrador, figura omnisciente que matiza y expresa de una manera amplia y profunda, sino que la trama está marcada por el tiempo. Este es uno de los elementos que caracterizan la frescura y espontaneidad del diálogo escénico. Galdós bucea en los personajes y para ello utiliza una serie de técnicas que llamaremos de profundización, “datos de los personajes” que permiten acceder a lo más recóndito de su alma, adornándolo y dotándolo de naturalidad y expresividad innata, a la vez que aporta mayor realidad. Son las visiones, los estados anímicos –tan importantes–, las apariciones, los sueños y las sombras, que caracterizan con más verdad la realidad del ser humano y su estructura psicológica. El sueño, el insomnio, las alucinaciones, son recursos que utiliza Galdós –también en los dramas– para expresar lo sobrenatural dentro de lo real, para ayudar a la creación de los sentimientos, de las conductas, de los impulsos que obran en los diferentes

⁴ Ricardo Gullón, *Galdós, novelista moderno*. Madrid, Taurus 1960, pág. 164. Este es un estudio muy completo sobre la obra novelística de Galdós, sobre todo en el tema que nos ocupa, por lo que haremos más de una referencia. Es en el capítulo “Los ámbitos oscuros” hace un repaso de este tipo de fenómenos, a veces considerados paranormales, que con tanta frecuencia aparecían en la producción del autor de *Fortunata y Jacinta*. Otros críticos también han estudiado la atención de Galdós al mundo del subconsciente analizando sus producción novelística y las aportaciones teóricas del momento. Aparte de Gullón, destacar a Ignacio Elizalde en *Pérez Galdós y su novelística*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1981; Schraibman en *Dreams in the novels of Galdós*, New York, Hispanic Institute, 1960, o el artículo de Gillespies, publicado en *Anales Galdosianos*, 1966, “Reality and fiction in the novels of Galdós, 1966, págs. 11-31.

caracteres de los personajes, aportando el dinamismo que da la vida.

Estos procedimientos –de clara influencia shakespeariana– eran utilizados por Galdós sin miedo alguno de perder credibilidad y verosimilitud. Era muy frecuente en Shakespeare la personificación de brujas, fantasmas, apariciones, demonios, ángeles y demás habitantes de la ensoñación. Tales recursos son especialmente numerosos en los dramas, tanto en los históricos, como en los romanos y en las tragedias, si bien las apariciones son más significativas en aquellas tragedias donde el poder es un elemento capital. Estas apariciones en las obras de Shakespeare, como las brujas de *Macbeth*⁵, los demonios de *Enrique VI*, pasando por las apariciones de ultratumba de César, Banquo, el padre de Hamlet, o los distintos espectros de *Ricardo III.*, no se pueden considerar sin más como un recurso escénico. En Galdós la utilización de lo extraterrenal, se desarrollará sobre todo desde el impulso del subconsciente, y siempre obedeciendo a un proceso psíquico y a un estado anímico

⁵ Las brujas, por ejemplo en *Macbeth*, aparecen en cuatro ocasiones. El papel de las brujas en esta obra ha sido valorado de manera muy distinta por la crítica. Una parte lo considera un mero recurso escénico para introducirnos en el ambiente de oscuridad que la trama necesita para su desarrollo, en el extremo opuesto de quienes consideran a las brujas las verdaderas heroínas de la pieza. Los términos históricos y los dramáticos se barajan en el momento de analizar estos sucesos, a mi juicio de índole puramente escénica. En este sentido hay un estudio titulado *El poder político en los dramas de Shakespeare*, de Federico Trillo-Figueroa, Madrid, Espasa Calpe, tesis doctoral del año 1999, donde se analizan estos fenómenos desde el campo político y de poder propios de la época. El autor defiende la idea de que las brujas son solo emanaciones del estado interno de Macbeth, y se suma a aquellos que sostienen que son las brujas quienes inducen a Macbeth al regicidio, a través de sus juramentos en una misa negra. A pesar de ello, estas apariciones forman parte y se relacionan en cierta manera con el estado anímico e interior de los personajes, lo que apoya si cabe aún más mi teoría de que esta utilización por parte de Galdós, sin duda, obedece más a impulsos escénicos y psíquicos, que esotéricos.

de los personajes. Por tanto estará más en relación con la psiquiatría o la psicología que con los móviles y creencias que llevaron al dramaturgo inglés a plasmar estas formas que van más allá de lo onírico y paranormal.

Chejov decía en *La gaviota* que “no hay que representar la vida como es o como va a ser, sino como nosotros la vemos en nuestros sueños”. La presencia, por tanto, de elementos “fantásticos” en los dramas de Galdós, no tiene por qué restar veracidad o realismo, sino que por el contrario enriquece los planteamientos de la trama, y por supuesto a los personajes. En este sentido, cito un texto de José Luis Alonso de Santos que refuerza la teoría de presentar en los dramas elementos oníricos, sin restar por ello realismo a la obra:

Sí podemos señalar que la literatura realista no es menos imaginativa que la romántica, la simbolista o la surrealista. Tanto en un caso como en los otros, el escritor lleva al terreno de los símbolos lo percibido de la realidad, la imaginación, la memoria, o los sueños (las diferentes fuentes de las que proceden nuestros materiales). Una obra puede ser inverosímil, a pesar de ser realista, o ser fantástica y, sin embargo, totalmente verosímil. Por eso queremos dar aquí al término imaginación una dimensión amplia, por encima de estilos o corrientes de pensamiento. En la actualidad, se considera que el imaginario es un espejo de nuestra propia identidad, que nos permite ampliar el concepto de lo real al dar salida a lecturas no evidentes de la condición humana⁶.

Por esta razón los hechos no impidieron, por ejemplo, el estruendoso éxito de *Electra*, drama en el que

⁶ J.L. Alonso de Santos, *La escritura dramática*, Madrid, Castalia, 1999, pág. 43.

también discurren sueños, apariciones, visiones y estados psíquicos. De todas formas la realidad, que “es la gran inventora de la inverosimilitud” genera este tipo de situaciones que llamaríamos extrañas, pues debemos recordar que en la vida el que más o el que menos sueña, neurotiza su realidad y responde de forma a veces inverosímil a las provocaciones de la vida. Por tanto, son estas respuestas emocionales las que el autor expone sobre las tablas de un escenario. En la civilización siempre se da una enseñanza moral y ética por la que se considera al hombre responsable de sus actos. Sin embargo, siempre se dan situaciones en las que la persona parece actuar por razones inexplicables, y en este campo es donde se incluyen los elementos que llamaríamos paranormales.

A lo largo de los dramas y comedias de Galdós, nos encontramos con el juego de una evidente oposición entre el bien y el mal. Estos básicos conceptos se extienden a una lucha entre la lealtad (*El abuelo*) y la traición (*Realidad, Santa Juana*), la bondad y la malicia, que acaban por plasmar de una forma contundente los elementos de un país en decadencia cultural y moral, ávido de regeneración y restauración de nuevos valores.

No en vano se ha escrito mucho sobre los sueños y su categoría de realidad, cuanto más si esa presencia de los sueños, está dentro de un marco realista teatral⁷. La vida tal

⁷ Sobre la cuestión de los sueños me parece muy interesante la “opinión” de algunos intelectuales de este siglo, como es el caso de Borges y Sábato, para dar una idea de la esencia del sueño en la literatura y en la realidad como entidades donde éste habita, y comparando esta concepción con la presencia de sueños, vigilia, como parte de la representación en un contexto realista. Esta es la actualidad o la modernidad de los planteamientos de un escritor como Galdós. A continuación transcribo una entrevista- diálogo entre los dos autores a propósito de los sueños:

SÁBATO. ¿Qué piensa usted Borges sobre la validez del sueño, quiero decir de la realidad que aparece en los sueños?

cual, la vida del teatro realista decimonónico y sus convenciones eran las que marcaban determinadas situaciones escénicas con el temor de que probablemente serían rechazadas por un público sin educar, teatralmente hablando claro está. La justificación de lo imaginativo en la literatura como elemento principal del creador ha sido, y continúa siendo hoy, una constante en la investigación literaria.

BORGES. Es un lindo tema. Empecemos, entonces. Usted primero, que tuvo la idea.

SÁBATO. Sobre la realidad de los sueños se viene discutiendo desde hace siglos. ¿Recuerda las *Cuestiones académicas* de Cicerón?

Borges asiente con la cabeza.

SÁBATO Lúpulo comenta que vio a Homero en sueños, y cuando despierta comprende que era una ilusión. Cicerón le pregunta por qué cree que fue una ilusión. Lúpulo le responde que porque en el sueño la presencia de Homero tiene menos vivacidad, menos intensidad. Cicerón le contesta que una pesadilla puede ser infinitamente más intensa que algo de la vigilia, de modo que ese argumento es inválido. Pero entonces hay que preguntarse cuál es la prueba decisiva para juzgar si una imagen que se nos aparece es real o no. Un tigre soñado puede ser infinitamente más terrorífico que uno real.

BORGES. La vigilia suele ser lánguida ¿no? Sobre todo en congresos, presentaciones de libros, tardes de té...

SÁBATO. En cambio, el sueño, como la literatura, pueden ser más convincentes.

BORGES. Yo diría que tienen un sabor distinto. Por ejemplo, yo soñé anoche que estaba hablando con dos señoras. Ambas eran altas, morenas, de piel negra. Sin embargo, noté que no se trataba de dos señoras sino de una sola persona bicéfala. Ahora, eso, en la realidad, debería ser horrible, porque si en la realidad uno se encontrara con alguien con dos cabezas estaría horrorizado. Pero en el sueño resultó natural y se confundió con tres acontecimientos del sueño. Y sólo cuando me desperté comprendí que había estado al borde de una pesadilla y sin embargo no lo fue. Posiblemente uno pueda pensar que hay un sabor distinto en el sueño con respecto a la vigilia. Es que en general yo, cuando sueño, sé que estoy soñando... y no sé a qué se lo debo.

Orlando Barone, *Diálogos, Borges Sabato*, Argentina, Emecé, 1997, págs. 121-122.

El sueño es uno de los fenómenos que, bajo muchos aspectos, puede demostrar que el ser humano posee también un componente espiritual, que actúa por iniciativa propia y de una forma autónoma. Por ello, es importante en el teatro, el poder transmitir al espectador cómo y de qué forma se encuentra el espíritu y el inconsciente del personaje, porque así justifica sus acciones en un plano realista y plenamente visible en la verdad escénica.

Electra, la catarsis dramática

Electra, es sin lugar a dudas uno de los textos que más éxito y controversia creó en el público y en la sociedad, donde el autor desarrollará por completo la presencia de una figura fantástica o sobrenatural. El elemento divino en este caso es la madre de Electra quien aparece primero en su mente y después en la acción del drama en forma de Sombra, que, al igual que en *Realidad*, resuelve el conflicto catárquico. Sólo en *Electra*, Galdós utiliza un personaje arquetipo, como es el de “La Sombra de Eleuteria”, para plasmar metafóricamente un concepto, que en este caso es el de la muerte; estas formas que pertenecen a lo simbólico fuerzan el subconsciente colectivo de que hablaba Jung. El caso de Electra, es el de una mujer joven normal que se tornará neurótica o trastornada por la índole particular de la misión que se le impone. Una vez más se repite el esquema que en tantas ocasiones Galdós ha presentado al lector y al espectador: la herencia genética y el medio ambiente. Estos elementos son de vital importancia si se tiene en cuenta que, aunque resquicios realistas o naturalistas, continúan influyendo en la propia caracterización del personaje del drama moderno.

Así pues, en la escena V del acto II, Electra comunica al espectador la presencia en su vida de personas de otro mundo, donde se pone de manifiesto la cierta predisposición que la protagonista tiene para relacionar el sufrimiento y la desgracia heredada (porque no puede olvidar a su madre) con los deseos reprimidos que son básicamente el progreso individual y una vida en común con el hombre que quiere:

ELECTRA. Verá usted, tía: yo tengo una duda, ¿cómo diré? un problema...

EVARISTA. ¡Problemas tú!

ELECTRA. Eso, en plural: problemas... porque no es uno solo.

EVARISTA. ¡Anda con Dios!

ELECTRA. Y trato de que me los resuelva, con una o con pocas palabras...

EVARISTA. ¿Quién?

ELECTRA. (*Suspirando*) Una persona que no está en este mundo.

EVARISTA. ¡Niña!

ELECTRA. Mi madre... No se asombre usted... Mi madre puede decirme... y luego aconsejarme... ¿No cree usted que las personas que están en el otro mundo pueden venir al nuestro? (*Gesto de incredulidad de Evarista*) ¿Usted no lo cree? Yo, sí. Lo creo porque lo he visto. Yo he visto a mi madre.

EVARISTA. ¡Virgen del Carmen, cómo está esa pobre cabeza!

ELECTRA. Cuando yo era una chiquilla de este tamaño...

EVARISTA. ¿En las Ursulinas de Bayona?

ELECTRA. Sí..., mi madre se me aparecía.

EVARISTA. En sueños, naturalmente.

ELECTRA. No, no; estando yo tan despierta como estoy ahora. (*Deja la muñeca sobre una silla.*)

EVARISTA. Electra, mira lo que dices...

ELECTRA. Cuando estaba yo muy triste, muy solita o enferma; cuando alguien me lastimaba dándome a entender mi desairada situación en el mundo, venía mi madre a consolarme. Primero la veía borrosa, desvanecida, confundándose con los objetos lejanos, con los próximos. Avanzaba como una claridad..., temblando..., así... Luego no temblaba, tía..., era una forma quieta, quieta, una imagen triste; era mi madre; no podía yo dudarle. Al principio la veía vestida de gran señora, elegantísima. Llegó un día en que la vi con el traje monjil. Su rostro entre las tocas blancas, su cuerpo cubierto de las estameñas oscuras, tenía una

majestad, una belleza que no puede imaginar quien no la vio...

EVARISTA. ¡Pobre niña, no delires!...

ELECTRA. Al llegar cerca de mí alargaba sus brazos como si quisiera cogermé. Me hablaba con una voz muy dulce, lejana, escondida..., no sé cómo explicarlo. Yo le preguntaba cosas, y ella me respondía... (*Mayor incredulidad de Evarista*) Pero ¿usted no lo cree?

Al querer presentar así la protagonista, el espectador tiene que meterse en el mismo delirio que ella se encuentra para poder “gozar” del drama que se está planteando. No es lógico ver a una madre muerta, como no parece lógico, intelectualizando el concepto, relacionar el regreso a la primera infancia para poder gozar del amor materno. Galdós así introduce al espectador paulatinamente en un proceso patológico, lo que realmente le funcionó a juzgar el éxito sin precedentes que este drama tuvo en la época. Provoca en el público una catarsis de la emociones, despertando la piedad, el temor o el odio, compartiendo con él cierta neurosis patológica, porque quizá sería exclusivamente desde aquí desde donde se entendería el verdadero conflicto emocional. Para entenderlo el espectador del drama ha de ser un individuo sediento de experiencia al que el asunto del drama le permite la posibilidad de identificarse con la protagonista. El goce en el espectador está conseguido porque en el fondo sabe que sólo tiene una vida, que en el fondo no es la que está sintiendo en ese momento, con lo que su goce depende de una ilusión, la ilusión creada por Galdós desde un personaje, en cierto modo patológico, que implica el subconsciente del espectador, al que le es fácil pensar en esa misma aparición y goce con la madre desaparecida. Escribe Freud:

El sufrimiento psíquico empero, se reconoce particularmente en relación con las circunstancias de

las cuales se ha desarrollado; de ahí que el drama requiera una acción de la que dicho sufrimiento emana, y de ahí que comience por presentar esa acción al espectador⁸.

El drama de esta forma se convierte en psicológico porque es el alma misma de la protagonista que desequilibrada tiene visiones, la que constituye el campo de una angustiosa y difícil batalla entre la manipulación religiosa de Pantoja, el pasado heredado de su madre, el amor y el progreso, éste en manos de su amante Máximo. Como Electra vive al límite de sus emociones continuamente, no resulta difícil creer el tránsito neurótico al que se va a ver abocada después de la funesta noticia dada por Pantoja, cuando le comunica que su futuro marido es su hermano de sangre.

Es en la escena IX del acto V, la Sombra de Eleuteria, al igual que sucedía en *Realidad* a modo de elemento catárquico del personaje, resuelve el conflicto de la acción y la trama en el clímax dramático. ¿Resulta creíble este hecho? ¿Es fruto de su imaginación que ve lo que quiere creer a ultranza como salvación? ¿Las visión de su madre es fruto de su estado psíquico inducido al límite y a la locura para adoptar una vida santa?:

LA SOMBRA. Tu madre soy, y a calmar vengo las ansias de tu corazón amante. Mi voz devolverá la paz a tu conciencia. Ningún vínculo de naturaleza te une al que te eligió por esposa. Lo que oíste fue una ficción dictada por el cariño para traerte a nuestra compañía y al sosiego de esta santa casa.

ELECTRA. ¡Oh madre, qué consuelo me das!

LA SOMBRA. Te doy la verdad, y con ella fortaleza y esperanza. Acepta, hija mía. Como

⁸ Sigmund Freud, *Obras Completas*, Tomo II, "Personajes psicopáticos en el teatro", Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1981, págs. 1272-1278.

prueba del temple de tu alma, este reclusión transitoria y no maldigas a quien te ha traído a ella... Si el amor conyugal y los goces de la familia solicitan tu alma, déjate llevar de esa dulce atracción, y no pretendas aquí una santidad que no alcanzarías. Dios está en todas partes... Yo no supe encontrarle fuera de aquí... Búscale en el mundo por senderos mejores que los míos, y... (La Sombra calla y desaparece en el momento en que suena la voz de Máximo)

Los planteamientos que se hace el espectador en este caso no se mueven dentro de la búsqueda de lo creíble o no creíble. La intención es comprometer, implicar e inducir al espectador emocionalmente, y esto se logra en el momento en que el público se agita y se compromete con Máximo en la única idea de matar al opresor de la libertad de conciencia y de pensamiento, porque en el fondo cualquier espectador ha sido manipulado como Electra, y eso pesa en su subconsciente. Como así se expresa en la escena X del acto IV, en el brutal diálogo de Máximo y el supresor Pantoja:

MÁXIMO. *(Con ardiente palabra en toda la escena)*
Alto... Me dice el Marqués que de aquí, después de una larga conversación con usted, salió Electra en ese terrible desvarío.

PANTOJA. *(Turbado)* Aquí..., cierto..., hablamos...
La niña...

MÁXIMO. Mordida fue por el monstruo.

PANTOJA. Tal vez... Pero el monstruo no soy yo. Es un monstruo terrible, que se alimenta de los hechos humanos. Se llama la Historia. *(Queriendo marcharse)*. Adiós.

MÁXIMO. *(Le coge fuertemente por un brazo)* ¡Quieto, va usted a repetir ahora mismo, ahora mismo, lo

que ha dicho a Electra ese monstruo de la Historia para ponerla en gran turbación.

El impulso por tanto del espectador es sin duda el de implicarse con los protagonistas y también con ese enorme peso que todos los españoles han soportado que es la historia viva. La historia del engaño a través de una falsa religión, que tantas vidas ha destruido, de pronto está encima del escenario, bajo el personaje de Pantoja. El público se funde con la historia y el sufrimiento de España en una simbiosis emocional provocada por Galdós.

La acogida de esta incursión en un drama tan peculiar y estruendoso como lo fue *Electra* en su momento y por qué no decirlo en la actualidad lo sería también, no deja de ser muy interesante para el investigador, sobre todo si pensamos en los porqués que llevaron al autor a resolver así la escena. Es necesario preguntarse por el efecto que sin duda el “fantasma” materno provocaría en los espectadores, introduciendo en escena estas personificaciones. A diferencia de otros referentes, apariciones de brujas, visiones etc, los fantasmas no son seres vivientes, sino apariciones de ultratumba, de forma que convendría saber cuáles eran las creencias del público con respecto a tales apariciones, para entender el sentido que Galdós quería dar al introducirlos en la escena, sobre todo si lo relacionamos con lo clerical, que es el sentido básico de esta obra.

La tradicional doctrina católica sobre el purgatorio proporcionaba una explicación en términos teológicos de las creencias en las ánimas como espíritus purgantes. Así los católicos de la época galdosiana y una gran parte de la población creían, en este sentido, que los fantasmas podían ser espíritus de los difuntos a los que se les había permitido volver del purgatorio por alguna razón especial. En este caso la sombra de la madre de Electra se aparece a su hija con el fin de no dejar que sea por más tiempo engañada por sus manipuladores. Hay que matizar en la idea de que Galdós

tenía en este sentido una concepción cristiana del fenómeno. Para los protestantes del momento, por ejemplo, la cuestión se complicaba porque aceptaban las apariciones como algo indudable, de lo que había testimonios en el mundo entero, y su veracidad se basaba en el Antiguo Testamento. Sin embargo, la Reforma descartó la existencia del purgatorio como estadio supraterrrenal intermedio, con lo cual los espíritus sólo podían proceder de dos lugares; esto es del cielo y del infierno. La conclusión del protestantismo ortodoxo fue la de considerar a los fantasmas como demonios, a pesar de que en ocasiones se presentaran como ángeles, o de que asumieran la forma de amigos o familiares difuntos, sólo eran formas aparentes del maligno, para dañar física o espiritualmente a los que querían perder. En realidad las connotaciones que implica la aparición en escena de la madre de Electra, no son en ningún momento negativas, si tenemos en cuenta que viene a revelar una verdad, a sacar a su hija de la manipulación, aunque esta revelación venga de otro mundo. De esta forma el fantasma no sólo es el instrumento para poner en funcionamiento la trama, la acción, sino también es eje que pone en funcionamiento el verdadero y principal tema de la obra: el destino de Electra en manos de la manipulación eclesiástica. No deja en el fondo de ser cuanto menos curioso el hecho de que el destino cruel tenga que ser resuelto por una quimera, por una aparición, una sombra que viene del otro mundo. Es como si España no tuviera solución en cuanto a la salvación de sus almas, la libertad de cultos y por tanto la libertad de existencia. Para lograr ese sueño, como Electra, tiene que proporcionarle solución y salvación un alma de fuera, porque el individuo no puede luchar contra el monstruo, pues este monstruo es como dice el Marqués: astuto, insidioso y perseverante, como lo eran las cualidades de los eclesiásticos de la época, encargados de manipular las mentes y su educación. Como dice Máximo en la escena V del acto V: “Y este orden social en que vivimos nos envolverá en

una red de mentiras y de argucias, y en esa red pereceremos ahogados, sin defensa alguna..., manos y cuello cogidos en las mallas de mil y mil leyes caprichosas, de mil y mil voluntades falaces, alevés, corrompidas”.

Admira, no obstante, que tanto el público como la crítica del momento “pasaran por alto” esta incursión de elementos fantásticos en unos dramas esencialmente realistas, sobre todo en su temática. De lo que no cabe duda es de que en el buen teatro, este tipo de anécdotas quedan suspendidas en el aire cuando irrumpe la fuerza temática de la acción, como es el caso del drama de *Electra*, del que prácticamente nadie opinó que no fuera un drama realista y alegórico, en un país lleno de tristes realidades y de contrastes simbólicos, a mi juicio, muy difíciles de solventar. Por ejemplo, como ya he dicho con anterioridad, y a pesar de que no tenemos conocimiento de que Galdós conociera en profundidad la obra de la escritora gallega Concepción Arenal, lo cierto es que existen importantes similitudes con la feminista escritora. Las argumentaciones de Concepción Arenal siempre están relacionadas -al igual que Galdós- con la educación. Los problemas e injusticias sociales que sufre la mujer, siempre están relacionadas con el problema de la ignorancia. Arenal propugnaba en sus escritos que esta falta de conocimiento -a veces de lo más básico- que embargaba a la mujer era la causa de que no tuviera derechos ni civiles ni políticos, siendo de esta forma siempre discriminada, con respecto a los derechos adquiridos por el hombre. Esta inferioridad de derechos provoca que el trabajo de la mujer sea siempre peor pagado, por lo que surgen el exceso de trabajo y explotación que está presente en obras como *Celia en los infiernos*, la prostitución y los malos casamientos, (*Realidad*, sería un ejemplo de matrimonio de conveniencia) de aquí la debilidad física y las enfermedades. Sólo la educación, la instrucción y la toma de conciencia de la dignidad femenina, serán las armas con las que la mujer pueda salir de la situación en la que se encuentra y, por

consiguiente, estar en condiciones de igualdad con respecto al hombre para ejercer cualquier profesión. Esto está expresado de una forma muy clara en los diálogos entre Máximo y Electra, donde buscan la realización personal, la dignidad y la libertad en una sociedad dirigida casi en su totalidad por la Iglesia. "Corran libres tus impulsos, para que cuanto hay en ti se manifieste, y sepamos lo que eres" -dice Máximo en el acto I, escena XIII- donde se manifiesta la presión moral y ética a la que está sometida su amiga, Electra. Al igual que propugnaran las corrientes más feministas de la época, en el drama *Electra*, se pone de manifiesto la no inferioridad intelectual de la mujer con respecto al hombre. Si bien, a mi juicio al personaje Electra, aunque le falta algo más de madurez y seriedad en algunas ocasiones, lo cierto es que, a pesar de su aparente mayor debilidad física con respecto al hombre, conlleva mayor superioridad moral, lo que le hace ser mucho más capaz que el hombre para desempeñar por ejemplo, labores humanitarias y caritativas (*Sor Simona* sin ir más lejos).

La independencia, la emancipación... "la insubordinación..." expresa Máximo con respecto a lo que tiene que hacer Electra. Pero, emanciparse y rebelarse contra qué o contra quién. En este momento entra en escena el personaje símbolo que es Pantoja. Hay que independizarse no de él, sino lo peor: de todo lo que significa Pantoja. A la mujer no le queda otra posibilidad en la mayoría de los casos, subyugarse a la voluntad ética y económica del hombre. Esto Electra lo siente como una esclavitud en el momento en que Pantoja le habla así, entrando en crisis a partir de ese exacto momento, pues ella hasta ese momento no se ha dado cuenta de donde está ni qué significa su ser:

PANTOJA. Porque en mí tendrá usted un amparo, un sostén para toda la vida. Inefable dicha es para mí cuidar de un ser tan noble y hermoso, defender a usted de todo daño, guardarla, custodiarla, dirigirla,

para que se conserve siempre incólume y pura; para que jamás la toque ni la sombra ni el aliento del mal. Es usted una niña que parece un ángel. No me conformo con que usted lo parezca: quiero que lo sea. (Escena XI, acto Primero).

También trascienden los planteamientos, que se quedaron en tales, sin continuidad, del personaje de Nora de *Casa de muñecas*, con que Ibsen revolucionó la función de la mujer en la sociedad. Digo sin continuidad porque en la obra de Ibsen, Nora rompe con todo y se marcha dando un gran portazo al ayer, pero a diferencia de las mujeres galdosianas, no descubre un “camino de salvación” viable para que la mujer se enfrente a una sociedad que está en espera como el lobo lo está del cordero. En Galdós se produce la alternativa, la acción, el dinamismo, la educación y la lucha, a través del trabajo y del combate social, por medio de la realización y la ocupación de su lugar en la pirámide social. Así lo expone con gran claridad en un diálogo entre Electra y Máximo en *Electra*, cuando aparece el tema del papel social que ella debe ocupar:

MÁXIMO. Es maravilloso que en tan poco tiempo conozcas mis libros y el lugar que ocupan. ELECTRA. No dirás que no lo he puesto todo muy arregladito. MÁXIMO. ¡Gracias a Dios que veo en mi estudio la limpieza y el orden! ELECTRA. (*Muy satisfecha*) ¿Verdad, Máximo, que no soy absolutamente, absolutamente inútil? MÁXIMO. (*Mirándola fijamente*) Nada existe en la Creación que no sirva para algo. ¿Quién te dice a ti que no te crió Dios para grandes fines? ¿Quién te dice que no eres tu... ? ELECTRA. (*Ansiosa*) ¿Qué? MÁXIMO. ¿Un alma grande, hermosa, nobilísima, que aún está medio ahogada... entre el serrín y la estopa de una muñeca?

ELECTRA. (*Muy gozosa*) ¡Ay Dios mío, si yo fuera eso! (*Máximo se levanta y en el estante de la izquierda coge unas barras de metal y las examina*) No me lo digas, que me vuelvo loca de alegría... ¿Puedo cantar ahora? (Escena I, acto III.)

Existía una inevitable unificación religioso-política que alienaba las mentes manejando la sociedad. Fe y caridad como “política”, sí, pero en libertad de conciencia. El hombre sigue pensando, sigue siendo individuo, pero con autonomía de acción, teñido de un sentimiento de justicia, caridad e individualismo social. Complejo asunto. Galdós, etiquetado innumerables veces de anticlerical, siempre dirigió sus huestes hacia la masonería, dentro de la que incluía a los jesuitas —ya lo he señalado más arriba—, como otra forma de organización cuya logia era también nociva. Por eso en sus obras Galdós no es lo que se le ha etiquetado, “anticlerical”, sino que más bien mantiene una actitud puramente positiva con respecto al sacerdocio y a lo clerical y eclesiástico. *Electra* sería un iluminado tipo de este acometimiento de las mentes, si bien, como dice Ruiz Ramón, “Galdós apuntaba su crítica también contra esos sacerdotes que viven con pasividad dentro del catolicismo, víctimas de una radical falta de vocación y que profesan el sacerdocio como medio de vida”⁹.

⁹ Francisco Ruiz Ramón, *Tres personajes galdosianos. Ensayo de aproximación a un mundo religioso y moral*. Revista de Occidente. Madrid, 1964. Para Ruiz Ramón, el Galdós dramático no es relevante, entendiendo su obra estrictamente como género. Apuntando que “la estructura de las piezas teatrales en Galdós es una estructura esencialmente novelesca, estos necesarios pormenores que describen la vida son demasiado tupidos y demasiado descriptivos, y atentan contra el ritmo propiamente dramático, dando excesiva cabida a lo que es accidental en el drama...”. Ruiz Ramón expone lo que no es técnica dramática de Galdós en *Historia del Teatro Español*. Ed Cátedra, Madrid 1983. Págs. 363-371, orientando su crítica hacia un Galdós novelista más que dramático.

El poder y la hegemonía de las clases religiosas sobre la sociedad, a través de ciertos elementos, eran un hecho. Poder ejercido como abuso cuya paradoja abarcaba diversas formas, y tenía una presencia perniciosa en la educación. Este fue el tema esencial del pensamiento de gran parte de su obra novelesca. En su obra teatral, esta preocupación social y preocupación religiosa unidas, será más evidente. Por medio de los personajes en el escenario, podemos ver en verdad cuál es el conflicto. Podemos ver las salidas que muchas veces tiene que inventar la mujer ante una “caridad paternalista”, que pesa sobre ella. La figura masculina dominaba las mentes femeninas, sin existir para éstas, una mínima libertad de pensamiento o creencia, como por ejemplo en *Electra*, que tanta polémica suscitó. El personaje de Electra y el desarrollo de la obra crearon una auténtica conmoción social en las masas el día 30 de enero de 1901, fecha del estreno en el teatro Español. Llevaron en hombros a un Galdós convertido en ídolo del pensamiento liberal, progresista, de quienes se hallaban alejados del oscurantismo, quienes querían dar a España un aire de renovación. Electra, la mujer, es una personalización de la España de la época y encarna, con gran perfección, la idea que Galdós tenía del lugar que la mujer moderna debería ocupar en la sociedad, que, aunque siempre estuvo unida a asuntos religiosos, se eleva por encima de los prejuicios morales para alcanzar su propia autonomía. Así pues en la escena XII del acto I, leemos:

ELECTRA. (*Suspirando*) Sí, Máximo: tengo que consultar contigo un caso grave.

MÁXIMO. (*Con vivo interés*) Dímelo pronto.

ELECTRA. (*Recelosa, mirando al otro grupo*) Ahora no puede ser.

MÁXIMO. ¿Cuándo?

ELECTRA. No sé..., no sé cuándo podré decírtelo... No es cosa que se dice en dos palabras.

MÁXIMO. ¡Ah, pobre chiquilla! Lo que te anuncié... ¿Apuntan ya las seriedades de la vida, las amarguras, los deberes?

ELECTRA. Quizás.

MÁXIMO. (*Mirándola fijamente, con vivo interés*) Noto en tu rostro una nube de tristeza, de miedo..., gran novedad en ti.

ELECTRA. Quieren anularme, esclavizarme, reducirme a una cosa... angelical... No lo entiendo.

MÁXIMO. (*Con mucha viveza*) No consientas eso, por Dios... Electra, defiéndete.

ELECTRA. ¿Qué me recomiendas para evitarlo?

MÁXIMO. (*Sin vacilar*) La independencia.

ELECTRA. ¡La independencia!

MÁXIMO. La emancipación... Más claro, la insubordinación.

ELECTRA. Quieres decir que podré hacer cuanto me dé la gana, jugar todo lo que se me antoje, entrar en tu casa como en país conquistado, enredar con tus hijos y llevármelos al jardín o a donde quiera.

MÁXIMO. Todo eso y más.

La autonomía en la vida social e incluso la independencia de pensamiento y de conciencia eran libertades que no se habían dado —entre otras capas sociales— a la mujer, y que aún hoy está todavía por terminar de conquistar. La idea de poder vivir una existencia propia, sin necesidad de depender del paternalismo o del “princesismo” tan inculcado en las mentes femeninas. Era toda una conquista que Galdós desarrolla sin temor en los “tipos” de sus dramas y comedias, naturalmente extraídos de la realidad para un teatro en algunos casos de naturalismo social. En general, los dueños de las mentes eran los estratos religiosos, y Galdós, sabedor de ello, tenía que luchar de alguna manera contra estos si quería llevar a cabo un proceso de

regeneración social. Si la libertad y la evolución del ser humano estaba en manos de los "curas", había que denunciar sus mecanismos y actuaciones.

Algún crítico ha dicho que el personaje de Electra resulta algo infantil y poco creíble. Esa es una idea con la que no estoy de acuerdo sobre todo si recordamos cómo Nora, la protagonista de *Casa de Muñecas*, en espacio de minutos, pasa de ser una mujer bastante infantil, a ser una mujer liberada y emancipada que no mira atrás con tal de ratificarse a ella misma y sus derechos. Sin embargo, la crítica siempre ha sido más benevolente al juzgar a Ibsen que a Galdós. Años más tarde del estreno de *Electra*, en 1912, podemos leer en *Cánovas*:

Fortalecerán su poder educando a las generaciones nuevas, interviniendo la vida doméstica y organizando sus ejércitos de damas necias y santurronas, paulatinamente dotadas con el armamento piadoso que les llevará a una fácil conquista... Cuando salgamos de paseo y nos encontremos con un ignaciano, yo me quitaré el sombrero y tú darás una discretísima cabezada en señal de aparente sumisión, rezongando para nuestro sayo: "Adiós, reverendo; vive y triunfa, que ya te llegará tu hora"¹⁰.

De ahí la importancia de la desaparición clerical, porque eran ellos quienes "educaban" las sociedades, torciendo los destinos, y por esa razón Galdós siempre abogó por la necesidad de construir una moral social de raíz religiosa, pero de naturaleza claramente laica. Como contrapunto a esta manipulación espiritual y social, que se ejercía en las mentes, y sobre todo en las mentes femeninas, Galdós propondrá, por un lado, su modelo de cristianismo

¹⁰ Cita del libro *Historia social de la literatura española*, pág. 185.

bien entendido, y por otro, la libertad de acción y pensamiento, la libertad de elegir un camino edificante, dinámico y constructivo:

Yo abomino la unidad católica y adoro la libertad de cultos. Creo sinceramente que si en España existiera la libertad de cultos, se levantaría a prodigiosa altura el catolicismo, se depuraría la nación del fanatismo y (...) ganaría muchísimo la moral pública, y las costumbres privadas, seríamos más religiosos, más creyentes, veríamos a Dios con más claridad, seríamos menos canallas, menos perdidos de lo que somos. En todo soy escéptico¹¹.

Existen a lo largo de todas sus producciones dramáticas numerosas citas que me ayudarán a argumentar que la llamada “revolución social” galdosiana llevaba implícita una “revolución religiosa”, una especie de evangelización intrínseca, de transparente finalidad educacional, pero con el Evangelio como instrumento ético, tratando al tiempo de anular todo aquello que fuera falsa doctrina y sobre todo falsa religión. Aquellas santurronas de pacotilla, prototipos de la religiosidad femenina que tanto abundaban en la sociedad española, eran despreciadas por Galdós. De igual modo, rechaza los malos sacerdotes y su hipocresía, en pos de la búsqueda de una figura ideal femenina. Este ideal, casi angelical, es el que el autor esbozará a lo largo de toda su obra teatral por medio de personajes cuya puesta en escena garantiza su indefectible protagonismo y relevancia. Ellas son las que combinarán la fuerza de voluntad y el trabajo, actitudes tan idealizadas por Galdós, que, aunque cualidades cristianas, también son verdaderos ideales sociales; alejando este prototipo de mujer nueva de los grandes “males sociales” que siempre la habían

¹¹ Cita de las cartas entre Galdós y Pereda extraída del libro, de José Luis Mora, *Galdós*, Madrid, Orto, 1998, págs. 69-70.

convertido en parásito, en objeto. En consecuencia un síntoma más de la vorágine social de la época. Sus “heroínas” encontrarán la salida en el autoperfeccionamiento moral del individuo, en la salvación del alma, en la nueva religión basada en el verdadero cristianismo, por tanto, son mujeres muy distintas a las de sus novelas.

Pantoja, el atavismo español

El personaje de Pantoja del drama *Electra*, es sin duda uno de los más representativos e interesantes de toda la producción galdosiana. Es obvio que ya en sus producciones novelescas había esbozado algunas de las características de este singular personaje, que fue representado en su momento por el actor Ricardo Valero. La presentación de esta personalidad fue la que más iras desató entre el público asistente, por todo el contenido implícito que entraña de un lado, y de otro, porque en realidad es el eje de la acción del drama. Sin Pantoja no existe el drama. La moral jesuítica de la época queda reflejada por Galdós con tal veracidad y composición realista que por todos es sabido la resonancia y agitación que su presencia provocaba en el público, ávido de represión ética y moral.

El postulado jesuita era el protagonista y responsable de la educación y formación de gran parte de la sociedad galdosiana, y Galdós para quien la importancia educativa y ética ocupaba un lugar importante, despliega todo su conocimiento y observación para pintar este personaje terrorífico tan fidedigno de la época. En realidad el estilo veraz de su composición y las palabras puestas por Galdós en él, fueron la causa de esta revolución social tan sonada que fue el estreno de *Electra*. Galdós, tantas veces tachado de anticlerical, una vez más como hará más adelante con el estreno de *Cassandra* ataca el estamento religioso no de forma licenciosa, sino con una intención constructiva, desde el punto de vista de la edificación de lo sublime. Al plasmar

este proceso ideológico por medio del teatro, que es el vehículo más directo, Galdós pretende no hundir, sino corregir la mala utilización de la doctrina cristiana. Es la confusión que ha existido siempre en España, con una herencia de siglos, donde las mentes y los espíritus son cambiados y adocenados por el oscurantismo y la manipulación por parte de los que se resisten a ser verdaderos cristianos, para estar en el fondo contra el cristianismo. Esto es lo que Galdós quiso reflejar y que tantas lecturas ha producido a lo largo de todos estos años. Pantoja, es como la mayoría del estamento sacerdotal y jesuítico, lo menos crítico que se puede hallar en los practicantes de la religión católica. Y por medio de Pantoja, Galdós construirá su ideal de lo que debe ser un director espiritual.

En la escena V que es cuando aparece el personaje, ya adivinamos por su aspecto físico, lo simbólico de su presencia: alguien aparece en escena vestido de negro, y ese alguien (negro) es la imagen opuesta a un ángel (blanco), el bien (que será la transparencia de Electra) y el mal (obviamente Pantoja) presentados en un escenario. Pantoja (*enteramente vestido de negro*), hace referencia nada más aparecer en escena, a la muerte ensalzando así lo tétrico del personaje y creando en el espectador una fuerte impresión. Un hombre que habla de esa forma de la muerte en cualquier momento del día, es alguien sin compasión, que aparenta una imponente fortaleza y seguridad, pero al mismo tiempo, terror:

CUESTA. Amigo Pantoja, Dios le guarde. ¿Vamos bien?

PANTOJA. (*Suspira*) Viviendo, amigo, que es como decir: esperando.

CUESTA. Esperando mejor vida.

PANTOJA. Padeciendo en ésta todo lo que el Señor disponga para hacernos dignos de la otra.

CUESTA. ¿Y de salud?

PANTOJA. Mal y bien. Mal, porque me afligen desazones y achaques; bien, porque me agrada el dolor, y el sufrimiento me regocija. (*Inquieto y como dominado de una idea fija, mira hacia el jardín.*)

Pero meditemos en las acotaciones e instrucciones que Galdós expone para la interpretación del personaje, sólo en esta corta escena V del acto I, donde los cambios de estado de ánimo, las expresiones y movimientos del personaje, denotan ya un fuerte desequilibrio. Pantoja debe producir miedo, como miedo produce en la propia Electra:

PANTOJA. Hija mía, ¿te asustas de mí?

ELECTRA. ¡Ay sí!...no puedo evitarlo..Y no debiera, no...Don Salvador, dispéñseme...Me voy al corro. (Escena VIII, acto IV).

Es importante en el momento de analizar un texto teatral, la técnica y el modo de introspección que aportan los actores a la hora de representar con exactitud, aquellos matices de los personajes que tan importantes son en la representación. En general la proyección de un determinado personaje hacia el público, depende en lo más fundamental de esa ejecución actoral. Por desgracia para nosotros no tenemos prácticamente ninguna documentación del trabajo escénico del teatro galdosiano por razones obvias, si bien hemos de conformarnos con las opiniones de los críticos del momento. Las acotaciones dan no el gesto, sino el matiz exacto de cada acción, y se pensamos en esta escena tan corta, resulta muy difícil desarrollar este personaje, claro sin caer en lo histriónico y parecer lo más realista posible. Se trataría pues, no de un teatro realista pues por lógica supone un teatro simbólico, impresionista. Lo que sí debe ser realista es la representación, y en eso sí afirmo que el teatro de Galdós es realista, lo es pero en cuanto a la actuación e

interpretación de los personajes. Éstos (sacados de la vida misma) sí deben ser lo más reales posibles, porque es el único campo donde funciona de verdad lo simbólico :

(Suspira), (Inquieto y como dominado de una idea fija, mira hacia el jardín) (Alarmado), (Nervioso y displicente, se pasea por la escena), (Sin prestar gran atención al asunto, fijándose en otra idea que no manifiesta), (Maquinalmente), (Repitiendo una idea fija) (Alto) y (Meditabundo)

Pantoja se presenta como un hombre que ha cometido "un pecado" del cuál se ha arrepentido de tal forma que continúa purgando la falta. Aquí entran en función los elementos doctrinales católicos llevados al extremo de la estrechez. En las siguientes palabras, el hombre negro habla de una escogida soledad, es decir está hablando de la ley de castidad católica mediante la cuál aquellos hombres escogidos por Dios como representantes, han de mantenerse célibes:

PANTOJA. La tristeza, el amor a la soledad, el desprecio de las vanidades, fueron mi salvación. Pues bien: no sería completa mi enmienda si ahora no cuidara yo de dirigir a esta niña para apartarla del peligro. Si nos descuidamos, fácilmente se nos irá por los caminos de su madre. (Escena VII, acto I).

Para este hombre el mundo visible, la naturaleza misma es, pues, un campo de batalla, propugnando que el hombre debe despojarse de lo que es carnal, terrestre, de lo que cae bajo lo sentidos¹². Su Dios es un Dios que no quiere

¹² Los cátaros designaban a la Naturaleza entera bajo el nombre de *corruptilia*: las cosas corruptibles. Como lo santiguos griegos, como algunos cristianos afirman constantemente que todo fluye, que nada dura. ¿Qué es el mundo sensible? La figura de este mundo es pasajera: *Proeterit figura hujus mundi* (San Pablo).

que el hombre sea feliz, por medio del celibato confunde y castiga la propia naturaleza. El hombre debe depurarse, sublimarse porque al fin de todos los tiempos toserá espíritu. Para él, la propagación de la vida humana es obra diabólica, por esa razón desprecia el matrimonio y la propagación de la especie. La perfección, los puros, los castos se desligan de los bienes de la tierra, se abstienen de la carne y aspiran a la muerte. Es como si el comportamiento de los perfectos llevara a la extinción de la humanidad, como el monaquismo en los católicos. Y eso es lo que quiere hacer con la vida de Electra al pretender hacerla monja: privarla de toda libertad, privarla de la maternidad, del matrimonio, del trabajo, de superarse socialmente...en suma de ser feliz, que es lo que suponemos, quiere Dios. En un concepto erróneo de la espiritualidad y de la dignidad, la hija de "la pecadora" debe continuar "purgando" los pecados de quien la trajo al mundo en una herencia genética que no lo es, es una mancha indigna que pasa de padres a hijos, se hereda como el pecado original de Adán, cometido por la influencia de la serpiente. Para Pantoja, los hijos heredan y pagan los pecados cometidos por sus padres, por lo tanto desde que nacen están excluidos de la sociedad, son proscritos destinados a sufrir:

PANTOJA. ¡Ay, historias! Desconfíe usted de las anécdotas jocosas y de los narradores amenos, que esconden entre jazmines el aguijón ponzoñoso...La noto a usted suspensa, turbada, como cuando se ha sentido el roce de un reptil entre los arbustos.(Escena XI, acto I)

Pantoja previene a Electra del pecado, quiere hacerle entender que el mundo está plagado de "tentaciones" de las que debe escapar, privándola de lo más noble y digno para la mujer: la superación de si misma. Pantoja quiere ordenarla monja, porque su Dios es un Dios que exige esas

condiciones para poder ser digno ante sus ojos. Todo lo demás está fuera de lo sublime, ¿Qué Dios bondadoso y caritativo debe exigir esas renunciaciones *sine qua non*?. El mundo de Pantoja es gris, y además quiere arrastrar a Electra a su triste mundo:

PANTOJA. Porque en mí tendrá usted un amparo, un sostén para toda la vida. Inefable dicha es para mí cuidar de un ser tan noble y hermoso, defender a usted de todo daño, guardarla, custodiarla, dirigirla, para que se conserve siempre incólume y pura; para que jamás la toque ni la sombra ni el aliento del mal. Es usted una niña que parece un ángel. No me conformo con que usted lo parezca: quiero que lo sea. (Escena XI, acto I).

La manipulación de la mente de Electra comienza ya en el acto I, donde el supuesto tutor comienza a hacerle dudar de su propia identidad, de su tranquilidad, siembra en ella la semilla de la duda. De tal forma que Electra llega a pensar ya en el comienzo del drama en la dignidad de su naturaleza: "Pero, ¿soy yo mala?" le pregunta a Pantoja, y él continúa sembrando la duda en ella, como si la búsqueda de la libertad fuera un pecado, es una enfermedad. Ya vemos la enorme presión que Pantoja ejerce sobre la protagonista, agobiándola de tal forma que termina la escena XI con estas palabras: "Deje usted que aligere mi corazón. Pesan horriblemente sobre él las conciencias ajenas". Por ello Pantoja es la acción del drama, porque es el elemento que va introduciendo poco a poco el movimiento interior de los personajes, cuyo movimiento genera las acciones de todos, los que giran alrededor de Pantoja. Él va sembrando el conflicto en el resto de los personajes, paulatinamente los envenena, por eso es el núcleo de la acción, porque es el conflicto mismo, personificado. En todo el acto I, Galdós simboliza por medio de Pantoja el símbolo del jesuitismo de

aquellos años: "la naturaleza está corrompida y venimos aquí a pisotearla".

Analizaremos como están con gran sutileza descritas en su personalidad y en sus acciones todas las características que describen con exactitud los jesuitas de aquel momento, siempre en *Electra*, de forma implícita. Andrés Amorós en la introducción a la novela de Pérez de Ayala *A.M.D.G.*,¹³ reseña diez cualidades que Pérez de Ayala reprocha a los jesuitas como lo más característico a la vez que adverso de las premisas de esta orden, y que todo el público identificó en el personaje de Pantoja, probablemente sin saber porqué. Analizaremos cómo a través de las palabras, acciones y puesta en escena del personaje se identifica con gran claridad el jesuitismo tan simbólicamente tratado por Galdós. De los reproches que Pérez de Ayala fundamenta en su descriptiva novela tan recreada por la experiencia, destaca como primer hecho censurable, *la religiosidad externa, teatral*. El color negro, como ya he dicho emana lo teatral, una estética que viste la imagen de cuya religiosidad de formas se plantea desde que aparece el personaje exponiendo continuamente el cambio que ha sufrido en su vida, porque en una ocasión fue malo y pecó, marcada esta actitud por la propia del personaje: "(*Suspira*), Viviendo, amigo, que es como decir: esperando", dice en la escena V, del acto I. *La hipocresía*, farsa de la que el propio personaje está convencido. Es obvio que si en verdad amara como hija a Electra tanto como dice, pensaría en los deseos de ella y no en los suyos propios. Su hipocresía queda revelada desde la voz de Máximo cuando en la escena X del acto IV, pronuncia las siguientes palabras, en una escena dramática desde lo más profundo, a la vez que escénicamente muy conseguida, porque en realidad impresiona al espectador que está viendo como se "toca" al hombre vestido de negro. El intocable es tocado y zarandeado literalmente por la libertad, la justicia...la ciencia:

¹³ Ramón Pérez de Ayala, *A.M.D.G.*, Madrid, Cátedra, 1990, págs. 75-86.

MÁXIMO. (*Estallando en ira, con gran violencia le acomete*) Pues por ese silencio, por esa burla, máscara de un egoísmo tan grande que no cabe en el mundo; por esa virtud verdadera o falsa, no lo sé, que en la sombra y sin ruido lanza el rayo que nos aniquila (*Le agarra por el cuello, le arroja sobre el banco*) por esa dulzura que envenena, por esa suavidad que estrangula, confúndate Dios, hombre grande o rastrero, águila, serpiente¹⁴ o lo que seas. (Escena X, acto IV).

En tercer lugar destaca Amorós, *el militarismo*, que se traduce en actitudes autoritarias, en una pretendida obediencia ciega. Pantoja quiere por encima de todo que Electra le obedezca sin ninguna posibilidad de hermanar con la razón. Obediencia ciega, "debes obedecerme" le dice a Electra, y esto ha de conseguirlo a cualquier precio, aún mintiendo y utilizando todo tipo de artimañas: "Quiero y debo tenerla bajo mi dominio santamente, paternalmente...Que ella me ame como aman los ángeles...Que sea imagen mía en la conducta, espejo mío en las ideas". Que se reconozca obligada a padecer por los que le dieron la vida, y purificándose ella, nos ayude, a los que fuimos malos, a obtener el perdón...Por Dios, ¿no comprende usted esto?" pronuncia Pantoja a Evarista en la escena VI del acto IV. Lo que enlaza con la cuarta característica señalada por Amorós: *la incultura*, pues Pantoja muestra un desprecio por todo lo que signifique luz y avance: la electricidad como símbolo cultural del progreso, será desechada por él que ama la obscuridad y el obscurantismo.

En quinto lugar destaca Amorós la *moral puritana*, donde es obvio el desprecio por las relaciones sexuales y

¹⁴ En la tradición bíblica el águila y la serpiente son símbolos del diablo. Esta figura representante del mal, también aparece curiosamente vestida de negro, alma negra, alma muerta, en contraste con la blancura de los ángeles.

amorosas. Para él, aquellas relaciones fueron un pecado, una abominación que dieron como fruto a Electra, y ella según Pantoja debe continuar pagando por el pecado de su propia creación. Los que la han creado lo han hecho en pecado, y el fruto de esa infracción de la ley merece ser digno del perdón. Electra debe aspirar a ser perdonada por haber nacido ¿Habrá mayor humillación para el ser humano que dar cuentas de su propia identidad?

Pantoja siente horror por los procedimientos liberales de Máximo, por su mentalidad abierta. Máximo es un hombre que propone a Electra la emancipación, la insubordinación, métodos en suma liberales, los que eran tan odiados por los jesuitas, como es con exactitud lo que destaca en sexto lugar *Amorós: una política retrógrada*. Esta política abalada por el obvio poder que ejercían a través de un marcado *interés económico*, que constituiría el séptimo lugar. Es cierto, Pantoja cree que hablándole a Electra de un soporte económico duradero y una protección social va a conquistarla, cuando en realidad, Electra está más preocupada por buscar su propia identidad, más que por conseguir una manutención vitalicia. Método jesuita-método económico.

En octavo lugar destaca *Amorós la humillación y destrucción del individuo*, como método de acción. Así es. La humillación a los demás, hacia todo lo bello, es la característica más representativa de la forma de actuación del potente Pantoja. En la escena X del acto IV, en verdad llega un momento en el que es capaz de desatar la violencia y la ira de Máximo, incluso de convertirlo como él mismo dice en un homicida. Es tan grande la ironía, la simbiosis de hipocresía y serenidad, es tan grande el dominio de si mismo, lo que se aprende "militando" en una orden religiosa, lo hierático ante las emociones de los demás, que provoca en Máximo una fuerte convulsión. Máximo es un hombre visceral, natural, en quien cualquier provocación de su dignidad, consigue desplegar toda su fuerza y poderío

salvaje, Máximo es un hombre pasional que ama la vida, y reconoce que no se puede "autocontrolar" ante la injuria y el ataque de Pantoja. Este sería el noveno lugar: *oposición a la naturaleza*. Así lo leemos en el diálogo *a muerte* de los dos protagonistas masculinos, donde la inteligencia y el dominio de Galdós de los diálogos resuelve muy bien esta escena donde la acción llega a su límite potencial:

MÁXIMO. Sí, lo soy. Usted a todos nos enloquece. (*Reponiéndose de su ira*) ¿Quién sino usted ha tenido el poder diabólico de desvirtuar mi carácter, arrastrándome a estas cóleras terribles? Sin darme cuenta de ello, he atropellado a un ser débil y mezquino, incapaz de responder a la fuerza con la fuerza.

PANTOJA. (*Incorporándose*) Con la fuerza respondo. (*Volviendo a ser normal, se expresa con una calma sentenciosa*) Tú eres la fuerza física, yo soy la fuerza espiritual. (*Máximo le mira atónito y confuso*) Puedo yo más que tú, infinitamente más. ¿Lo dudas?

MÁXIMO. ¿Que puede más?

PANTOJA. La ira te sofoca, el orgullo te ciega. Yo, maltratado y escarnecido, recobro fácilmente la serenidad; tú no, tú tiemblas, Máximo; tú que eres la fuerza, tiemblas.

MÁXIMO. Es la ira, que aún está vibrando...No la provoqué usted.

PANTOJA. (*Cada vez mas dueño de si*) Ni la provoqué, ni la temo..., porque tú me maltratas y yo te perdono.

MÁXIMO. ¡Que me perdona!..., ¡a mí! Se empeña usted en que yo sea homicida, y lo conseguirá.

PANTOJA. (*Con serena y fría gravedad, sin jactancia*) Enfurécete, grita, golpea...Aquí me tienes incommovible...,no hay fuerza humana que me quebrante, no hay poder que me aparte de mis caminos. Injúriame, hiéreme, mátame: no me

defiendo. El martirio no me arredra. Podrá la barbarie destruir mi pobre cuerpo, que nada vale: pero lo que hay aquí (*En su mente*) ¿quién lo destruye? Mi voluntad, de Dios abajo, nadie la mueve. Y si acaso mi voluntad quedase aniquilada por la muerte, la idea que sustento siempre quedará viva, triunfante...

Su poder, quiere decir Pantoja, es indestructible, nunca va a desaparecer. Galdós, conocedor de la psicología del ser humano, su alma, resuelve con la intelectualización, con la razón, y con el pacifismo una escena que apuntaba a terminar en muerte y violencia. Así ocurrirá con el diálogo entre Juana y Casandra, quien a pesar de poco previsible, por tratarse de mujeres que en teoría no se mueven por la fuerza, como tradicional e históricamente lo ha hecho el hombre, sí se recurre y acude a la violencia como solución. Pero continuemos con este interesante enfrentamiento dialéctico, donde al tiempo se procura un debate teológico:

MÁXIMO. No veo, no puedo ver ideas grandes en quien no tiene grandeza, en quien no tiene piedad, ni ternura, ni compasión.

PANTOJA. Mis fines son muy altos. Hacia ellos voy...por los caminos posibles.

MÁXIMO. (*Aterrado*) ¡Por los caminos posibles! A Dios no se va más que por uno: el del bien. (*Con exaltación*) ¡Oh Dios! Tú no puedes permitir que a tu reino se llegue por callejuelas oscuras, ni que a tu gloria se suba pisando los corazones que te aman...¡No, Dios, no permitirás eso, no, no! Antes que ver tal absurdo, veamos toda la naturaleza en espantosa ruina, desquiciada y rota toda la máquina del universo.

PANTOJA. Sacrilego, ofendes a Dios con tus palabras.

MÁXIMO. Más le ofende usted con sus hechos.

PANTOJA. Basta, no he de disputar contigo... Nada más tengo que decirte.

MÁXIMO. ¿Nada más? ¡Si falta todo! (*Le coge vigorosamente por un brazo*) Ahora va usted conmigo en busca de Electra, y en presencia de ella, o esclarece usted mis dudas y me saca de esta ansiedad horrible, o perece usted y perezco yo, y perecemos todos... Lo juro por la memoria de mi madre.

PANTOJA. (*Después de mirarle fijamente*) Vamos. (*Al dar los primeros pasos sale Evarista de la casa*). (escena X, acto IV).

Al fin concluye el ilustre Amorós con *el impedimento del desarrollo de la sensualidad*, de la que ya hemos hecho mención más arriba, y de la que Pantoja consume preferentemente en una actitud en definitiva patológica. Este personaje y sus caracteres en la actualidad con respecto a esa animadversión por la natural sexualidad, sería una persona enferma, fuera del contexto de la realidad. Es alguien que en el fondo se desprecia a si mismo al denominar pecado, la ley más básica y hermosa que es la relación de amor entre una hombre y una mujer. En palabras del propio Pérez de Ayala en una carta enviada desde Munich a Unamuno: "La sensualidad es un componente del temperamento individual; se nace con ella o sin ella, pero no se desarrolla sino en habiendo salido de la tutela jesuítica".¹⁵

¹⁵ *Ibidem*, A.M.D.G, pág. 85.

Electra

Electra

Drama en cinco actos

**Representóse en el Teatro Español la noche del 30 de
enero de 1901**

Reparto

Personajes Actores

Electra (18 años) **D^a Matilde Moreno**

Evarista (50 años), esposa de don Urbano **D^a Emilia
Llorente**

Máximo (35 años) **D. Francisco Fuentes**

Don Salvador Pantoja (50 años) **D. Ricardo Valero**

Marqués de Ronda (58 años) **D. Fernando Altarriba**

Don Leonardo Cuesta, agente de bolsa (50 años) **D. Ramón
Villariño**

Don Urbano García Yuste (55 años) **D. José Sala Julián**

Mariano, auxiliar de laboratorio **D. José Culvera**

Gil, calculista **D. Julio del Cerro**

Balbina, criada vieja **D^a María Anaya**

Patros, criada joven **D^a Antonia Arévalo**

José, criado viejo **D. Fernando Calvo**

Sor Dorotea¹⁶ **D^a Consuelo Badillo**

Un Operario **D. Sixto Corduras**

La Sombra de Eleuteria **D^a Florentina A. del Valle**

La acción, en Madrid, rigurosamente contemporánea.

¹⁶ Accediendo a los deseos de la empresa y del autor, la primera actriz doña Consuelo Badillo ha desempeñado un papel inferior a su categoría artística.

ACTO PRIMERO

Sala lujosa en el palacio de los señores de García Yuste. A la derecha, paso al jardín. Al fondo, comunicación con otras salas del edificio. A la izquierda, primer término, puerta de la habitación de Electra. Derecha e izquierda se entiende del espectador

Escena primera

El Marqués, José, por el foro

José.- Están en el jardín. Pasaré recado.

Marqués.- Aguarda. Quiero dar un vistazo a esta sala. No he visitado a los señores de García Yuste desde que habitan su nuevo palacio...¡Qué lujo!...Hacen bien. Dios les da para todo, y esto no es nada en comparación de lo que consagran a obras benéficas. ¡Siempre tan generosos!...

José.- ¡Oh, sí, señor!

Marqués.- Y siempre tan retraídos... aunque hay en la familia, según creo, una novedad muy interesante...

José.- ¿Novedad? ¡Ah, sí!...¿Lo dice por?...

Marqués.- Oye, José, ¿harás lo que yo te diga?

José.- Ya sabe el señor marqués que nunca olvido los catorce años que le serví...Mande vucencia.

Marqués.- Pues bien: hoy vengo exclusivamente por conocer a esa señorita que tus amos han traído poco ha de un colegio de Francia.

José.- La señorita Electra.

Marqués.- ¿Podrás decirme si tus tíos están contentos de ella, si la niña se muestra cariñosa, agradecida?

José.- ¡Oh, sí!...Los señores la quieren...Solo que...

Marqués.- ¿Qué?

José.- Que la niña es algo traviesa.

Marqués.- La edad...

José.- Juguetona, muy juguetona, señor.

Marqués.- Es monísima; según dicen, un ángel.

José.- Un ángel, si es que hay ángeles parecidos a los diablos. A todos nos trae locos.

Marqués.- ¡Cuánto deseo conocerla!

José.- En el jardín la tiene vucencia. Allí se pasa toda la mañana enredando y haciendo travesuras.

Marqués.- (*Mirando al jardín.*) Hermoso jardín, parque más bien; arbolado viejo, del antiguo palacio de Gravelinas...

José.- Sí, señor.

Marqués.- La magnífica casa de vecindad que veo allá, ¿no es también de tus amos?

José.- Con entrada por el jardín y por la calle. En el piso bajo tiene su laboratorio el sobrino de los señores, el señorito Máximo, primer punto de España en las matemáticas y en la...en la...

Marqués.- Sí, el que llaman *el Mágico prodigioso*...Le conocí en Londres...no recuerdo la fecha...Aún vivía su mujer.

José.- El pobrecito quedó viudo en febrero del año pasado...Tiene dos niños monísimos.

Marqués.- No hace mucho he renovado con Máximo mi antiguo conocimiento y, aunque no frecuento su casa, por razones que yo me sé, somos grandes amigos, los mejores amigos del mundo.

José.- Yo también le quiero. ¡Es tan bueno!...

Marqués.- Y dime ahora: ¿no se arrepienten los señores de haber traído ese diablillo?

José.- (*Recelando que venga alguien.*) Diré a vucencia...Yo he notado...(*Ve venir a Don Urbano por el jardín.*) El señor viene...

Marqués.- Retírate...

Escena II

El Marqués, don Urbano

Marqués.- (*Dándole los brazos.*) Mi querido Urbano...

Don Urbano.- ¡Marqués! ¡Dichosos los ojos!...

Marqués.- ¿Y Evarista?

Don Urbano.- Bien. Extrañando mucho las ausencias del ilustre marqués de Ronda.

Marqués.- ¡Ay, no sabe usted qué invierno hemos pasado!

Don Urbano.- ¿Y Virginia?

Marqués.- No está mal. La pobre siempre luchando con sus achaques. Vive por el vigor tenaz, testarudo, digo yo, de su grande espíritu.

Don Urbano.- Vaya, vaya...¿Conque...? (*Señalando al jardín.*)
¿Quiere usted que bajemos?

Marqués.- Luego. Descansaré un instante. (*Se sienta.*)
Hábleme usted, querido Urbano, de esa niña encantadora, de esa Electra, a quien han sacado ustedes del colegio.

Don Urbano.- No estaba ya en el colegio. Vivía en Hendaya con unos parientes de su madre. Yo nunca fui partidario de traerla a vivir con nosotros, pero Evarista se encariñó hace tiempo con esa idea; su objeto no es otro que tantear el carácter de la chiquilla, ver si podemos obtener de ella una buena mujer o si nos reserva Dios el oprobio de que herede las mañas de su madre. Ya sabe usted que era prima hermana de mi esposa, y no necesito recordarle los escándalos de Eleuteria, del 80 al 85.

Marqués.- Ya, ya.

Don Urbano.- Fueron tales, que la familia, dolorida y avergonzada, rompió con ella toda relación. Esta niña, cuyo padre ignora, se crió junto a su madre hasta los cinco años. Después la llevaron a las Ursulinas de Bayona. Allí, ya fuese pro abreviar, ya por embellecer el nombre, dieron en llamarla *Electra*, que es de grande novedad.

Marqués.- Perdona usted novedad no es: a su desdichada madre, Eleuteria Diaz, los íntimos la llamábamos también *Electra*, no sólo por abreviar, sino porque a su padre, militar muy valiente, desgraciadísimo en su vida conyugal, le pusieron *Agamenón*.

Don Urbano.- No sabía...Yo jamás me traté con esa gente. Eleuteria, por la fama de sus desórdenes, se me representaba como un ser repugnante...

Marqués.- Por Dios, mi querido Urbano, no extreme usted su severidad. Recuerde que Eleuteria, a quien llamaremos *Electra I*, cambió de vida...Ello debió de ser hacia el 88...

Don Urbano.- Por ahí...Su arrepentimiento dio mucho que hablar. En *San José de la Penitencia* murió el 95 regenerada, abominando de su libertinaje horrible, monstruoso...

Marqués.- (*Como reprendiéndole por su severidad.*) Dios la perdonó...

Don Urbano.- Sí, sí...perdón, olvido...

Marqués.- Y ustedes, ahora, tantean a Electra II para saber si sale derecha o torcida. ¿Y qué resultado van dando las pruebas?

Don Urbano.- Resultados oscuros, contradictorios, variables cada día, cada hora. Momentos hay en que la chiquilla nos revela excelsas cualidades, mal escondidas en su inocencia; momentos en que nos parece la criatura más loca que Dios ha echado al mundo. Tan pronto le encanta a usted por su candor angelical como le asusta por las agudezas diabólicas que saca de su propia ignorancia.

Marqués.- Exceso de imaginación quizás, desequilibrio. ¿Es viva?

Don Urbano.- Tan viva como la misma electricidad, misteriosa, repentina, de mucho cuidado. Destruye, trastorna, ilumina.

Marqués.- (*Levantándose.*) La curiosidad me abrasa ya. Vamos a verla.

Escena III

El Marqués, don Urbano; Cuesta, por el fondo.

Cuesta.- (*Entra con muestras de cansancio, saca su cartera de negocios y se dirige a la mesa.*) Marqués...¿tanto bueno por aquí?

Marqués.- Hola, gran Cuesta. ¿Qué nos dice nuestro incansable agente?...

Cuesta.- (*Sentándose. Revela padecimiento del corazón.*) El incansable...¡ay!, se cansa ya.

Don Urbano.- Hombre, ¿qué me dices del alza de ayer en el Amortizable?

Cuesta.- Vino de París con dos enteros.

Don Urbano.- ¿Has hecho nuestra liquidación?

Marqués.- ¿Y la mía?

Cuesta.- En ellas estoy...(*Saca papeles de su cartera y escribe con lápiz.*) Luego sabrán ustedes las cifras exactas... He sacado todo el partido posible de la conversión.

Marqués.- Naturalmente...siendo el tipo de emisión de los nuevos valores 79, 50...habiendo adquirido nosotros a precio muy bajo el papel recogido...

Don Urbano.- Naturalmente...

Cuesta.- Naturalmente, el resultado ha sido espléndido.

Marqués.- La facilidad con que nos enriquecemos, querido Urbano, enciende en nosotros el amor de la vida y el entusiasmo por la belleza humana. Vámonos al jardín.

Don Urbano.- (*A Cuesta.*) ¿Vienes?

Cuesta.- Necesito diez minutos de silencio para ordenar mis apuntes.

Don Urbano.- Pues te dejamos solo. ¿Quieres algo?

Cuesta.- (*Abstraído en sus apuntes.*) No...Sí, un vaso agua. Estoy abrasado.

Don Urbano.- Al momento. (*Sale con el Marqués hacia el jardín.*)

Escena IV

Cuesta, Patros

Cuesta.- (*Corrigiendo los apuntes.*) ¡Ah!, sí, había un error. A los de Yuste corresponden... un millón seiscientas mil pesetas. Al marqués de Ronda, doscientas veintidós mil. Hay que descontar las doce mil y pico, equivalentes a los nueve mil francos... (*Entra Patros con vasos de agua, azucarillos, coñac. Aguarda un momento a que Cuesta termine sus cálculos.*)

Patros.- ¿Lo dejo aquí, don Leonardo?

Cuesta.- Déjalo y aguarda un instante...Un millón ochocientos...con los seiscientos diez...hacen...ya está claro. Bueno, bueno. Con que, Patros...(*Echa mano al bolsillo, saca dinero y se lo da.*)

Patros.- Señor, muchas gracias.

Cuesta.- Con esto te digo que espero de ti un favor.

Patros.- Usted dirá, don Leonardo.

Cuesta.- Pues...(*Revolviendo el azucarillo.*) Verás...

Patros.- ¿No pone coñac? Si viene sofocado, el agua sola puede hacerte daño.

Cuesta.- Sí, pon un poquito...Pues quisiera yo...no vayas a tomarlo a mala parte...quisiera yo hablar un ratito a solas con la señorita Electra. Conociéndome como me conoces, comprenderás que mi objeto es de lo más puros, de los más honrados. Digo esto para quitarte todo escrúpulo... (*Recoge sus papeles.*) Antes que alguien venga, ¿puedes decirme qué ocasión, qué sitio son los más apropiados?...

Patros.- ¿Para decir cuatro palabritas a la señorita Electra? (*Meditando.*) Ello ha de ser cuando los señores despachan con el apoderado...Yo estaré a la mira...

Cuesta.- Si pudiera ser hoy, mejor.

Patros.- ¿El señor vuelve luego?

Cuesta.- Volveré, y con disimulo me adviertes...

Patros.- Sí, sí...Pierda cuidado. (*Recoge el servicio y se retira.*)

Escena V

Cuesta; Pantoja, enteramente vestido de negro. Entra en escena meditabundo, abstraído.

Cuesta.- Amigo Pantoja, Dios le guarde. ¿Vamos bien?

Pantoja.- (*Suspira.*) Viviendo, amigo, que es como decir esperando.

Cuesta.- Esperando mejor vida.

Pantoja.- Padeciendo en esta todo lo que el Señor disponga para hacernos dignos de la otra.

Cuesta.- ¿Y de salud?

Pantoja.- Mal y bien. Mal, porque me afligen desazones y achaques; bien, porque me agrada el dolor y el sufrimiento me regocija. (*Inquieto y como dominado de una idea fija, mira hacia el jardín.*)

Cuesta.- Ascético estáis.

Pantoja.- ¡Pero esa loquilla!...Véala usted correteando con los chicos del portero, con los niños de Máximo y con otros de la vecindad. Cuando la dejan explayarse en las travesuras infantiles, está Electra en sus glorias.

Cuesta.- ¡Adorable muñeca! Quiera Dios hacer de ella una mujer de mérito.

Pantoja.- De la muñeca graciosa, de la niña voluble, podrá salir un ángel más fácilmente que saldría de la mujer.

Cuesta.- No le entiendo a usted, amigo Pantoja.

Pantoja.- Me entiendo yo...Mire, mire cómo juegan. (*Alarmado.*) ¡Jesús me valga! ¿A quién veo allí? ¿Es el marqués de Ronda?

Cuesta.- El mismo.

Pantoja.- Ese corrompido corruptor, Tenorio de la generación pasada, no se decide a jubilarse por no dar un disgusto a Satanás.

Cuesta.- Para que pueda decirse una vez más que no hay paraíso sin serpiente.

Pantoja.- ¡Oh, no! ¡Serpiente ya teníamos! (*Nervioso y displicente, se pasea por la escena.*)

Cuesta.- Otra cosa: ¿no se ha enterado usted de la millonada que les traigo?

Pantoja.- (*Sin prestar gran atención al asunto, fijándose en otra idea que no se manifiesta.*) Sí, ya sé...ya...Hemos ganado una enormidad.

Cuesta.- Evarista completará su magna obra de piedad...

Pantoja.- (*Maquinalmente.*) Sí.

Cuesta.- Y usted dedicará mayores recursos a *San José de la Penitencia*.

Pantoja.- Sí...(*Repitiendo una idea fija.*)_Serpiente ya teníamos. (*Alto.*) ¿Qué me decía usted, amigo Cuesta?

Cuesta.- Que...

Pantoja.- Perdone usted...¿Es cierto que el vecino de enfrente, nuestro maravilloso sabio, inventor y casi taumaturgo, piensa mudar de residencia?

Cuesta.- ¿Quién, Máximo? Creo que sí. Parece que en Bilbao y en Barcelona acogen con entusiasmo sus admirables estudios para nuevas aplicaciones de la electricidad, y le ofrecen cuantos capitales necesite para plantear estas novedades.

Pantoja.- (*Meditabundo.*) ¡Oh!...Capital, dentro de mis medios, yo se lo daría, con tal que...

Escena VI

Pantoja, Cuesta; Evarista, don Urbano, el Marqués, que vienen del jardín

Evarista.- (*Soltando el brazo del Marqués.*) Felices, Cuesta. Pantoja, ¡cuánto me alegro de verle hoy!...(Cuesta y Pantoja se inclinan y le besan la mano respetuosamente. Siéntase la señora a la derecha; el Marqués, en pie, a su lado. Los otros tres forman grupo a la izquierda, hablando de negocios.)

Marqués.- (*Reanudando con Evarista una conversación interrumpida.*) Por ese camino no solo pasará usted a la Historia, sino al *Año Cristiano*.

Evarista.- No alabe usted, marqués, lo que en absoluto carece de mérito...No tenemos hijos; Dios arroja sobre nosotros caudales y más caudales. Cada año nos cae una herencia. Sin molestarnos en lo más mínimo ni discurrir cosa alguna, el exceso de nuestras rentas, manejado en operaciones muy hábiles por el amigo Cuesta, nos crea sin sentirlo nuevos capitales. Compramos una finca, y al año la subida de los productos triplica su valor; adquirimos un erial, y resulta que el subsuelo es un inmenso almacén de carbón, de hierro, de plomo...¿Qué quiere decir esto, marqués?

Marqués.- Quiere decir, mi venerable amiga, que cuando Dios acumula tantas riquezas sobre quien no las desea ni las estima, indica muy claramente que las concede para que sean destinadas a su servicio.

Evarista.- Exactamente. Interpretándolo yo del mismo modo, me apresuro a cumplir la divina voluntad. Lo que hoy me trae Cuesta no hará más que pasar por mis manos, y con esto habré consagrado al *Patrocinio* siete millones largos; y aún haré más, para que la casa y el colegio de Madrid tengan todo el decoro y la magnificencia que corresponden a tan grande instituto...Impulsaremos las obras de los colegios de Valencia y Cádiz...

Pantoja.- (*Pasando al grupo de la derecha.*) Sin olvidar, amiga mía, la casa de enseñanzas superiores que ha de ser santuario de la verdadera ciencia...

Evarista.- Bien sabe el amigo Pantoja que no ceso de pensar en ello.

Don Urbano.- (*Pasando también a la derecha.*) En ello pensamos noche y día.

Marqués.- Admirable, admirable. (*Se levanta.*)

Evarista.- (*A Cuesta, que también pasa a la derecha.*) Y ahora, Leonardo, ¿qué hacemos?

Cuesta.- (*Sentándose al lado de Evarista, propone a la señora nuevas operaciones.*) Nos limitaremos por hoy a emplear alguna cantidad en dobles...

Pantoja.- (*En pie, a la izquierda de Evarista.*) O a prima...

Marqués.- (*Paseando por la escena con don Urbano.*) Me permitirá usted, querido Urbano, proclamando a gritos los méritos de su esposa, no eche en saco roto los míos, los nuestros: hablo por mi mujer y por mí. Virginia ya lleva dado a *Las Esclavas* un tercio de nuestra fortuna.

Don Urbano.- De las más saneadas de Andalucía.

Marqués.- Y en nuestro testamento se lo dejamos todo, menos la parte que destinamos a ciertas obligaciones y a la parentela pobre...

Don Urbano.- Muy bien...Pero, según mis noticias, no estuvo usted muy conforme, años ha, con que Virginia tuviera piedad tan dispendiosa.

Marqués.- Es cierto. Pero al fin me catequizó. Suyo soy en cuerpo y alma. Me ha convertido, me ha regenerado.

Don Urbano.- Como a mí mi Evarista.

Marqués.- Por conservar la paz del matrimonio empecé a contemporizar, a ceder, y, cediendo y contemporizando, he llegado a esta situación. No me pesa, no. Hoy vivo en una placidez beatífica, curado de mis antiguas mañas. He llegado a convencerme de que Virginia no solo salvará su alma, sino también la mía.

Don Urbano.- Como yo...Que me salve.

Marqués.- Cierto que no tenemos iniciativa para nada.

Don Urbano.- Para nada, querido marqués.

Marqués.- Que a las veces, hasta el respirar nos está vedado.

Don Urbano.- Vedada la respiración...

Marqués.- Pero vivimos tranquilamente.

Don Urbano.- Servimos a Dios sin ningún esfuerzo...

Marqués.- Nuestras benditas esposas van delante de nosotros por el camino de la gloriosa eternidad, y...descuide usted, que no nos dejarán atrás.

Don Urbano.- Cierto.

Evarista.- ¿Urbano?

Don Urbano.- (*Acudiendo presuroso.*) ¿Qué?

Evarista.- Ponte a las órdenes de Cuesta para la liquidación y para la entrega a los padres...

Don Urbano.- Hoy mismo. (*Se levanta Cuesta.*)

Evarista.- Otra cosa: bajas un momento y le dices a Electra que ya van tres horas de juego...

Pantoja.- (*Imperioso.*) Que suba. Ya es demasiado retozar.

Don Urbano.- Voy. (*Viendo venir a Electra.*) *Ya está aquí.*

Escena VII

Los mismos; Electra, tras ella, Máximo

Electra.- (*Entra corriendo y riendo, perseguida por Máximo, a quien lleva ventaja en la carrera. Su risa es de miedo infantil.*) Que no me coges...Bruto, fastídiate.

Máximo.- (*Trae en una mano varios objetos, que indicará, y en la otra una ramita larga de chopo, que esgrime como un azote.*) ¡Pícara, si te cojo...!

Electra.- (*Sin hacer caso de los que están en escena, recorre esta con infantil ligereza, y va a refugiarse en las faldas de doña Evarista, arrodillándose a sus pies y echándole los brazos a la cintura.*) Estoy en salvo...Tía, mándele usted que se vaya.

Máximo.- ¿Dónde está esa loca? (*Con amenaza jocosa.*) ¡Ah! Ya sabe dónde se pone.

Evarista.- Pero hija, ¿cuándo tendrás formalidad? Máximo, eres tú tan chiquillo como ella.

Máximo.- (*Mostrando lo que trae.*) Miren lo que me ha hecho. Me rompió estos dos tubos de ensayo...Y luego...vean estos papeles en que yo tenía cálculos que representan un trabajo enorme. (*Muestra los papeles suspendiéndolos en alto.*) Este lo convirtió en pajarita; éste lo entregó a los chiquillos para que pintaran burros, elefantes...y un acorazado disparando contra un castillo.

Pantoja.- ¿Pero se metió en el laboratorio?

Máximo.- Y me indisciplinó a los niños, y todo me lo han revuelto.

Pantoja.- (*Con severidad.*) Pero, señorita...

Evarista.- ¡Electra!

Marqués.- ¡Deliciosa infancia! (*Entusiasmado.*) Electra, niña grande, benditas sean sus travesuras. Conserve usted mientras pueda su preciosa alegría.

Electra.- Yo no rompí los cilindros. Fue Pepito...Los papeles llenos de garabatos sí los cogí yo, creyendo que no servían para nada.

Cuesta.- Vamos, haya paces.

Máximo.- Paces. (*A Electra.*) Vaya, te perdono la vida, te concedo el indulto por esta vez...Toma. (*Le da la vara. Electra la coge, pegándole suavemente.*)

Electra.- Esto por lo que me has dicho. (*Pegándole con fuerza.*) Esto por lo que callas.

Máximo.- ¡Si no he callado nada!

Pantoja.- Formalidad, juicio.

Evarista.- ¿Qué te ha dicho?

Máximo.- Verdades que han de serle muy útiles...Que aprenda por sí misma lo mucho que aún ignora; que abra bien sus ojitos y los extienda por la vida humana para que vea que no es todo alegrías, que hay también deberes, tristezas, sacrificios...

Electra.- ¡Jesús, qué miedo! (*En el centro de la escena la rodean todos, menos Pantoja, que acude al lado de Evarista.*)

Cuesta.- Conviene no estimular con el aplauso sus travesuras.

Don Urbano.- Y mostrarle un poquito de severidad.

Máximo.- A severidad nadie me gana...¿Verdad, niña, que soy muy severo y que tú me lo agradeces? Di que me lo agradeces.

Electra.- (*Azotándole ligeramente.*) ¡Sabio cargante! Si esto fuera un azote de verdad, con más gana te pegaría.

Marqués.- (*Risueño y embobado.*) ¡Adorable! Pégueme usted a mí, Electra.

Electra.- (*Pegándole con mucha suavidad.*) A usted no, porque no tengo confianza...Un poquito no más...así...(*Pegando a los demás.*) Y a usted...a usted...un poquito.

Evarista.- ¿Por qué no vas a tocar el piano para que te oigan estos señores?

Máximo.- ¡Si no estudia una nota! Su desidia es tan grande como su disposición para todas las artes.

Cuesta.- Que nos enseñe sus acuarelas y dibujos. Verá usted, marqués. (*Se agrupan todos junto a la mesa, menos Evarista y Pantoja, que hablan aparte.*)

Electra.- ¡Ay, sí! (*Buscando su cartera de dibujos entre los libros y revistas que hay en la mesa.*) Verán ustedes. Soy una gran artista.

Máximo.- Alábate, pandero.

Electra.- (*Desatando las cintas de la cartera.*) Tú a deprimirme, yo a darme bombo, veremos quién puede más...Ea, (*Mostrando dibujos.*) quédense pasmados. ¿Qué tienen que decir de estos magníficos apuntes de paisajes, de animales que parecen personas, de personas que parecen animales? (*Todos se embelesan examinando los dibujos, que pasan de mano en mano.*)

Evarista.- (*Que, apartando su atención del grupo del centro, entabla una conversación íntima con Pantoja.*) Tiene usted razón, Salvador. Siempre la tiene, y ahora, en el caso de Electra, su razón es como un astro de luz tan espléndida, que a todos nos oscurece.

Pantoja.- Esa luz que usted cree inteligencia no lo es. Es tan solo el resplandor de un fuego intensísimo que está dentro:

la voluntad. Con esta fuerza, que debo a Dios, he sabido enmendado mis errores.

Evarista.- Después de la confidencia que me hizo usted anoche, veo muy claro su derecho a intervenir en la educación de esta loquilla...

Pantoja.- A marcarle sus caminos, a señalarle fines elevados...

Evarista.- Derecho que implica deberes inexcusables...

Pantoja.- ¡Oh! ¡Cuánto agradezco a usted que así lo reconozca, amiga mía del alma! ¡Yo temía que mi confidencia de anoche, historia funesta que ennegrece los mejores años de mi vida, me haría perder su estimación!

Evarista.- No, amigo mío. Como hombre, ha estado usted sujeto a las debilidades humanas. Pero el pecador se ha regenerado, castigando su vida con las mortificaciones que trae el arrepentimiento y enderezándola con la práctica de la virtud.

Pantoja.- La tristeza, el amor a la soledad, el desprecio de las vanidades, fueron mi salvación. Pues bien: no sería completa mi enmienda si ahora no cuidara yo de dirigir a esta niña para apartarla del peligro. Si nos descuidamos, fácilmente se nos irá por los caminos de su madre.

Evarista.- Mi parecer es que hable usted con ella...

Pantoja.- A solas.

Evarista.- Eso pensaba yo: a solas. Hágale comprender de una manera delicada la autoridad que tiene usted sobre ella...

Pantoja.- Sí, sí...No es otro mi deseo. (*Siguen en voz baja.*)

Electra.- (*En el grupo del centro, disputando con Máximo.*) Quita, quita. ¿Tú qué sabes? (*Mostrando un dibujo.*) Dice este bruto que el pájaro parece un viejo pensativo, y la mujer una langosta desmayada.

Marqués.- ¡Oh, no!...Que está muy bien.

Máximo.- A veces, cuando menos cuidado pone, tiene aciertos prodigiosos.

Cuesta.- La verdad es que este paisajito, con el mar lejano y estos troncos...

Electra.- Mi especialidad, ¿no saben ustedes cuál es? Pues los troncos viejos, las paredes en ruinas. Pinto bien lo que desconozco: la tristeza, lo pasado, lo muerto. La alegría presente, la juventud, no me salen. (*Con pena y asombro.*) Soy una gran artista para todo lo que no se parece a mí.

Don Urbano.- ¡Qué gracia!

Cuesta.- ¡Deliciosa!

Marqués.- ¡Cómo chispea! Me encanta oírlo.

Máximo.- Ya vendrá la reflexión, las responsabilidades...

Electra.- (*Burlándose de Máximo.*) ¡La razón, la seriedad! Miren el sabio...fúnebre. Yo tengo todo eso el día que me dé la gana...y más que tú.

Máximo.- Ya lo veremos, ya lo veremos.

Pantoja.- (*Que ha prestado atención a lo que hablan en el grupo del centro.*) No puedo ocultar a usted que me desagrada la familiaridad de la niña con el sobrino de Urbano.

Evarista.- Ya la corregiremos. Pero tenga usted presente que Máximo es un hombre honradísimo, juicioso...

Pantoja.- Sí, sí, pero...Amiga mía, en los senderos de la confianza tropiezan y resbalan los más fuertes. Me lo ha enseñado una triste experiencia.

Electra.- (*En el grupo del centro.*) Yo sentaré la cabeza cuando me acomode. Nadie se pone en serio hasta que Dios lo manda. Nadie dice ¡ay, ay! Hasta que le duele algo.

Marqués.- Justo.

Cuesta.- Y ya, ya aprenderá cosas prácticas.

Electra.- Cierto; cuando venga Dios y me diga: "Niña, ahí tienes el dolor, los deberes, la duda..."

Máximo.- Que lo dirá...y pronto.

Evarista.- Electra, hija mía, no tontees...

Electra.- Tía, es Máximo, que...(*Pasa al lado de su tía.*)

Don Urbano.- Máximo tiene razón...

Cuesta.- Seguramente. (*Cuesta y don Urbano pasan también al lado de Evarista, quedando solos a la izquierda Máximo y el Marqués.*)

Máximo.- ¿Puedo saber ya, señor marqués, el resultado de su primera observación?

Marqués.- Me ha encantado la chiquilla. Ya veo que no había exageración en lo que usted me contaba.

Máximo.- ¿Y la penetración de usted no descubre bajo esos donaires algo que...?

Marqués.- Ya entiendo...Belleza moral, sentido común...No hay tiempo aún para tales descubrimientos. Seguiré observando.

Máximo.- Porque yo, la verdad, consagrado a la ciencia desde edad muy temprana, conozco poco el mundo, y los caracteres humanos son para mí una escritura que apenas puedo deletrear.

Marqués.- Pues en esa escritura y en otras sé yo leer de corrido.

Máximo.- ¿Viene usted a mi casa?

Marqués.- Iremos un rato. Es posible que mi mujer me riña si sabe que visito el taller de electrotecnia y la fábrica de luz...Pero Virginia no ha de ser muy severa. Puedo aventurarme...Después volveré aquí y, con el pretexto de admirar a la niña en el piano, hablaré con ella y continuaré mis estudios.

Máximo.- (*Alto.*) ¿Viene usted, marqués?

Don Urbano.- ¿Pero nos dejan?

Marqués.- Me voy un rato con este amigo.

Evarista.- Marqués, estoy muy enojada por sus largas ausencias, pero muy enojada. No podrá usted desagraviarme más que almorzando hoy con nosotros. Es castigo, don Juan; es penitencia.

Marqués.- Yo lo acepto en descargo de mi culpa, bendiciendo la mano que me castiga.

Evarista.- Tú, Máximo, vendrás también.

Máximo.- Si me dejan libre a esa hora, vendré.

Electra.- No vengas, hombre...por Dios, no vengas. (*Con alegría que no puede disimular.*) ¿Vas a venir? Di que sí. (*Corrigiéndose.*) No, no; di que no.

Máximo.- ¡Ah! No te libras de mí. Chiquilla loca, tú tendrás juicio.

Electra.- Y tú lo perderás, sabio tonto, viejo...*(Le sigue con la mirada hasta que sale. Salen Máximo y el Marqués por el jardín. José entra por el foro.)*

Escena VIII

Electra, Evarista, don Urbano, Pantoja, Cuesta, José

José.- *(Anunciando.)* La señora superiora de *San José de la Penitencia*.

Pantoja.- ¡Oh, mi buena sor Bárbara de la Cruz!...

Evarista.- Que pase aquí. *(Se levanta.)* No, al salón. Vamos.

Pantoja.- ¡Qué feliz oportunidad! Así me evita el ir al convento.

Evarista.- *(A Electra, señalándole la estancia próxima.)* Hija, que estudies.

Cuesta.- *(Despidiéndose.)* Yo me retiro. Volveré luego.

Evarista.- Adiós.

Cuesta.- *(Aparte, por Electra.)* ¿La dejarán sola?

Pantoja.- *(Acudiendo a Electra.)* Cultive usted, Electra, con discernimiento, ese arte sublime. Consagre usted todo su talento al gran Bach...para que se vaya asimilando el estilo religioso. *(Vanse todos menos Electra.)*

Escena IX

Electra; al poco rato, Cuesta

Electra.- *(Entonando una salmodia de iglesia, recoge los dibujos y los ordena.)* Bach...para que me asimile...¡qué gracia!, el estilo religioso. *(Canta.)*

Cuesta.- *(Entra por el foro recatándose.)* ¡Sola...!

Electra.- *(Canta algunas notas litúrgicas. Ve avanzar a Cuesta.)* ¿Pero no se había marchado usted, don Leonardo?

Cuesta.- *(Con timidez.)* Sí, pero he vuelto, hija mía. Tengo que hablar con usted.

Electra.- *(Un poquito asustada.)* ¡Conmigo!

Cuesta.- El asunto es delicado, muy delicado...(*Con fatiga y dificultad de respiración.*) Perdone usted...padezco del corazón...no puedo estar en pie. (*Electra le aproxima una silla. Se sienta.*) Sí, tan delicado es el asunto, que no sé por dónde empezar.

Electra.- Por Dios, ¿qué es?

Cuesta.- (*Animándose.*) Electra, yo conocí a su madre de usted.

Electra.- ¡Ah, mi madre fue muy desgraciada!

Cuesta.- ¿Qué entiende usted por desgraciada?

Electra.- Pues...que vivió entre personas malas, que no le permitían ser tan buena como ella quería.

Cuesta.- ¡Oh!, sin saberlo, ha dicho usted una gran verdad...¿Recuerda usted a su madre?...¿Piensa usted en ella?

Electra.- Mi madre es para mí un recuerdo vago, dulcísimo; una imagen que nunca me abandona...Viva la guardo en mi corazón, que no es todavía más que una gran memoria, y en esta gran memoria la están buscando siempre mis ojos, ansiosos de verla. ¡Pobre madre mía! (*Se lleva el pañuelo a los ojos. Cuesta suspira.*) Dígame, don Leonardo: cuando trataba usted a mi madre, ¿era yo muy chiquitita?

Cuesta.- Era usted una monada. Le hacíamos a usted cosquillas para verla reír; su risa me parecía el encanto, la alegría de la naturaleza.

Electra.- Vea usted por qué he salido tan loca, tan traviesa y destornillada...Y alguna vez me cogería usted en brazos.

Cuesta.- Muchísimas.

Electra.- (*Sonriendo, sin acabar de secar sus lágrimas.*) ¿Y no le tiraba yo de los bigotes?

Cuesta.- A veces con tanta fuerza, que me hacía usted daño.

Electra.- Me pegaría usted en las manos.

Cuesta.- ¡Vaya!

Electra.- ¿Pues sabe usted que creo que todavía me duelen?...

Cuesta.- (*Impaciente por entrar en materia.*) Pero vamos al caso. Advierto a usted, Electra, que esto es reservadísimo. Queda entre los dos.

Electra.- ¡Oh!, me da usted miedo, don Leonardo.

Cuesta.- No es para asustarse. Vea usted en mí un amigo, le mejor de los amigos; vea en este acto el interés más puro, el sentimiento más elevado...

Electra.- (*Confusa.*) Sí, sí, no dudo...pero...

Cuesta.- Vea usted por qué doy este paso...Aunque no soy viejo, no me siento con cuerda vital para mucho tiempo. Viudo hace veinte años, no tengo más familia que mi hija Pilar, ya casada y ausente. Casi estoy solo en el mundo, con el pie en el estribo para marchar a otro...Y mi soledad, ¡ay!, parece como que quiere echarme más pronto...(*Con dificultad de expresión.*) Pero antes de partir...(*Pausa.*) Electra, he pensado mucho en usted antes que la trajeran a Madrid, y al verla, ¡Dios mío!, he pensado, he sentido...qué sé yo...un dulce afecto, el más puro de los afectos, mezclado con alaridos de mi conciencia.

Electra.- (*Aturdida.*) ¡La conciencia! ¡Qué cosa tan grave debe ser! La mía es como un niño que está todavía en la cuna.

Cuesta.- (*Con tristeza.*) La mía es vieja, memoriosa. Me repite, me señala sin cesar los errores graves de mi vida.

Electra.- ¡Usted...errores graves, usted tan bueno!

Cuesta.- Sí, sí; bueno, bueno y pecador...En fin, dejemos los errores y vamos a sus consecuencias. Yo no quiero, no, que usted viva desamparada. Usted no posee bienes de fortuna. Es dudoso que la protección de Urbano y Evarista sea constante. ¿Cómo he de consentir yo que se encuentre usted pobre y desvalida el día de mañana?

Electra.- (*Con penosa lucha entre su conocimiento y su inocencia.*) No sé si lo entiendo...no sé si debo entenderlo.

Cuesta.- Lo más delicado será que lo entienda sin decírmelo, y que acepte mi protección sin darme las gracias. Juntos van el deber mío y el derecho de usted. Gracias a mi, Electra, no se verá roto el hilo que une a cada criatura con las criaturas que fueron y con las que aún viven...Y si hoy me determino a plantear esta cuestión es porque...porque hace tiempo que me asedia el temor de las muertes repentinas. Mi padre y mi

hermano murieron como heridos del rayo. La lesión cardíaca, destructora de la familia, ya la tengo aquí. (*Señalando el corazón.*) Es un triste reloj que me cuenta las horas, los días...No puedo aplazar esto. No me sorprenda la muerte dejando a esta preciosa existencia sin amparo. No puedo, no debo esperar...Concluyo, hija mía, manifestando a usted que tenga por asegurado un bienestar modesto...

Electra.- ¡Un bienestar modesto...yo...!

Cuesta.- Lo suficiente para vivir con independencia decorosa...

Electra.- (*Confusa.*) ¿Y yo...qué méritos tengo para...? Perdone usted. No acabo de convencerme...de...

Cuesta.- Ya vendrá, ya vendrá el convencimiento...

Electra.- ¿Y por qué no habla usted de ese asunto a mis tíos?...

Cuesta.- (*Preocupado.*) Porque...A su tiempo se les dirá. Por de pronto, solo usted debe saber mi resolución.

Electra.- Pero...

Cuesta.- (*Con emoción, levantándose.*) Y ahora, Electra, ¿querrá usted a este pobre enfermo, que tiene los días contados?

Electra.- Sí...¡Es tan fácil para mí querer! Pero no hable usted de morirse, don Leonardo.

Cuesta.- Me consuela mucho saber que usted me llorará.

Electra.- No me haga usted llorar desde ahora.

Cuesta.- (*Apresurando su partida para vencer su emoción.*) Adiós, hija mía.

Electra.- Adiós. (*Reteniéndole.*) ¿y qué nombre debo darle?

Cuesta.- El de amigo no más. Adiós. (*Arrancándose a partir. Sale por el foro. Electra le sigue con la mirada hasta que desaparece.*)

Escena X

Electra, el Marqués

Electra.- (*Meditabunda.*) Dios mío, ¿qué debo pensar? Sus medias palabras dicen más que si fuesen enteras. ¡Madre del alma! (*El Marqués, que entra por el jardín, avanza despacio.*) ¡Ah!...Señor marqués.

Marqués.- ¿Se asusta usted?

Electra.- Nada de eso; me sorprendo no más. Si viene usted a oírme tocar, ha perdido el viaje. Hoy no estudio.

Marqués.- Me alegro. Así podremos hablar...Apenas presentado a usted, entro de lleno en la admiración de sus gracias y, conocida una parte de su carácter, deseo conocer algo más...Usted extrañará quizá esta curiosidad mía y la creerá impertinente.

Electra.- ¡Oh, no, señor! También yo soy curiosilla, señor marqués, y me permito preguntarle: ¿es usted amigo de Máximo?

Marqués.- Le quiero y admiro grandemente...Cosa rara, ¿verdad?

Electra.- A mí me parece muy natural.

Marqués.- Es usted muy niña, y quizá no puede hacerse cargo de las causas de mi amistad con *el Mágico prodigioso*...A ver si me entiende.

Electra.- Explíquemelo bien.

Marqués.- La sociedad que frecuento, el círculo de mi propia familia y los hábitos de mi casa producen en mí un efecto asfixiante. Casi sin darme cuenta de ello, por puro instinto de conservación, me lanzo a veces en busca del aire respirable. Mis ojos se van tras de la ciencia, tras de la naturaleza...Y Máximo es eso.

Electra.- El aire respirable, la vida, la...¿Pues sabe usted, marqués, que me parece que le voy entendiendo?

Marqués.- No es tonta la niña, no. También ha de saber usted que siento por ese hombre un interés inmenso.

Electra.- Le quiere usted, le admira por sus grandes cualidades...

Marqués.- Y le compadezco por su desgracia.

Electra.- (*Sorprendida.*) ¿Desgraciado Máximo?

Marqués.- ¿Qué mayor desgracia que la soledad en que vive? Su viudez prematura le ha sumergido en los estudios más hondos, y temo por su salud.

Electra.- Sus hijos le consuelan, le acompañan. Hoy les ha visto usted. ¡Qué lindas criaturas! El mayor, que ahora cumple cinco años, es un prodigio de inteligencia. En el pequeñito, de dos años, veo yo toda la gracia del mundo. Yo le adoro, sueño con ellos, y me gustaría mucho ser su niñera.

Marqués.- El pobre Máximo, aferrado a sus estudios, no puede atenderles como debiera.

Electra.- Claro, eso digo yo.

Marqués.- Es de toda evidencia: Máximo necesita una mujer. Pero...aquí entran mis dificultades y mis dudas. Por más que miro y busco, no encuentro, no encuentro la mujer digna de compartir su vida con la del grande hombre.

Electra.- No la encuentra usted. Es que no la hay, no la hay. Como que para Máximo debe buscarse una mujer de mucho juicio.

Marqués.- Eso es: de mucho juicio.

Electra.- Todo lo contrario de mí, que no tengo ninguno, ninguno, ninguno.

Marqués.- No diría yo tanto.

Electra.- Otra cosa: cuando usted me oye decirle tonterías y llamarle bruto, viejo, sabio tonto, no vaya a creer que lo digo en serio. Todo eso es broma, señor marqués.

Marqués.- Sí, sí; ya lo he comprendido.

Electra.- Bromas impertinente quizás, porque Máximo es muy serio...¿Cree usted, señor mío, que debo yo volverme muy grave?

Marqués.- ¡Oh, no! Cada criatura es como Dios ha querido formarla. No hay que violentarse, señorita. No necesitamos ser graves para ser buenos.

Electra.- Pues mire usted, marqués, yo, que no sé nada, había pensado eso mismo. (*Aparece Pantoja por el foro.*)

Pantoja.- (*Aparte, en la puerta.*) Este libertino incorregible...este veterano del vicio se atreve a poner su mirada venenosa en esta flor. (*Avanza lentamente.*)

Marqués.- (*Aparte.*) ¡Vaya! Se nos ha interpuesto la pantalla oscura, y ya no podemos seguir hablando.

Electra.- El señor marqués ha venido a oírme tocar, pero estoy muy torpe. Lo dejaremos para otro día.

Marqués.- Ya sabe usted que el gran Beethoven es mi pasión. Me habían dicho que Electra le interpreta bien, y esperaba oírle la *Sonata Patética*, la *Clair de Lune*...pero nos hemos entretenido charlando y, pues ya no es ocasión...

Pantoja.- (*Con desabrimiento.*) Sí, ha pasado la hora de estudio.

Marqués.- (*Recobrando su papel social.*) Otro día será. Amigo mío, Virginia y yo tendremos mucho gusto en que usted nos honre con sus consejos para cuanto se refiere al beaterio de *Las Esclavas*.

Pantoja.- Sí, sí; esta tarde iré a ver a Virginia, y hablaremos.

Marqués.- En el beaterio la tiene usted toda la tarde. Y pues estoy de más aquí...(*En ademán de retirarse.*)

Electra.- No. Usted no estorba, señor marqués.

Marqués.- Me voy con la música...al taller de Máximo.

Pantoja.- Sí, sí; allí se distraerá usted mucho.

Marqués.- Hasta luego, mi reverendo amigo.

Pantoja.- Dios le guarde. (*Vase el Marqués hacia el jardín.*)

Escena XI

Electra, Pantoja

Pantoja.- (*Vivamente.*) ¿Qué decía? ¿Qué contaba ese corruptor de la inocencia?

Electra.- Nada: historias, anécdotas para reír...

Pantoja.- ¡Ay, historias! Desconfíe usted de las anécdotas jocosas y de los narradores amenos, que esconden entre jazmines el aguijón ponzoñoso...La noto a usted suspensa, turbada, como cuando se ha sentido el roce de un reptil entre los arbustos.

Electra.- ¡Oh, no!

Pantoja.- La inquietud que producen las conversaciones inconvenientes se calmará con los conceptos míos, bienhechores, saludables.

Electra.- Es usted poeta, señor de Pantoja, y me gusta oírle.

Pantoja.- (*Le señala una silla; se sientan los dos.*) Hija mía, voy a dar a usted la explicación del cariño intenso que habrá notado en mí. ¿Lo ha notado?

Electra.- Sí, señor.

Pantoja.- Explicación que equivale a revelar un secreto.

Electra.- (*Muy asustada.*) ¡Ay, Dios mío, ya estoy temblando!...

Pantoja.- Calma, hija mía. Oiga usted primero lo que es para mí más doloroso: Electra, yo he sido muy malo.

Electra.- ¡Pero si tiene usted opinión de santo!

Pantoja.- Fui malo, digo, en una ocasión de mi vida. (*Suspirando fuerte.*) Han pasado algunos años.

Electra.- (*Vivamente.*) ¿Cuántos? ¿Puedo yo acordarme de cuando usted fue malo, don Salvador?

Pantoja.- No. Cuando yo me envilecí, cuando me encenagué en el pecado, no había usted nacido.

Electra.- Pero nació...

Pantoja.- (*Después de una pausa.*) Cierto...

Electra.- Nació...Por Dios, señor de Pantoja, acabe usted pronto...

Pantoja.- Su turbación me indica que debemos apartar los ojos de lo pasado. El presente es para usted muy satisfactorio.

Electra.- ¿Por qué?

Pantoja.- Porque en mí tendrá usted un amparo, un sostén para toda la vida. Inefable dicha es para mí cuidar de un ser tan noble y hermoso, defender a usted de todo daño, guardarla, custodiarla, dirigirla, para que se conserve siempre incólume y pura; para que jamás la toque ni la sombra ni el aliento del mal. Es usted una niña que parece un ángel. No me conformo con que usted lo parezca, quiero que lo sea.

Electra.- (*Fríamente.*) Un ángel que pertenece a usted...¿Y en esto debo ver un acto de caridad extraordinaria, sublime?

Pantoja.- No es caridad, es obligación. A mi deber de ampararte, corresponde en ti el derecho a ser amparada.

Electra.- Esa confianza, esa autoridad...

Pantoja.- Nace de mi cariño intensísimo, como la fuerza nace del calor. Y mi protección obra es de mi conciencia.

Electra.- (*Se levanta con grande agitación. Alejándose de Pantoja, exclama aparte.*) ¡Dos, Señor, dos protecciones! Y esta quiere oprimirme. ¡Horrible confusión! (*Alto.*) Señor de Pantoja, yo le respeto a usted, admiro sus virtudes. Pero su autoridad sobre mí no la veo clara, y perdone mi atrevimiento. Obediencia, sumisión, no debo más que a mi tía.

Pantoja.- Es lo mismo. Evarista me hace el honor de consultarme todos sus asuntos. Obedeciéndola, me obedeces a mí.

Electra.- ¿Y mi tía quiere también que yo sea ángel de ella, de usted...?

Pantoja.- Ángel de todos, de Dios principalmente. Convéncete de que has caído en buenas manos y déjate, hija de mi alma, déjate criar en la virtud, en la pureza.

Electra.- (*Con displícencia.*) Bueno, señor: purifíqueme. ¿Pero soy yo mala?

Pantoja.- Podrías llegar a serlo. Prevenirse contra la enfermedad es más cuerdo y más fácil que curarla después que invade el organismo.

Electra.- ¡Ay de mí! (*Elevando los ojos y quedando como en éxtasis, da un gran suspiro. Pausa.*)

Pantoja.- ¿Por qué suspiras así?

Electra.- Deje usted que aligere mi corazón. Pesan horribilmente sobre él las conciencias ajenas.

Escena XII

Electra, Pantoja; Evarista, por el foro

Evarista.- Amigo Pantoja, la madre Bárbara de la Cruz espera a usted para despedirse y recibir las últimas órdenes.

Pantoja.- ¡Ah!, no me acordaba... Voy al momento. (*Aparte, a Evarista.*) Hemos hablado. Vigile usted. Temamos las malas influencias. (*Antes de salir Pantoja por el foro, entran el Marqués y Máximo por la derecha.*)

Escena XIII

Electra, Evarista, el Marqués, Máximo

Marqués.- He tardado un poquitín.

Evarista.- No, por cierto. ¿Estuvo usted en el estudio de Máximo? *(Se forman dos grupos: Electra y Máximo, a la izquierda; Evarista y el Marqués, a la derecha.)*

Marqués.- Sí, señora. Es un prodigio este hombre. *(Sigue ponderando lo que ha visto en el laboratorio.)*

Electra.- *(Suspirando.)* Sí, Máximo, tengo que consultar contigo un caso grave.

Máximo.- *(Con vivo interés.)* Dímelo pronto.

Electra.- *(Recelosa, mirando al otro grupo.)* Ahora no puede ser.

Máximo.- ¿Cuándo?

Electra.- No sé...no sé cuándo podré decírtelo...No es cosa que se dice en dos palabras.

Máximo.- ¡Ah!, pobre chiquilla! Lo que te anuncié...¿Apuntan ya las seriedades de la vida, las amarguras, los deberes?

Electra.- Quizás.

Máximo.- *(Mirándola fijamente, con vivo interés.)* Noto en tu rostro una nube de tristeza, de miedo...Gran novedad en ti.

Electra.- Quieren anularme, esclavizarme, reducirme a una cosa...angelical...No lo entiendo.

Máximo.- *(Con mucha viveza.)* No consientas eso, por Dios...Electra, defiéndete.

Electra.- ¿Qué me recomiendas para evitarlo?

Máximo.- *(Sin vacilar.)* La independencia.

Electra.- ¡La independencia!

Máximo.- La emancipación...más claro, la insubordinación.

Electra.- ¿Quieres decir que podré hacer cuanto me dé la gana, jugar todo lo que se me antoje, entrar en tu casa como en país conquistado, enredar con tus hijos y llevármelos al jardín o a donde quiera?

Máximo.- Todo eso y más.

Electra.- ¡Mira lo que dices!...

Máximo.- Sé lo que digo.

Electra.- ¡Pero si me has recomendado todo lo contrario!

Máximo.- (*Mirándola fijamente.*) En tu rostro, en tus ojos, veo cambiadas radicalmente las condiciones de tu vida. Tú temes, Electra.

Electra.- (*Medrosa.*) Sí.

Máximo.- Tú...(*Dudando qué verbo emplear. Va a decir "amas" y no se atreve.*) deseas algo con vehemencia.

Electra.- (*Con efusión.*) Sí. (*Pausa.*) Y tú me dices que contra temores y anhelos...insubordinación.

Máximo.- Sí, corran libres tus impulsos, para que cuanto hay en ti se manifieste, y sepamos lo que eres.

Electra.- ¡Lo que soy! ¿Quieres conocer...?

Máximo.- Tu alma...

Electra.- Mis secretos...

Máximo.- Tu alma...En ella está todo.

Electra.- (*Advirtiendo que Evarista la vigila.*) ¡Chitón! Nos miran.

Escena XIV

Los mismos; don Urbano y Pantoja, por el fondo

Don Urbano.- ¿Almorzamos?

Pantoja.- (*A Evarista, sofocado viendo a Electra con Máximo.*)

Pero, hija, ¿la deja usted sola con Mefistófeles?

Evarista.- No hay motivo para alarmarse, amigo Pantoja.

Marqués.- (*Riendo.*) ¡Claro, si este Mefistófeles es un santo!
(*Da el brazo a Evarista.*)

Pantoja.- (*Imperiosamente, cogiendo de la mano a Electra para llevársela.*) ¡Conmigo! (*Electra, andando con Pantoja, vuelve la cabeza para mirar a Máximo.*)

Máximo.- (*Mirando a Electra y a Pantoja.*) ¿Contigo?...Ya se verá con quién. (*Máximo y Don Urbano salen los últimos.*)

Fin del acto primero

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

Escena primera

Evarista, don Urbano, sentados junto a la mesa, despachando asuntos; Balbina, que sirve a la señora una taza de caldo

Don Urbano.- (*Preparándose a escribir.*) ¿Qué se le dice al señor del *Patrocinio*?

Evarista.- (*Con la taza en la mano.*) Ya lo sabes. Que nos parece bien el plano y presupuesto, y que ya nos entenderemos con el contratista.

Don Urbano.- No olvides que la proposición de este asciende a...(*Leyendo un papel.*) trescientas veintidós mil pesetas...

Evarista.- No importa. Aún nos sobra dinero para la continuación del *Socorr.* (*A Balbina, que recoge la taza.*) No olvides lo que te encargué.

Balbina.- Ya vigilo, señora. Este juego de la señorita Electra creo yo que no trae malicia. Si recibe cartas y billetes de tanto pretendiente es por pasar el rato y tener un motivo más de risa y fiesta.

Evarista.- ¿Pero cómo llegan a casa...?

Balbina.- ¿Las cartas de esos barbilindos? Aún no lo sé. Pero yo vigilo a Patros, que me parece...

Evarista.- Mucho cuidado y entérame de lo que descubras.

Balbina.- Descuide la señora. (*Vase Balbina.*)

Escena II

Los mismos; Máximo, por el foro, presuroso, con planos y papeles; hacia el final José

Máximo.- ¿Estorbo?

Evarista.- No, hijo. Pasa.

Máximo.- Dos minutos, tía.

Don Urbano.- ¿Vienes de Fomento?

Máximo.- Vengo de conferenciar con los bilbaínos. Hoy es para mí un día de prueba. Trabajo excesivo, diligencias mil, por añadidura, la casa revuelta.

Evarista.- ¿Pero qué te pasa? Me ha dicho Balbina que ayer despediste a tus criadas.

Máximo.- Me servían detestablemente, me robaban...Estoy solo con el ordenanza y la niñera.

Balbina.- Vente a comer aquí.

Máximo.- ¿Y dejo a los chicos allá? Si les traigo, molestan a usted y le trastornan la casa.

Evarista.- No me los traigas, no. Adoro a las criaturas, pero a mi lado no los quiero. Todo me lo revuelven, todo me lo ensucian. El alboroto de sus pataditas, de sus risotadas, de sus berrinches, me enloquece. Luego, el temor de que se caigan, de que les arañen los gatos, de que se mojen, de que se descalabren...

Máximo.- Yo prefiero que me mande usted una cocinera.

Evarista.- Irá la Enriquetilla. Encárgate, Urbano; no se nos olvide.

Máximo.- Bueno. (*Disponiéndose a partir.*)

Evarista.- Aguarda. Según parece, tus asuntos marchan. Ya sabes lo que te he dicho: si el *Mágico prodigioso* necesita más capital para la implantación de sus inventos, no tiene más que decírnoslo...

Máximo.- Gracias, tía. Tengo a mi disposición cuanto dinero pueda necesitar...

Don Urbano.- Dentro de pocos años, *el Mágico* será más rico que nosotros.

Máximo.- Bien podría suceder.

Don Urbano.- Fruto de su inteligencia privilegiada...

Máximo.- (*Con modestia.*) No, de la perseverancia, de la paciencia laboriosa.

Evarista.- ¡Ay no me digas! Trabajas brutalmente.

Máximo.- Lo necesario, tía, por obligación, y un poco más por goce, por recreo, por entusiasmo científico.

Don Urbano.- Es ya una monomanía, una borrachera.

Evarista.- (*Con tonillo sermonario.*) ¡Ah, no! Es la ambición, la maldita ambición, que a tantos trastorna y acaba por perderlos.

Máximo.- Ambición muy legítima, tía. Fíjese usted en que...

Evarista.- (*Quitándole la palabra de la boca.*) El afán, la sed de riquezas para saciar con ellas el apetito de goces. Gozar, gozar, gozar: esto queréis y por esto vivís en continuo ajetreo, comprometiendo en la lucha vuestra naturaleza, estómago, cerebro, corazón. No pensáis en la brevedad de la vida ni en la vanidad de los afanes por cosa temporal; no acabáis de convenceros de que todo se queda aquí.

Máximo.- (*Con gracia, impaciente por retirarse.*) Todo se queda aquí, menos yo, que me voy ahora mismo.

José.- (*Anunciando.*) El señor marqués de Ronda.

Máximo.- (*Deteniéndose.*) ¡Ah! Pues no me voy sin saludarle.

Evarista.- (*Recogiendo papeles.*) No quiere Dios que trabajemos hoy.

Don Urbano.- Me figuro a qué viene.

Evarista.- Que pase, José, que pase. (*Vase José.*)

Máximo.- Viene a invitar a ustedes para la inauguración del nuevo beaterio de *La Esclavitud*, fundado por Virginia. Anoche me lo dijo.

Evarista.- ¡Ah, sí!...¿Pero es hoy?...

Escena III

Evarista, don Urbano, Máximo, el Marqués

Marqués.- (*Saludando con rendimiento.*) Ilustre amiga...Urbano. (*A Máximo.*) ¿Qué tal? No creía yo encontrar aquí al *mágico*...

Máximo.- El *mágico* saluda a usted y desaparece.

Marqués.- Un momento, amigo. (*Reteniéndole.*)

Evarista.- Pues sí, marqués, iremos.

Marqués.- ¿Ya sabía usted...?

Don Urbano.- ¿A qué hora?

Marqués.- A las cinco en punto. (*A Máximo.*) A usted no le invito: ya sé que no le sobra tiempo para la vida social.

Máximo.- Así es, por desgracia. Hoy no le espero a usted.

Marqués.- ¿Cómo, si estamos de fiesta religiosa y mundana? Pero esta noche no se libra usted de mí.

Evarista.- (*Ligeramente burlona.*) Ya hemos notado...celebrándolo, qué duda tiene...la frecuencia de las visitas del señor marqués a los talleres del gran nigromántico.

Máximo.- El marqués me honra con su amistad y con el interés que pone en mis estudios.

Marqués.- Me ha entrado súbitamente el delirio por la maquinaria y por los fenómenos eléctricos...Chifladuras de la ancianidad.

Don Urbano.- (*A Máximo.*) Vaya, que sacarás un buen discípulo.

Evarista.- Sabe Dios...(Maliciosa.) sabe Dios quién será el maestro y quién el alumno.

Marqués.- A propósito del maestro: siento que, por estar presente, me vea yo privado de decir de él todas las perrerías que se me ocurren.

Evarista.- Vete, Máximo; vete para que podamos hablar mal de ti.

Máximo.- Me voy. Despáchense a su gusto las malas lenguas. (*Al Marqués.*) Abur. Siempre suyo. (*A Evarista.*) Adiós, tía.

Evarista.- Anda con Dios, hijo.

Marqués.- (*A Máximo, que sale.*) Hasta la noche...si me dejan. (*A Evarista.*) ¡Hombre extraordinario! De fama le admiré; tratándole ahora y apreciando por mí mismo sus altas prendas, sostengo que no ha nacido quien pueda igualársele.

Evarista.- En el terreno científico.

Marqués.- Y en todos los terrenos, señora. ¿Pues qué...?

Evarista.- Cierto que como inteligencia...

Marqués.- (*Con entusiasmo.*) Y como corazón. ¿Pues quién hay más noble, más sincero...?

Evarista.- (*No queriendo empeñarse en una discusión delicada.*)

Bueno, marqués, bueno...(Variando de conversación.) ¿Con que...decía usted...que hemos de estar allí a las cinco?

Marqués.- En punto. Cuento con ustedes y con Electra.

Evarista.- No sé si debemos llevarla...

Marqués.- ¡Oh! Traigo el encargo especialísimo de gestionar la presencia de la niña en esta solemnidad. Y ya me di tono de buen diplomático asegurando que lo conseguiría. Virginia desea conocerla.

Don Urbano.- En ese caso...

Marqués.- ¿Me prometen ustedes no dejarme mal?

Evarista.- ¡Oh!...Cuenta usted con Electra.

Marqués.- Tendremos mucha y buena gente. (*Se levanta para retirarse.*)

Don Urbano.- El acto resultará brillantísimo.

Marqués.- Hasta luego, pues. Yo tengo que venir a casa de Otumba. Pasaré por aquí. (*Óyese la voz de Electra por la izquierda, con alegre charla y risa. Detiénese el Marqués al oírla.*)

Escena IV

Los mismos; Electra

Electra.- (*Dentro.*) ¡Ja, ja!...Rica, otro beso...Tonta tú, tonta yo; pero ya nos entendemos. (*Aparece por la izquierda con una preciosa muñeca grande, a la que besa y zarandea. Detiénese como avergonzada.*)

Evarista.- Niña, ¿qué haces?

Marqués.- No la riña usted.

Electra.- *Mademoiselle* Lulú y yo pasamos el rato contándonos cositas.

Don Urbano.- (*Al Marqués.*) Hoy está desatinada.

Electra.- (*Alejándose, habla con la muñeca sigilosamente. Los demás la observan.*) Lulú, ¡qué linda eres! Pero él es más bonito. ¡Qué feliz será mi amor contigo, y yo con los dos!

Marqués.- ¿Sigue tan juguetona, tan...?

Evarista.- Desde ayer notamos en ella una tristeza que nos pone en cuidado.

Marqués.- Tristeza, idealidad...

Evarista.- Y ahora, ya ve usted...

Marqués.- (*Cariñoso, acudiendo a ella.*) Electra, niña preciosa...

Electra.- (*Aproximando la cara de la muñeca a la del Marqués.*)

Vaya, *mademoiselle*, no seas huraña: da un besito a este

caballero. (*Antes que el Marqués bese a la muñeca, Electra le da un ligero coscorrón con la cabeza de la misma.*)

Marqués.- ¡Ah, pícara! Me pega (*Acariciando la barbilla de Electra.*) Lulú no se enfadará si digo que su amiguita me gusta más.

Evarista.- Una y otra tienen el mismo seso.

Don Urbano.- ¿Y qué hablas con tu muñeca?

Electra.- A ratos le cuento mis penas.

Evarista.- ¡Penas tú!

Electra.- Sí, penas yo. Y cuando nos ve usted tan calladitas, es que pensamos en cosas pasadas...

Marqués.- Le interesa lo pasado. Señal de reflexión.

Evarista.- ¿Pero qué dices? ¿Cosas pasadas?

Electra.- Del tiempo en que nació. (*Con gravedad.*) El día en que yo vine al mundo fue un día muy triste, ¿verdad? ¿Alguno de ustedes se acuerda?

Evarista.- ¡Pero cuánto disparatas, hija! ¿No te avergüenzas de que el señor marqués te vea destornillada?...

Electra.- Crea usted que los tontos más tontos y los niños más niños no hacen simplezas sin alguna razón.

Marqués.- Muy bien.

Evarista.- ¿Y qué razón hay de este juego impropio de tu edad?

Electra.- (*Mirando al Marqués, que sonríe a su lado.*) Ahora no puedo decirlo.

Marqués.- Eso es decir que me vaya.

Evarista.- ¡Niña!

Marqués.- Si ya me iba. Siento que mis ocupaciones no me dejen tiempo para recrearme en los donaires de esta criatura. Adiós, Electra; vuelvo a las cinco para llevármela a usted.

Electra.- ¿A mí?

Don Urbano.- Sí, hija: vamos a la inauguración de *Las Esclavas*.

Electra.- ¿Yo también?

Evarista.- Ya puedes irte arreglando.

Electra

Electra.- (*Asustada.*) Habrá mucha gente. ¡Ay!, la gente me causa miedo. Me gusta la soledad.

Marqués.- ¡Si estaremos como en familia!...Vaya, no me detengo más.

Evarista.- Hasta luego, marqués.

Marqués.- (*A Electra.*) A las cinco, niña, y que aprendamos la puntualidad. (*Se va por el fondo con don Urbano.*)

Escena V

Evarista, Electra

Evarista.- Explícame ahora por qué estás tan juguetona y tan dislocada.

Electra.- Verá usted, tía: yo tengo una duda, ¿cómo diré?, un problema...

Evarista.- ¡Problemas tú!

Electra.- Eso, en plural, problemas...porque no es uno solo.

Evarista.- ¡Anda con Dios!

Electra.- Y trato de que me los resuelva con una o con pocas palabras...

Evarista.- ¿Quién?

Electra.- (*Suspirando.*) Una persona que no está en este mundo.

Evarista.- ¡Niña!

Electra.- Mi madre...No se asombre usted...Mi madre puede decirme...y luego aconsejarme...¿No cree usted que las personas que están en el otro mundo pueden venir al nuestro? (*Gesto de incredulidad de Evarista.*) ¿Usted no lo cree?

Yo sí. Lo creo porque lo he visto. Yo he visto a mi madre.

Evarista.- ¡Virgen del Carmen, cómo está esa pobre cabeza!

Electra.- Cuando yo era una chiquilla de este tamaño...

Evarista.- ¿En las Ursulinas de Bayona?

Electra.- Sí...mi madre se me aparecía.

Evarista.- En sueños, naturalmente.

Electra.- No, no: estando yo tan despierta como estoy ahora. (*Deja la muñeca sobre una silla.*)

Evarista.- Electra, mira lo que dices.

Electra.- Cuando estaba yo muy triste, muy solita o enferma; cuando alguien me lastimaba dándome a entender mi desairada situación en el mundo, venía mi madre a consolarme. Primero la veía borrosa, desvanecida, confundiéndose con los objetos lejanos, con los próximos. Avanzaba como una claridad...temblando...así...Luego no temblaba, tía...Era una forma quieta, quieta, una imagen triste; era mi madre; no podía yo dudarlo. Al principio la veía vestida de gran señora, elegantísima. Llegó un día en que la vi con traje monjil. Su rostro entre las tocas blancas, su cuerpo cubierto de las estameñas oscuras, tenían una majestad, una belleza que no puede imaginar quien no la vio...

Evarista.- ¡Pobre niña, no delires!...

Electra.- Al llegar cerca de mí alargaba sus brazos como si quisiera cogermé. Me hablaba con una voz muy dulce, lejana escondida...no sé cómo explicarlo. Yo le preguntaba cosas, y ella me respondía...(*Mayor incredulidad de Evarista.*) ¿Pero usted no lo cree?

Evarista.- Sigue, hija, sigue.

Electra.- En las Ursulinas tenía yo una muñeca preciosa, a quien llamaba también Lulú, y mire qué misterio, tía: siempre que andaba yo por la huerta, al caer la tarde, solita, con mi muñeca en brazos, tan melancólica yo como ella, mirando mucho al cielo, era segura, infalible, la visión de mi madre...Primero, entre los árboles, como figura que formaban los grupitos de hojas; después...dibujándose con claridad y avanzando hacia mí por entre los troncos oscuros...

Evarista.- ¿Y ya mayorcita, cuando vivías en Hendaya...también...?

Electra.- Los primeros años nada más. Jugaba yo entonces con muñecas vivas: los pequeñuelos de mi prima Rosaura, niño y niña, que no se separaban de mí; me adoraban, y yo a ellos. De noche, en la soledad de mi alcoba, los niños

dormiditos, aquí ellos...yo aquí. (*Señala el sitio de las dos camas.*)

Por entre las dos camas pasaba mi madre y, llegándose a mí...

Evarista.- ¡Oh, no sigas, por Dios! Me da miedo...pero esas visiones, hija, se concluyeron cuando fuiste entrando en edad...

Electra.- Cuando dejé de tener a mi lado muñecas y niños. Por eso quiero yo volverme ahora chiquilla, y me empeño en retroceder a la edad de la inocencia, con la esperanza de que, siendo lo que entonces era, vuelva mi madre a mí y hablemos y me responda a lo que deseo preguntarle...y me dé consejo...

Evarista.- ¿Y qué dudas tienes tú para...?

Electra.- (*Mirando al suelo.*) Dudas...cosas que una no sabe y quiere saber...

Evarista.- ¡Qué tontería! ¿Y qué asunto tan grave es ese sobre el cual necesitas consulta, consejo?...

Electra.- ¡Ah! Una cosa...(*Vacila, casi está a punto de decirlo.*)

Evarista.- ¿Qué? Dímelo.

Electra.- (*Con timidez infantil, manoseando al muñeca y sin atreverse a declarar su secreto.*) Una cosa...

Evarista.- (*Severa y afectuosa.*) Ea, ya es intolerable tanta puerilidad. (*Le quita la muñeca.*) ¡Ay, Electra!, niña boba y discreta, eres un prodigio de inteligencia y gracia cuando no el modelo de la necedad; tu alma se la disputan ángeles y demonios. Hay que intervenir, hija; hay que mediar en esa lucha, dando muchos palos a los demonios, sin reparar en que puedan caer sobre ti y causarte algún dolor...(*La besa.*)

Vaya, formalidad. Necesitas ocuparte en algo, distraer tu imaginación...No olvides que a las cinco...Vete arreglando ya...

Electra.- Sí, tía.

Evarista.- Tiempo de sobra tienes: tres cuartos de hora.

Electra.- No faltaré.

Evarista.- Y pocas bromas, Electra...¡Cuidado!...(*Vase por el foro, lleva la muñeca cogida de un brazo, colgando.*)

Escena VI

Electra, Patros

Electra.- (*Mirando a la muñeca.*) ¡Pobre Lulú, cómo cuelga! (*Imitando la postura de la muñeca y tentándose el hombro dolorido.*) ¡Y cómo duele, ay! (*Siéntase meditabunda.*) Y aquel esperándome! Lloraba echándome los brazos...Yo le prometí volver.

Patros.- (*Asomándose cautelosa por la izquierda.*) Señorita, señorita...

Electra.- Entra.

Patros.- (*Avanzando con precaución.*) ¿Hay alguien?

Electra.- Estamos solas.

Patros.- No hay ocasión como esta, señorita. Ahora o nunca.

Electra.- ¿Vienes de allá?

Patros.- De allá vengo... Muchos señores que dicen números...millones y *cuatrollones*...Adentro, nadie.

Electra.- (*Vacilando.*) ¿Nos atrevemos?

Patros.- Fuera miedo.

Electra.- ¡Virgen del Carmen, protégeme! (*Dirigiéndose a la salida que da al jardín. Detiénese Electra asustada.*) Espera. ¿No será mejor que salgamos por el otro lado? ¿Estará mi tía asomada a la ventana del comedor?

Patros.- Podría ser. Demos la vuelta por aquí. (*Por la izquierda.*)

Electra.- Por aquí...¡Ánimo, valor y miedo!...(*Salen corriendo por la izquierda.*)

Escena VII

Don Urbano, José, que entran por el foro a punto que salen a las muchachas

Don Urbano.- ¿Quién sale por ahí?

José.- Es Patros, señor.

Don Urbano.- Con que...Cuéntame.

José.- Ya son cinco los que hacen el oso a la señorita; cinco vistos por mí. ¡Sabe Dios los que habrá por bajo cuerda!

Don Urbano.- ¿Y qué hacen? ¿Rondan la casa?

José.- Dos por la mañana, dos por la tarde y el más chiquitín, de sol a sol.

Don Urbano.- ¿Has observado si hay comunicación entre la ventana del cuarto de Electra y la calle, por medio de cestilla o cuerda telefónica?

José.- No he visto nada de eso. Pero yo que los señores, pondría a la señorita en las habitaciones de allá. (*Por la izquierda.*)

Don Urbano.- ¿Y alguno de esos mequetrefes suele colarse al jardín?

José.- ¡No le daría yo mal estacazo!

Don Urbano.- Bien, continúa vigilando. (*Entra Cuesta por el foro.*)

Escena VIII

Don Urbano; Cuesta, con papeles y cartas

Don Urbano.- Leonardo, gracias a Dios.

Cuesta.- Ya te dije que no vendría por la mañana. (*A José, dándole una carta.*) Que certifiquen esto...Pronto. Luego llevaréis más cartas. (*Vase José.*)

Don Urbano.- (*Tomando un papel que le da Cuesta.*) ¿Qué es esto?

Cuesta.- El resguardo de las cien mil y pico...Fírmame ahora un talón de sesenta y siete mil...

Don Urbano.- Ya...para el envío a Roma.

Cuesta.- ¿Y Evarista?

Don Urbano.- Vistiéndose.

Cuesta.- Ya sé que vais a la inauguración de *La Esclavitud* y que lleváis a Electra.

Don Urbano.- Por cierto que de esta niña no debemos esperar nada bueno. Cada día nos va manifestando nuevas extravagancias, nuevas ligerezas.

Cuesta.- (*Con viveza.*) Que no significan maldad.

Don Urbano.- Lo son como síntoma, fíjate, como síntoma. Por esto Evarista, que es la misma previsión, ha pensado en someterla a un régimen sanitario en *San José de la Penitencia*.

Cuesta.- Permíteme, querido Urbano, que disienta de vuestras opiniones. Dirás tú que quién me mete a mí...

Don Urbano.- Al contrario...Como buen amigo de la casa, puedes darnos tu parecer, aconsejarnos...

Cuesta.- Eso de arrastrar a la vida claustral a las jovencitas que no han demostrado una vocación decidida es muy grave...Y no debéis extrañar que alguien se oponga...

Don Urbano.- ¿Quién?

Cuesta.- ¡Qué sé yo! Alguien. Hay en la vida de esa joven un factor desconocido...El mejor día...podrá suceder...no aseguro yo que suceda...el mejor día, cuando vosotros tiréis de la cuerda para encerrar a la niña contra su voluntad, saldrá una voz diciendo: "Alto, señores de Yuste, alto..."

Don Urbano.- Y nosotros responderemos: "Bueno, señor incógnito factor...Ahí la tiene usted. Nos libra de una tutela enojosa, molestísima."

Cuesta.- (*Sintiendo gran fatiga, se sienta.*) Esto es un decir, Urbano, un suponer...

Don Urbano.- ¿Te sientes mal? ¿Necesitas algo?

Cuesta.- No...Este maldito corazón no se lleva bien con la voluntad.

Don Urbano.- Descansa, hombre. ¿Por qué no te echas un rato?...

Cuesta.- ¿Pero tú sabes lo que tengo que hacer? (*Sacando papeles.*) Por de pronto, dos cartas urgentísimas, que han de salir hoy.

Don Urbano.- Escríbelas aquí. (*Escogiendo un sitio en la mesa y retirando libros y papeles.*)

Cuesta.- Sí...Aquí me instalo.

Don Urbano.- Yo también estoy atareadísimo. Tengo mil menudencias...

Cuesta.- No te ocupes de mí. (*Escribiendo.*)

Don Urbano.- Perdona, Leonardo. Evarista no tardará en salir.

Cuesta.- (*Sin mirarle.*) Hasta luego...(Vase Don Urbano por el foro.)

Escena IX

Cuesta; Electra, Patros, que asoman por la puerta de la izquierda, como reconociendo el terreno

Electra.- Cuidado, Patros...Por aquí es difícil que podamos pasarlo.

Patros.- (*Reconociendo a Cuesta, a quien ven de espalda, escribiendo.*) ¡Don Leonardo!

Electra.- ¡Chist!...Lo más seguro es dejarle en tu cuarto hasta la noche. ¡Vaya, que tener yo que ir a esa maldita inauguración!

Cuesta.- (*Sintiendo las voces, se vuelve.*) ¡Ah! Electra...

Electra.- ¿Estorbamos, don Leonardo?...

Cuesta.- No, hija mía. Me hará usted el favor de esperar un poquito...hasta que yo termine esta carta. Tengo que hablar con usted.

Electra.- Aquí estaré, señor. (*Aparte, a Patros.*) ¡Qué fastidio! (*Alto.*) No veníamos más que a buscar un papel y un lápiz para que Patros apuntara...(*Coge de la mesa lápiz y papel. Aparte, a Patros.*) ¡Cuídamele bien, por Dios! ¡Ay, qué monísimo está durmiendo! ¡El hociquito, y aquellas manos sucias, y aquellas uñitas tan negras de andar escarbando la tierra!...¡Ay, me lo comería!

Patros.- ¡Y el pelito rizado, y las patitas!...

Electra.- (*Con efusión de cariño.*) Me vuelvo loca. Que lo cuides, Patros; mira que...

Patros.- Ahora le llevaré dos bollitos.

Electra.- No, no; que eso ensucia el estómago..Le llevarás una sopita...

Patros.- ¿Y cómo llevo eso?

Electra.- Es verdad. ¡Ah! Pides para mí una taza de leche.

Patros. Eso. Y se la doy en cuanto despierte.

Electra.- Aquí tienes el papel y el lápiz para que haga sus garabatitos...Es lo que más le entretiene...Luego, esta noche, aprovechando una ocasión, le traeremos a mi cuarto y dormirá conmigo.

Cuesta.- (*Cerrando la carta.*) Ya he concluido.

Electra.- Perdone un momento, don Leonardo. (*Aparte, a Patros.*) No te separes de él...Mucho cuidado. Si don Leonardo no me entretiene mucho, antes de vestirme iré a darle un besito.

Cuesta.- Patros...

Patros.- Señor...

Cuesta.- Que lleven esta carta al correo.

Patros.- Ahora mismo. (*Vase.*)

Escena X

Cuesta, Electra

Cuesta.- (*Cogiéndole las manos.*) Mujercita juguetona, ven aquí. ¡Qué dicha tan grande verte!

Electra.- ¿Me quiere usted mucho, don Leonardo? ¡Si viera usted cuánto me gusta que me quieran!

Cuesta.- Lo que más importa, hija mía, es que tengamos formalidad...que las personas timoratas no hallen nada que censurar...me han dicho...creo yo que habrá sido exageración...me han dicho que hormiguan los novios...

Electra.- ¡Ah, sí! Ya casi no acierto a contarlos. Pero yo no quiero más que a uno.

Cuesta.- ¡A uno! ¿Y es...?

Electra.- ¡Oh! Mucho quiere usted saber.

Cuesta.- ¿Le conozco yo?

Electra.- ¡Ya lo creo!

Cuesta.- ¿Ha hecho su declaración de una manera decorosa?

Electra.- ¡Si no ha hecho declaración!...No me ha dicho nada...todavía.

Cuesta.- Tímido es el mocito. ¿Y a eso llama usted novio?

Electra.- No debo darle tal nombre.

Cuesta.- ¿Y usted le ama y sabe o sospecha que es correspondida?

Electra.- Eso...lo sospecho...No puedo asegurarlo.

Cuesta.- ¿Y no podría decirme...a mí, que...?

Electra.- ¡Ay, no!

Cuesta.- Por Dios, tenga usted confianza conmigo.

Electra.- Ahora no puedo. Tengo que vestirme.

Cuesta.- Bueno, ya hablaremos.

Electra.- (*Medrosa, mirando al foro.*) ¿Vendrá mi tía?

Cuesta.- Vístase usted...y mañana...

Electra.- Sí, mañana. Adiós. (*Corre hacia la derecha. Movida de una repentina idea, da media vuelta.*) Antes tengo que...(*Aparte.*)

No puedo vencer la tentación. Quiero darle otro besito. (*Vase corriendo por la izquierda. Cuesta la sigue con la vista. Suspira.*)

Escena XI

Cuesta, don Urbano, Evarista; después, Electra

Cuesta.- (*Recogiendo sus papeles.*) ¡Qué felicidad la mía si pudiese quererla públicamente!

Evarista.- (*Vestida para salir.*) Perdone usted el plantón, Leonardo. Ya me ha dicho este que preparamos una operación extensa.

Don Urbano.- (*Dando a Cuesta un talón.*) Toma.

Evarista.- No me asombraré de verle a usted entrar con otra carga de dinero..Dios lo manda, Dios lo recibe...(*Asoma Electra por la puerta de la izquierda. Al ver a su tía vacila, no se atreve a pasar. Arráncase al fin, tratando de escabullirse. Evarista la ve y la detiene.*) ¡Ah, pícara! ¿Pero no te has vestido? ¿Dónde estabas?

Electra.- En el cuarto de la plancha. Fui a que Patros me planchara un peto...

Evarista.- ¡Y te estás con esa calma! (*Observando que en uno de los bolsillos del delantal de Electra asoma una carta.*) ¿Qué tienes aquí? (*La coge.*)

Electra.- Una carta.

Cuesta.- ¡Cosas de chicos!

Evarista.- No puede usted figurarse, amigo Cuesta, lo incomodada que me tiene esta niña con sus chiquilladas, que no son tan inocentes, no. (*Da la carta a su marido.*) Lee tú.

Cuesta.- Veamos.

Don Urbano.- (*Lee.*) "Señorita: Tengo para mí que en su rostro hechicero..."

Evarista.- (*Burlándose.*) ¡Qué bonito! (*Electra contiene difícilmente la risa.*)

Don Urbano.- "Que en su rostro hechicero ha escrito el Supremo artífice el poema del...del..." (*Sin entender la palabra siguiente.*)

Electra.- (*Apuntando.*) "Del cosmos".

Don Urbano.- Eso es..."Del cosmos, simbolizando en su luminosa mirada, en su boca divina, el poderoso agente físico que..."

Evarista.- (*Arrebatando la carta.*) ¡Qué indecorosas necesidades!

Don Urbano.- (*Descubriendo otra carta en el otro bolsillo.*) Pues aquí hay otra. (*La otra.*)

Cuesta.- ¡A ver, a ver esa!

Evarista.- Hija, tu cuerpo es un buzón.

Cuesta.- (*Leyendo.*) "Despiadada Electra: ¿Con qué palabras expresaré mi desesperación, mi locura, mi frenesí?..."

Evarista.- Basta...Eso ya no es inocente. (*Incomodada, registrándole los bolsillos.*) Apostaría que hay más.

Cuesta.- Evarista, indulgencia.

Electra.- Tía, no se enfade usted...

Evarista.- ¡Qué no me enfade! Ya te arreglaré, ya. Corre a vestirte.

Don Urbano.- (*Mirando su reloj.*) Casi es la hora.

Electra.- En un instante estoy...

Evarista.- Anda, anda. (*Gozosa de verse libre, corre Electra a su habitación.*)

Escena XII

Cuesta, don Urbano, Evarista; Pantoja

Evarista.- (*Con tristeza y desaliento.*) Ya ve usted, Leonardo.

Cuesta.- La tranquilidad con que se ha dejado sorprender sus secretos revela que hay en todo ello poca o ninguna malicia.

Evarista.- ¡Ay!, no opino lo mismo, no, no...

Pantoja.- (*Por el foro, algo sofocado. Aparte.*) Aquí están...Y también Cuesta, para que no pueda uno hablar con libertad...

Evarista.- (*Gozosa de verle.*) Al fin parece usted...(*Se forman dos grupos: a la izquierda, Cuesta, sentado, don Urbano en pie; a la derecha, Pantoja y Evarista sentados.*)

Pantoja.- Vengo a contar a usted cosas de la mayor gravedad.

Evarista.- (*Asustada.*) ¡Ay de mí!... Sea lo que Dios quiera.

Pantoja.- (*Repitiendo la frase con reservas.*) Sea lo que Dios quiera...sí...Pero queramos lo que quiere Dios y apliquemos nuestra voluntad a producir el bien, cueste lo que cueste.

Evarista.- La energía de usted fortifica mi ánimo...Bueno...¿Y qué?...

Pantoja.- Hoy, en casa de Requesens, han hablado de la chiquilla en los términos más desvergonzados. Contaban que, acosada indecorosamente del enjambre de novios, se deleita recibiendo y mandando cartitas a todas horas del día.

Evarista.- Desgraciadamente, Salvador, las frivolidades de la niña son tales que, aún queriéndola tanto, no puedo salir a su defensa.

Pantoja.- (*Angustiado.*) Pues oiga usted más y entérese de que la malicia humana no tiene límites. Anoche, el marqués de Ronda, en la tertulia de su casa, delante de Virginia, su santa esposa, y de otras personas de grandísimo respeto, no cesaba de encomiar las gracias de Electra en términos harto mundanos, repugnantes.

Evarista.- Tengamos paciencia, amigo mío...

Pantoja.- Paciencia...sí, paciencia; virtud que vale muy poco si no se avalora con la resolución. Determinémonos, amiga del alma, a poner a Electra donde no vea ejemplos de liviandad ni oiga ninguna palabra con dejes maliciosos...

Evarista.- Donde respire el ambiente de la virtud austera...

Pantoja.- Donde no la trastorne el zumbido de los venenosos pretendientes sin pudor...En la crítica edad de la formación del carácter, debemos preservarla del mayor peligro, señora, del inmenso peligro...

Evarista.- ¿Cuál?

Pantoja.- El hombre. No hay nada más malo que el hombre; el hombre...cuando no es bueno. Lo sé por mí mismo: he

sido mi propio maestro. Mi desvarío, de que curé con la gracia de Dios, y después mi triste convalecencia, me enseñaron la medicina de las almas...Déjeme, déjeme usted...Yo salvaré a la niña...*(Le interrumpe don Urbano, que pasa al grupo de la derecha.)*

Don Urbano.- *(Dando interés a sus palabras.)* ¿Saben lo que me dice Cuesta? Pues que entre la cáfila de novios hay un preferido. Electra misma se lo ha confesado.

Evarista.- ¿Y quién es? *(Pasa de la derecha a la izquierda, quedando a la derecha Pantoja y don Urbano.)*

Don Urbano.- *(A Pantoja.)* Esto podría cambiar los términos del problema.

Pantoja.- *(Malhumorado.)* ¿Pero esa preferencia qué significa? ¿Es un afecto puro o una pasioncilla inmoderada, febril, de estas que son el síntoma más grave de la locura del siglo? *(Muy excitado y alzando el tono.)* Porque ha que saberlo, Urbano, hay que saberlo.

Don Urbano.- Lo sabremos...

Pantoja.- *(Pasando junto a Cuesta.)* Y usted, amigo Cuesta, ¿no la interrogó?

Evarista.- *(En el centro, a Don Urbano.)* Tú procura enterarte...

Cuesta.- *(Algo molesto ya, contestando a Pantoja.)* Paréceme que despliegan ustedes un celo extremado y contraproducente.

Pantoja.- *(Con suavidad que no oculta su altanería.)* El celo mío, queridísimo Leonardo, es lo que debe ser.

Cuesta.- *(Un poco herido.)* Yo, como amigo de la familia, creí...

Pantoja.- *(Llevándose a don Urbano hacia la derecha.)* Cuesta se mete demasiado en lo que no le importa.

Cuesta.- *(A Evarista, sin cuidarse de que le oiga Pantoja.)* Nuestro buen Pantoja se introduce con demasiada libertad en el cercado ajeno.

Evarista.- *(Sin saber qué explicación darle.)* Es que...como amigo nuestro muy antiguo y leal...

Cuesta.- Yo también lo soy.

Don Urbano.- *(Mirando al foro.)* Ya está aquí el marqués.

Escena XIII

Los mismos; el Marqués

Marqués.- ¡Cuánto bueno por aquí!

Pantoja.- (*Aparte.*) ¡Cuánto malo llega!

Marqués.- (*Después de saludar a Evarista.*) ¿Y Electra?

Evarista.- En seguida saldrá.

Marqués.- (*Saludando a todos.*) No nos sobra tiempo.

Don Urbano.- Es la hora. (*Pantoja, impaciente, espera a Electra en la puerta del cuarto de esta. Cuesta habla con don Urbano.*)

Escena XIV

Los mismos; Electra

Pantoja.- (*Con alegría, anunciándola.*) ¡Ya está aquí! (*Entra Electra por la derecha, vestida con elegantísima sencillez y distinción.*)

Marqués.- (*Gozoso y encomiástico.*) ¡Oh, qué elegante!

Electra.- (*Satisfecha, volviéndose para que la vean por todos lados.*)

Caballeros, ¿qué tal?

Cuesta.- ¡Divina!

Marqués.- ¡Ideal!

Evarista.- Muy bien, hija...

Pantoja.- (*Displicente por los elogios que tributan a Electra.*) ¿Nos vamos? (*Prepáranse a salir.*)

Escena XV

Los mismos; Balbina, que interrumpe bruscamente la escena, entrando por la izquierda presurosa y sofocada

Balbina.- ¡Señora, señora! (*Alarma general.*)

Todos.- (*Menos Electra.*) ¿Qué?

Balbina.- ¡Ay, lo que ha hecho la señorita!

Electra.- (*Aparte, dando una patadita.*) Me han descubierto.

Balbina.- ¡Jesús, Jesús!...¡Qué diabluras se le ocurren...!
(*Riendo.*) ¡Vaya, que...! En el nombre del Padre...

Evarista.- (*Impaciente.*) Acaba.

Electra.- Confesaré si me dejan. Ha sido que...

Balbina.- Fue a casa de don Máximo y le robó...porque ha sido como un robo...muy salado, eso sí.

Don Urbano.- ¿Pero qué...?

Balbino.- El niño chiquitín. (*Miran todos a Electra, que pronto se repone del susto y adopta una actitud serena y grave.*)

Evarista.- ¡Pero, hija...!

Pantoja.- ¡Niña, niña!

Balbina.- Estaba en su casa dormidito. Entraron de puntillas la señorita y esa loca de Patros...cargaron con él, y acá nos le han traído.

Evarista.- Es absurdo.

Pantoja.- (*Disimulando su irritación.*) Además, poco decente.

Electra.- (*Con efusión.*) Tía, ¡le quiero tanto...! ¡Y él a mí!

Marqués.- (*Entusiasmado.*) ¡Qué chiquilla!

Cuesta.- Merece indulgencia.

Evarista.- Máximo estará furioso...

Balbina.- José corrió a enterarse. Pronto lo sabremos...

Don Urbano.- ¿Y el crío, dónde está?

Balbina.- En el cuarto de Patros le escondió la señorita, con el propósito de llevárselo por la noche a su cuarto y tenerle allí consigo. (*Risas de los caballeros, menos Pantoja, que frunce el ceño.*) Despertó el chiquillo hace poco, y Patros le dio un bizcocho para que se entretuviera...Yo que le oigo...acudo allá y me le veo...¡Virgen...! Quiero cogerle, él no se deja...tengo que darle azotes...

Electra.- (*Corriendo hacia la izquierda con instintivo impulso.*)
¡Alma mía!

Pantoja.- (*Quiero detenerla.*) No.

Evarista.- (*La coge por un brazo.*) Aguarda.

Balbina.- (*En la puerta de la izquierda.*) Desde aquí se oyen sus chillidos.

Electra.- ¡Pobrecito mío!

Evarista.- Que le lleven a su casa.

Electra.- Nadie le toque...Es mío. (*Forcejeando, se desprende de Evarista y Pantoja, que quieren sujetarla, y con veloz carrera se va por al izquierda.*)

Escena XVI

Los mismos; José

Pantoja.- (*Airado, retirándose a la derecha.*) ¡Que falta de juicio, de dignidad!

José.- (*Presuroso, por el jardín.*) Señora...

Evarista.- ¿Qué dice Máximo?

José.- No sabía nada. Está con unos señores... Cuando se lo conté se echó a reír... Pues tan tranquilo... Dice que la señorita cuidará de la criatura.

Don Urbano.- ¡Vaya una calma!

Evarista.- (*A José.*) Vas a llevarle a su casa. Así aprenderá esa tontuela...

Marqués.- Voto porque se le deje disfrutar de un juguete tan lindo.

Escena XVII

Los mismos; Electra, por la izquierda, con el niño en brazos.

El niño es de dos años, poco más o menos

Electra.- ¡Hijo de mi alma!

Evarista.- Niña, por Dios, déjale y vámonos.

Don Urbano.- (*Dando prisa.*) Que llegamos tarde...

Cuesta.- (*Al Marqués.*) Es un rasgo de maternidad. Yo lo aplaudo.

Marqués.- Y yo lo tengo por divino.

Evarista.- (*Queriendo quitarle el niño.*) Vamos, mujer.

Electra.- (*Con paso muy ligero se aparta de los que quieren quitarle el chiquillo. Este se agarra al cuello de Electra.*) No, ahora no puedo dejarlo; no, no.

Evarista.- Cógelo, Balbina.

Electra.- No... que no. (*Pasa de un lado a otro, buscando refugio.*)

Don Urbano.- Dámele a mí.

Electra.- No.

Pantoja.- (*Imperioso, a José.*) Usted, recójale.

Electra.- Que no... Es mío.

Evarista.- ¡Pero hija, que tenemos que irnos!

Electra.- Váyanse. (*Le molesta el sombrero, que tropieza en la frente del niño al besarle; con rápido movimiento se lo quita y lo arroja lejos. Sigue paseando al niño, buyendo de los que quieren quitárselo.*)

Evarista.- Basta ya. ¿Vienes o no?

Electra.- (*Sin hacer caso, hablando con el pequeñuelo, que le echa los brazos al cuello y la besa.*) Amor mío, duérmete. No temas, hijo...No te suelto.

Evarista.- ¿Pero vamos o no?

Electra.- Yo no voy...¿Tienes hambre, sol mío? ¿Tienes sed? Ved cómo a mí se agarra el pobrecito pidiéndome que no le abandone...¡Egoístas! ¿No sabéis que no tiene madre?

Pantoja.- Pero alguien tendrá que le cuide.

Evarista.- (*Imperiosa, a los criados.*) Ea, basta. Llévadle pronto a su casa.

Electra.- (*Con resolución, sin dejarse quitar el chiquillo.*) ¡A casa, a casa! (*Con paso decidido y sin mirar a nadie, corre hacia el jardín y sale. Todos la miran suspensos, sin atreverse a dar un paso hacia ella.*)

Pantoja.- ¡Qué escándalo!

Evarista.- ¡Qué falta de sentido!

Marqués.- (*Aparte.*) Sentido le sobra. Ha encontrado su camino.

Fin del Acto Segundo

ACTO TERCERO

Laboratorio de Máximo. Al fondo, ocupando gran parte del muro, rompimiento con un mamparo de madera en la parte inferior, de cristales en la superior, el cual separa la escena de un local grande en que hay aparatos para producir energía eléctrica. La puerta practicable en el zócalo de este mamparo comunica con la calle.

A la derecha, primer término, un pasadizo que comunica con el jardín de García Yuste. En último término, una puerta que comunica con las habitaciones privadas de Máximo y con la cocina. Entre la puerta y el pasadizo, un estante de libros.

A la izquierda, puerta que conduce a la estancia donde trabajan los ayudantes. Junto a dicha puerta, un estante con aparatos de física y objetos de uso científico.

En el fondo, a los lados del rompimiento y en el zócalo de madera, estanterías con frascos de sustancias diversas y libros. En el ángulo de la derecha, un aparador pequeño.

A la izquierda de la escena, la mesa de laboratorio con los objetos que en el diálogo se indican. Formando ángulo con ella, la balanza de precisión en un soporte de fábrica.

En el centro, una mesa pequeña para comer. Cuatro sillas.

Escena primera

Máximo, trabajando en un cálculo con gran atención en su tarea; Electra, en pie, ordenando los múltiples objetos que hay sobre la mesa: libros, cápsulas, tubos de ensayo, etc. Viste con sencillez casera y lleva delantal blanco

Máximo.- Para mí, Electra, la doble historia que me has contado, esa supuesta potestad de dos caballeros, es un hecho que carece de valor positivo. (*Sin levantar la vista del papel.*)

Electra.- (*Suspirando.*) Dios te oiga.

Máximo.- Todo se reduce a dos paternidades platónicas, sin ningún efecto legal...hasta ahora. Lo peor del caso es la autoridad que quiere tomarse el señor de Pantoja...

Electra.- Autoridad que me abruma, que no me deja respirar. Yo te suplico que no hablemos de ese asunto. Se me amarga la alegría que siento en esta casa.

Máximo.- ¿De veras?

Electra.- Sí. Y hay más: me pongo en ese estado singularísimo de mi cabeza y de mis nervios que...Ya te conté que, en ciertas ocasiones de mi vida, se apodera de mí un deseo intenso de ver la imagen de mi pobre madre como la veía en mi niñez...Pues en cuanto arrecia la tiranía de Pantoja, ese anhelo me llena toda el alma y con él siento la turbación nerviosa y mental que me anuncia...

Máximo.- ¿La visión de tu madre? Chiquilla, eso no es propio de un espíritu fuerte. Aprende a dominar tu imaginación...Ea, a trabajar. El ocio es el primer perturbador de nuestra mente.

Electra.- (*Muy animada.*) Sigo lo que me habías encargado. (*Coge unos frascos de sustancias minerales y los lleva a uno de los estantes.*) Esto a su sitio...Así no pienso en el furor de mi tía cuando sepa...

Máximo.- (*Atento a su trabajo.*) ¡Contenta se pondrá! Como si no fuera bastante la locura de ayer, cuando te llevaste al chiquillo y al devolvérmelo estuviste aquí más de lo regular, hoy, para enmendarla, te has venido a mi casa, y aquí te estás tan fresca. Da gracias a Dios por la ausencia de nuestros tíos. Invitados por los Requesens al reparto de premios y al almuerzo en *Santa Clara*, ignoran el saltito que ha dado la muñeca de su casa a la mía.

Electra.- Tú me aconsejaste que me insubordinara.

Máximo.- Sí tal; yo he sido el instigador de tu delito, y no me pesa.

Electra.- Mi conciencia me dice que en esto no hay nada malo.

Máximo.- Estás en la casa y en la compañía de un hombre de bien.

Electra.- (*Siempre en su trabajo, hablando sin abandonar la ocupación.*) Cierto. Y digo más: estando tú abrumado de

trabajo, solo, sin servidumbre, y no teniendo yo nada que hacer, es muy natural que...

Máximo.- Que vengas a cuidar de mí y de mis hijos...Si eso no es lógica, digamos que la lógica ha desaparecido del mundo.

Electra.- ¡Pobrecitos niños! Todo el mundo sabe que les adoro; son mi pasión, mi debilidad...*(Máximo, abstraído en una operación, no se entera de lo que ella dice.)* Y hasta me parece...*(Se acerca a la mesa llevando unos libros que estaban fuera de su sitio.)*

Máximo.- *(Saliendo de su abstracción.)* ¿Qué?

Electra.- Que su madre no les quería más que yo.

Máximo.- *(Satisfecho del resultado de un cálculo, lee en voz alta una cifra.)* Cero, trescientos dieciocho...Hazme el favor de alcanzarme las *Tablas de resistencia*...Aquel libro rojo.

Electra.- *(Corriendo al estante de la derecha.)* ¿Es esto?

Máximo.- Más arriba.

Electra.- Ya, ya...¡qué tonta! *(Cogiendo el libro, se lo lleva.)*

Máximo.- Es maravilloso que en tan poco tiempo conozcas mis libros y el lugar que ocupan.

Electra.- No dirás que no lo he puesto todo muy arregladito.

Máximo.- ¡Gracias a Dios que veo en mi estudio la limpieza y el orden!

Electra.- *(Muy satisfecha.)* ¿Verdad, Máximo, que no soy absolutamente, absolutamente inútil?

Máximo.- *(Mirándola fijamente.)* Nada existe en la creación que no sirva para algo. ¿Quién te dice a ti que no te crió Dios para grandes fines? ¿Quién te dice que no eres tú...?

Electra.- *(Ansiosa.)* ¿Qué?

Máximo.- ¿Un alma grande, hermosa, nobilísima, que aún está medio ahogada...entre el serrín y la estopa de una muñeca?

Electra.- *(Muy gozosa.)* ¡Ay, Dios mío, si yo fuera eso...!
(Máximo se levanta y en el estante de la izquierda coge unas barras de metal y las examina.) No me lo digas, que me vuelvo loca de alegría...¿Puedo cantar ahora?

Máximo.- Sí, chiquilla, sí. (*Tarareando, Electra repite el andante de una sonata.*) La buena música es como espuela de las ideas perezosas que no afluyen fácilmente; es también como el gancho que saca las que están muy agarradas al fondo del magín...Canta, hija, canta. (*Continúa atento a su ocupación.*)

Electra.- (*En el estante del foro.*) Sigo arreglando esto. Los metaloides van a este lado. Bien los conozco por el color de las etiquetas...¡Cómo me entretiene este trabajito! Aquí me estaría todo el santo día...

Máximo.- (*Jovial.*) ¡Eh, compañera!

Electra.- (*Corriendo a su lado.*) ¿Qué manda el *Mágico prodigioso*?

Máximo.- No mando todavía: suplico. (*Coge un frasco que contiene un metal en limaduras o virutas.*) Pues la juguetona Electra quiere trabajar a mi lado, me hará el favor de pesarme treinta gramos de este metal.

Electra.- ¡Oh, sí...!

Máximo.- Ayer aprendiste a pesar en la balanza de precisión.

Electra.- (*Gozosa, preparándose.*) Sí, sí...dame, déjame. (*Al verter el metal en la cápsula, admira su belleza.*) ¡Qué bonito! ¿Qué es esto?

Máximo.- Aluminio. Se parece a ti. Pesa poco...

Electra.- ¿Que peso poco?

Máximo.- Pero es muy tenaz. (*Mirándola al rostro.*) ¿Eres tú muy tenaz?

Electra.- En algunas cosas, que me reservo, soy tenaz hasta la barbarie y creo que, llegado el caso, lo sería hasta el martirio. (*Sigue pesando sin interrumpir la operación.*)

Máximo.- ¿Qué cosas son esas?

Electra.- A ti no te importan.

Máximo.- (*Atendiendo al trabajo.*) Mejor...En seguidita me pesas setenta gramos de cobre. (*Presentándole otro frasco.*)

Electra.- El cobre serás tú...No, no, que es muy feo.

Máximo.- Pero muy útil.

Electra.- No, no; compárate con el oro, que es el que vale más.

Máximo.- Vaya, vaya, no juguemos. Me contagias, Electra; me desmoralizas...

Electra.- Déjame que me recree con las cualidades de este metal bonito, que es mi semejante. ¡Soy tenaz...no me rompo!...Pues bien puedes decírselo a Evarista y a Urbano, que en el sermón que me echaron hoy dijéronme como unas cuarenta veces que soy...frágil...¡Frágil, chico!

Máximo.- No saben lo que dicen.

Electra.- Claro, ¡qué saben ellos!...

Máximo.- Cuidado, Electra: con la conversación no te me equivoques en el peso.

Electra.- ¡Equivocarme yo! ¡Qué tonto! Tengo yo mucho tino, más de lo que tú crees.

Máximo.- Ya, ya lo voy viendo. (*Dirígese a uno de los estantes en busca de un crisol.*) Pues tu tía se enojará de veras, y nos costará mucho trabajo convencerla de tu inocencia.

Electra.- Dios, que ve los corazones, sabe que en esto no hay ningún mal. ¿Por qué no han de permitirme que esté aquí todo el día, cuidándote, ayudándote?...

Máximo.- (*Volviendo con el crisol que ha elegido.*) Porque eres una señorita, y las señoritas no pueden permanecer solas en la casa de un hombre, por muy decente y honrado que este sea.

Electra.- ¡Pues estamos divertidas, como hay Dios, las pobres señoritas! (*Terminando el peso, presenta las dos porciones de metal en cápsulas de porcelana.*) Ea, ya está.

Máximo.- (*Coge las cápsulas.*) ¡Y qué bien! ¡Qué primor, qué limpieza de manos!...¡Qué pulso, chiquilla, y qué serenidad en la atención para no embarullar el trabajo! Estás atinadísima.

Electra.- Y, sobre todo, contenta. Cuando hay alegría, todo se hace bien.

Máximo.- Verdad, clarísima verdad. (*Vierte los dos cuerpos en el crisol.*)

Electra.- ¿Eso es un crisol?

Máximo.- Sí, para fundir estos dos metales.

Electra.- Nos fundimos tú y yo...Nos pelearemos en medio del fuego y...(*Tararea la sonata.*)

Máximo.- Hazme el favor de llamar a Mariano.

Electra.- (*Corriendo a la puerta de la izquierda.*) ¡Mariano!

Máximo.- Que venga también Gil.

Electra.- Gil...pronto...Que os llama el maestro. (*Dándoles prisa.*) Vamos...

Escena II

Electra, Máximo; Mariano, Gil: el primero, vestido de operario con blusa; el segundo, con traje usual, manguitos y la pluma en la oreja

Gil.- (*Mostrándole un cálculo.*) Este es el valor obtenido.

Máximo.- (*Lee rápidamente la cifra.*) 0,158,073...Está equivocado. (*Seguro de lo que dice y con cierta severidad.*) No es posible para un diámetro de cable menor de cuatro milímetros un circuito mayor, según tu cálculo. La verdadera distancia debe ser inferior a doscientos kilómetros.

Gil.- Pues no sé...Señor, yo...(*Confuso.*)

Máximo.- Está mal. Sin duda te has distraído.

Electra.- No ponéis la atención debida...una atención serena...

Máximo.- Es que, mientras hacéis los cálculos, estáis pensando en las musarañas.

Electra.- (*Riñéndole.*) Y hablando de toros, de teatros, de mil tonterías...Así sale ello.

Gil.- Rectificaré las operaciones.

Máximo.- Mucho tino, Gil.

Electra.- Y, sobre todo, mucha paciencia, aplicando los cinco sentidos...De otro modo no adelantamos nada.

Gil.- Voy...

Electra.- Y pronto...No descuidarse...¡Vaya! (*Vase Gil.*)

Máximo.- (*A Mariano, entregándole los metales unidos.*) Aquí tienes.

Mariano.- Para fundir...

Máximo.- ¿Habéis preparado el horno?

Mariano.- Sí, señor.

Máximo.- Ponlo inmediatamente y, en cuanto esté a punto de fusión, me avisas. Con esta aleación haremos un nuevo ensayo de conductibilidad...Espero llegar a los doscientos kilómetros con pérdida escasísima.

Mariano.- ¿Haremos el ensayo esta tarde?

Máximo.- (*Atormentado de una idea fija.*) Sí...No abandono este problema. (*A Electra.*) Es mi idea fija, que no me deja vivir.

Electra.- Idea fija tengo yo también, y por ella vivo. ¡Adelante con ella!

Máximo.- (*A Electra.*) Adelante. (*A Mariano.*) Adelante siempre.

Mariano.- ¿Manda usted otra cosa?

Máximo.- Que actives la fusión.

Electra.- Que active usted la fusión, Mariano...que queden los metales bien juntitos.

Mariano.- Los dos en uno, señorita. (*Vase Mariano llevándose el metal.*)

Electra.- Dos en uno.

Máximo.- (*Como preparándole otra ocupación.*) Ahora, mi graciosa discípula...

Electra.- Perdone, usted, señor *mágico*. Tengo que ver si han despertado los niños.

Máximo.- Es verdad. ¿Cuánto hace que comieron?

Electra.- Tres cuarto de hora. Deben dormir media hora más. ¿Está bien dispuesto así?

Máximo.- Sí, hija mía. Todo lo que tú determinas está muy bien.

Electra.- ¡Tú mira lo que dices!...

Máximo.- Sé lo que digo.

Electra.- Que está bien todo lo que yo determino.

Máximo.- (*Mirándola cariñoso.*) Todo, todo...

Electra.- Que conste...Ea, voy y vuelvo volando. (*Con suma ligereza, cantando, se va por la puerta de la derecha hacia el interior de la casa. A punto que ella sale, entra el Operario por el fondo.*)

Escena III

Máximo, el Operario

Máximo.- ¿Qué hay?

Operario.- Señor, hoy ha vuelto ese caballero...el señor marqués de Ronda.

Máximo.- ¿Y cómo no ha pasado?

Operario.- Me preguntó si podría ver a usted...Respondíle que tenía visita...Y él, así como si fuera de casa, sin picardía, dijo: "Ya sé...la señorita Electra. No me parece bien pasar ahora...". Y se fue.

Máximo.- (*Vivamente.*) Lo siento. ¿Por qué no le anunciaste? ¡Pero qué tonto!

Operario.- Dijo que volvería.

Máximo.- Pues si vuelve, aunque esté aquí la señorita Electra, y mejor aún si está, le dejas paso franco.

Operario.- Bien, señor. (*Se va por el fondo.*)

Escena IV

Máximo, Electra

Electra.- (*Volviendo de lo interior.*) Dormiditos están como unos ángeles. Allá les dejo media hora más reponiendo en el sueño sus cuerpecitos fatigados.

Máximo.- Hija, debemos mirar por nuestros cuerpecitos...o nuestros corpachones. ¿Comemos?

Electra.- Cuando quieras. Todo lo tengo pronto. (*Dirígese al aparador donde tiene la vajilla, cubiertos, mantel y servilletas, frutero.*)

Máximo.- Eso me gusta. Todo a punto. Así se llega siempre a donde se quiere ir.

Electra.- (*Extiende el mantel.*) De eso trato...Pero, con todo mi tino, no llegaré, ¡ay!

Máximo.- Déjame que te ayude a poner la mesa. (*Electra le va dando platos y cubiertos, el vino, el pan.*) Sí llegarás...

Electra.- ¿Lo crees tú?

Máximo.- Tan cierto como...como que tengo hambre de cincuenta caballos.

Electra.- Me alegro. Ahora falta que te guste la comida que te han hecho estas pobres manos.

Máximo.- Tráela, y veremos.

Electra.- Al instante. (*Corre al interior de la casa.*)

Escena V

Máximo, Gil

Máximo.- ¡Singular caso! Cada palabra, cada gesto, cada acción de esta preciosa mujercita, en la libertad de que goza, son otros tantos resplandores que arroja su alma inquieta, noblemente ambiciosa, ávida de mostrarse en los afectos grandes y en las virtudes superiores. (*Con ardor.*) ¡Bendita sea ella, que trae la alegría, la luz, a este escondrijo de la ciencia, triste, oscuro, y con sus gracias hace de esta aridez un paraíso! ¡Bendita ella, que ha venido a sacar de su abstracción a este pobre Fausto, envejecido a los treinta y cinco años, y a decirle: "No se vive solo de verdades..." (*Le interrumpe Gil, que ha entrado poco antes; se acerca sin ser visto.*)

Gil.- (*Satisfecho, mostrando el cálculo.*) Ya está. Creo haber obtenido la cifra exacta.

Máximo.- (*Coge el papel y lo mira vagamente sin fijarte.*) ¡La exactitud!... ¿Pero crees tú que se vive solo de verdades?...Saturada de ellas, el alma apetece el ensueño, corre hacia él sin saber si va de lo cierto a lo mentiroso o del error a la realidad. (*Lee maquinalmente sin hacerse cargo.*) 0, 318, 73...Mirándolo bien, Gil, nuestras equivocaciones en el cálculo son disculpables.

Gil.- Sí, señor...se distrae uno fácilmente pensando en...

Máximo.- En cosas vagas, indeterminadas, risueñas, y los números se escapan, se van por los aires...

Gil.- Y cualquiera los coge. Distráido yo, confundí la cifra de la potencial con la de la resistencia...Pero ya rectifiqué. Dígame si está bien...

Máximo.- (*Lee.*) 0, 318, 73...(Con repentina transición a un gozo expansivo.) Y si no lo estuviera, Gil; si por refrescar tu mente con ideas dulces, con imágenes sonrosadas, poéticas, te

hubieras equivocado, ¿qué importaba? Nuestra maestra, nuestra tirana, la exactitud, nos lo perdonaría.

Gil.- ¡Ah!, señor, esa no perdona. Es muy severa. Nos agobia, nos esclaviza, no nos deja respirar.

Máximo.- Hoy no; hoy es indulgente. La maestra, de ordinario tan adusta, hoy non sonríe con rostro placentero. ¿Ves esa cifra?

Gil.- (*Diciéndola de memoria muy satisfecho.*) 0, 318, 73.

Máximo.- Pues di que los primeros poetas del mundo, Homero, Virgilio, Dante, Lope, Calderón, no escribieron jamás una *estrofa* tan inspirada y poética como lo es esa para mí, esos pobre números...Verdad que la armonía, el encanto poético no están en ellos, están en...Vete...Puedes irte a comer...Déjame, déjanos. (*Le empuja para que se vaya.*) No me conozco: yo también confundo...Lucido estoy con esta inquietud, con esta pérdida de mi serenidad...Es ella la que... (*Desde el punto conveniente de la escena mira al interior.*) Allí está la imaginación, allí el ideal, allí la divina muñeca, entre pucheros... (*Vuelve al proscenio.*) ¡Oh, Electra!, tú, juguetona y risueña, ¡cuán llena de vida y esperanza!, ¡y la ciencia qué yerta, qué solitaria, qué vacía!

Escena VI

Máximo, Electra

Electra.- (*Entrando con una cazuela humeante.*) Aquí está lo bueno.

Máximo.- ¿A ver, a ver qué has hecho? ¡Arroz con menudillos! La traza es superior. (*Se sienta.*)

Electra.- Elógielo por adelantado, que está muy bien...Verás. (*Se sienta.*)

Máximo.- Se me ha metido en mi casa un angelito cocinero...

Electra.- Llámame lo que quieras, Máximo; pero ángel no me llames.

Máximo.- Ángel de cocina... (*Ríen ambos.*)

Electra.- Ni eso. (*Haciéndole el plato.*) Te sirvo.

Máximo.- No tanto.

Electra.- Mira que no hay más. He creído que en estos apuros vale más una sola cosa buena que muchas medianas.

(Empiezan a comer.)

Máximo.- Acertadísimo...¿Sabes de qué me río? ¡Si ahora viniera Evarista y nos viera comiendo así, solos!...

Electra.- ¡Y cuando supiera que la comida está hecha por mí!...

Máximo.- Chica, ¿sabes que este arroz está muy bien, pero muy bien hecho...?

Electra.- En Hendaya, una señora valenciana fue mi maestra; me dio un verdadero curso de arroces. Sé hacer lo menos siete clases, todas riquísimas.

Máximo.- Vaya, chiquilla, eres un mundo que se descubre...

Electra.- ¿Y quién es mi Colón?

Máximo.- No hay Colón. Digo que eres un mundo que se descubre solo.

Electra.- *(Riendo.)* Pues por ser yo un mundito chiquito, que se cree digno de que lo descubra, ¡pobre de mí!, determinarán hacerme monja para preservarme de los peligros que amenazan a la inocencia.

Máximo.- *(Después de probar el vino, mira la etiqueta.)* Vamos, que nos has traído mal vino.

Electra.- En tu magnífica bodega, que es como una biblioteca de riquísimos vinos, he escogido el mejor *Burdeos* y un jerez superior.

Máximo.- Muy bien. No es tonta la bibliotecaria.

Electra.- Pues sí. Ya sé lo que me espera, la soledad de un convento...

Máximo.- Me temo que sí. De esta no escapas.

Electra.- *(Asustada.)* ¿Cómo?

Máximo.- *(Rectificándose.)* Digo, sí, te escapas...te salvaré yo...

Electra.- Me has prometido ampararme.

Máximo.- Sí, sí...Pues no faltaba más...

Electra.- *(Con gran interés.)* ¿Y qué piensas hacer? Dímelo...

Máximo.- Ya verás...la cosa es grave...

Electra.- Hablas con la tía...y...¿qué más?

Máximo.- Pues...hablo con la tía...

Electra.- ¿Y qué le dices, hombre?

Máximo.- Hablo con el tío...

Electra.- (*Impaciente.*) Bueno; supongamos que has hablado ya con todos los tíos del mundo...Después...

Máximo.- No te importe el procedimiento. Ten por seguro que te tomaré bajo mi amparo y, una vez que te ponga en lugar honrado y seguro, procederé al examen y selección de novios. De esto quiero hablar contigo ahora mismo.

Electra.- ¿Me reñirás?

Máximo.- No, ya me has dicho que te hastía el juego de muñecos vivos o llámense novios.

Electra.- Buscaba en ello la medicina de mi aburrimiento, y a cada toma me aburría más...

Máximo.- ¿Ninguno ha despertado en ti un sentimiento...distinto de las burlas?

Electra.- Ninguno.

Máximo.- ¿Todos se te han manifestado por escrito?

Electra.- Algunos...por el lenguaje de los ojos, que no siempre sabemos interpretar. Por eso no los cuento.

Máximo.- Sí; hay que incluirlos a todos en el catálogo, lo mismo a los que tiran de pluma que a los que foguean con miraditas. Y henos aquí frente al grave asunto que reclama mi opinión y mi consejo. Electra, debes casarte, y pronto.

Electra.- (*Bajando los ojos, vergonzosa.*) ¿Pronto?...Por Dios, ¿qué prisa tengo?

Máximo.- Antes hoy que mañana. Necesitas a tu lado un hombre, un marido. Tienes alma, temple, instintos y virtudes matrimoniales. Pues bien, en la caterva de tus pretendientes, forzoso será que elija yo uno, el mejor, el que por sus cualidades sea signo de ti. Y el colmo de la felicidad será que mi elección coincida con tu preferencia, porque no adelantaremos nada, fíjate bien, si no consiguiera yo llevarte a un matrimonio de amor.

Electra.- (*Con suma espontaneidad.*) ¡Ay, sí!

Máximo.- A la vida tranquila, ejemplar, fecunda, de un lugar dichoso...

Electra.- ¡Ay, qué preciosidad! ¿Pero no merezco yo eso?

Máximo.- Yo creo que sí...Pronto se ha de ver. (*Concluyen de comer el arroz.*)

Electra.- ¿Quieres más?

Máximo.- No, hija, gracias. He comido muy bien.

Electra.- (*Poniendo el frutero en la mesa.*) De postre no te pongo más que fruta. Sé que te gusta mucho.

Máximo.- (*Cogiendo una hermosa manzana.*) Sí, porque esto es la verdad. No se ve aquí mano del hombre...más que para cogerla.

Electra.- Es la obra de Dios. ¡Hermosa, espléndida, sin ningún artificio!

Máximo.- Dios hace estas maravillas para que el hombre las coja y se las coma...Pero no todos tienen la dicha o la suerte de pasar bajo el árbol...(*Monda una manzana.*)

Electra.- Sí pasan, sí pasan...pero algunos van tan abstraídos mirando al suelo, que no ven el hermoso fruto que les doce: "Cógeme, cómeme." Y bastaría que por un momento se apartasen de sus afanes y alzaran los ojos...

Máximo.- (*Contemplándola.*) Como alzar los ojos, yo...ya miro, ya...

Escena VII

Electra, Máximo; Mariano, por la izquierda

Mariano.- Señor...

Máximo.- ¿Qué?

Mariano.- ¡Al rojo vivo!

Electra.- ¡Ah, la fusión!

Máximo.- Cuando esté al blanco incipiente me avisas.

Mariano.- (*A punto de marcharse.*) Está bien.

Máximo.- Oye, que nos preparen en la fábrica la batería Bunsen. Advierte que antes de dar luz necesito el dinamo grande para un ensayo.

Mariano.- Bien. (*Vase por el fondo.*)

Escena VIII

Electra, Máximo; después, el Operario

Electra.- (*Con tristeza.*) Pronto tendrás que ocuparte de la fusión, y yo...

Máximo.- Y tú...naturalmente, volverás a tu casa...

Electra.- (*Suspirando.*) ¡Ay!, no quiero pensar la que se armará cuando oye entre...

Máximo.- Tú oyes, callas y esperas...

Electra.- ¡Esperar, esperar siempre! (*Concluyen de comer. Electra se levanta y retira platos.*) ¡Ay!, si tú no miras por esta pobre huérfana, pienso que ha de ser muy desgraciada...¡Es mucho cuento, Señor! Evarista y Pantoja empeñados en que yo he de ser ángel, y yo...vamos, que no me llama Dios por el camino angelical.

Máximo.- (*Que se ha levantado y parece dispuesto a proseguir sus trabajos.*) No temas. Confía en mí. Yo te reclamaré como protector tuyo, como maestro...

Electra.- (*Aproximándose a él suplicante.*) Pero no tardes. Por la salud de tus hijos, Máximo, no tardes. Oye lo que se me ocurre: ¿por qué no me tomas como a uno de tus niños y me tienes como ellos y con ellos?

Máximo.- (*Con serenidad, muy afectuoso.*) ¿Sabes que es una excelente idea? Hay que pensarlo...Déjame que lo piense.

Operario.- (*Por el foro.*) El señor marqués de Ronda.

Electra.- (*Asustada.*) ¡Oh!, debo marcharme.

Máximo.- No, hija; si es nuestro amigo, nuestro mejor amigo...Ya verás...(Al Operario.) Que pase. (*Vase el Operario.*)

Electra.- Pensará tal vez...

Máximo.- No pensará nada malo. ¿Has hecho café?

Electra.- Iba a colarlo ahora...un café riquísimo...Sé hacerlo de maravilla.

Máximo.- Tráelo..Convidamos al marqués.

Electra.- Bueno, bueno. Pues tú lo mandas...Voy por el café. (*Vase gozosa, con paso ligero.*)

Escena IX

Máximo, el Marqués, Electra; al fin de la escena, Mariano

Máximo.- Adelante, marqués.

Marqués.- Ilustre, simpático amigo. (*Desconsolado, mirando a todos lados.*) ¿Y Electra?

Máximo.- En la cocina.

Marqués.- ¡En la cocina!

Máximo.- Volverá al instante. Hemos comido y ahora tomaremos café.

Marqués.- ¡Han comido! (*Observando la mesa.*)

Máximo.- Un arroz delicioso, hecho por ella.

Marqués.- ¡Bendita sea mil veces! (*Muy desconsolado.*) ¡Pero, hombre! ¡No haberme invitado! Vamos, no se lo perdono a usted.

Máximo.- ¡Si esto ha sido una improvisación! ¿Por qué no pasó usted antes, cuando estuvo en la fábrica?...

Marqués.- Es verdad...Mía es la culpa.

Máximo.- Tomaremos café. Y perdone, querido marqués, que le reciba y le obsequie en esta pobreza estudiantil.

Marqués.- Ya lo he dicho: no acabo de comprender que usted, hombre acaudalado, teniendo arriba tan magníficas habitaciones...

Máximo.- Es muy sencillo...La ciencia y el hábito del estudio me recluyen en esta madriguera. He puesto a mis hijos en los aposentos bajos para tenerlos cerca de mí, y aquí vivo, como un ermitaño.

Marqués.- Sin acordarse de que es rico...

Máximo.- Mi opulencia es la sencillez, mi lujo la sobriedad, mi reposo el trabajo, y así he de vivir mientras esté solo.

Marqués.- La soledad toca a su fin. Hay que determinarse. En fin, mi querido amigo, vengo a prevenir a usted...(*Entra Electra con el café.*) ¡Oh, la encantadora divinidad casera!

Electra.- (*Avanza cuidadosa con la bandeja en que trae el servicio, teniendo que se le caiga alguna pieza.*) Por Dios, marqués, no me riña.

Marqués.- ¡Reñir yo!

Electra.- No me haga reír. Temo hacer un destrozo.
¡Cuidado! (*El Marqués toma de sus manos la bandeja.*)

Marqués.- Aquí estoy yo para impedir cualquier catástrofe.
(*Pone todo en la mesa.*) No tengo por qué reñir, hija mía. En otra parte me asustaría esta libertad. En la morada de la honradez laboriosa, de la caballerosidad más exquisita, no me causa temor.

Máximo.- Gracias, señor marqués. (*Les sirve el café.*)

Marqués.- No lo aprecian del mismo modo los señores de enfrente...La noticia de lo que aquí pasa ha llegado al *Asilo de Santa Clara*, fundación de María Requesens. Confusión y alarma de los García Yuste. Allá está reunido todo el cónclave.

Electra.- ¡Dios tenga piedad de mí!

Marqués.- Hija mía, calma.

Máximo.- Tú déjate, déjanos a nosotros.

Marqués.- Por mi parte, para todas las contingencias que pueda traer esta travesurilla, tienen ustedes en mí un amigo incondicional, un defensor valiente.

Electra.- (*Cariñosa.*) ¡Oh, marqués, qué bueno es usted!

Máximo.- ¡Qué bueno!

Electra.- ¿Y qué tienen que decir de mi café?

Marqués.- Que es digno de Júpiter, el papá de los dioses. En el Olimpo no lo sirvieron nunca mejor. ¡Benditas las manos que lo han hecho! Conceda Dios a mi vejez el consuelo de repetir estas dulces sobremesas entre las dos personas...(*Muy cariñoso, tocando las manos de uno y otro.*) entre los dos amigos que ahora me escuchan, me atienden y me agasajan.

Electra.- ¡Oh, qué hermosa esperanza!

Marqués.- Me voy a permitir, queriendo Máximo, emplear con usted un signo de confianza. No lo lleve usted a mal...Mis canas me autorizan...

Máximo.- Lo adivino, marqués.

Marqués.- Desde este momento queda establecida la siguiente reforma...social. Le tuteo a usted, es decir, a ti.

Máximo.- Lo considero como una gran honra.

Electra.- ¿Y a mí por qué no?

Marqués.- (*A Máximo.*) ¿Qué te parece? ¿También a ella?

Máximo.- Sí, sí...bajo mi responsabilidad.

Electra.- (*Aplaudiendo.*) Bravo, bravo.

Marqués.- (*Muy satisfecho.*) Bien, amigos míos: correspondo a vuestra confianza participándoos que el cónclave prepara contra vosotros resoluciones de una severidad inaudita.

Electra.- Dios mío, ¿por qué?

Marqués.- Los señores de García Yuste, muy santos y muy buenos...Dios les conserve...se han lanzado a la navegación por lo infinito y, queriendo subir, subir muy alto, han arrojado el lastre, que es la lógica terrestre. (*Máximo hace signos de asentimiento.*)

Electra.- No entiendo...

Marqués.- Ese lastre, ese plomo, la lógica terrestre, la lógica humana, lo recogemos nosotros.

Máximo.- (*Riendo.*) Está bien, muy bien.

Electra.- (*Aplaudiendo sin entenderlo.*) Lastre, plomo recogido...lógica humana...Muy bien.

Marqués.- Dueños de esa fuerza, la santa lógica, es urgente que nos preparemos para desbaratar los planes del enemigo. Primera determinación nuestra: (*A Electra.*) que vuelva a tu casa. No te asustes. No irás sola.

Electra.- ¡Ay!, respiro.

Marqués.- Iremos contigo los dos profesores de lógica terrestre que estamos aquí.

Electra.- (*Gozosa.*) ¡Dios mío, qué felicidad! Yo entre los dos, conducida por la pareja de la Guardia Civil.

Máximo.- (*Al Marqués.*) ¿No le parece a usted que debemos ir de día para que se vea con qué arrogancia desafían estos criminales la plena luz?

Marqués.- ¡Oh, no! Opino que vayamos después de anochecido, para que se vea que nuestra honradez no teme la oscuridad.

Máximo.- ¡Excelente idea! De noche.

Electra.- De noche.

Mariano.- (*Asomándose a la puerta de la izquierda.*) ¡Señor, al blanco incipiente!

Electra.- (*Con alegría infantil.*) ¡La fusión! (*Dice esto con alegría inconsciente.*)

Máximo.- (*A Mariano.*) No puedo ahora. Avísame en el punto del blanco resplandeciente. (*Vase Mariano.*)

Marqués.- (*Con solemnidad, tomando una copa.*) Permitidme, amigos del alma, que brinde por la feliz unión, por el perfecto himeneo de esos benditos metales.

Máximo.- (*Con entusiasmo, alzando la copa.*) Brindo por nuestro primer metalúrgico, el noble marqués de Ronda.

Electra.- (*Con emoción muy viva, brindando.*) ¡Por el grande y cariñoso amigo! (*Aparece Pantoja por la derecha, viniendo del jardín. Permanece en la puerta contemplando con frío estupor la escena.*)

Escena X

Máximo, Electra, el Marqués, Pantoja

Marqués.- ¡El enemigo!

Electra.- (*Aterrada.*) ¡Don Salvador! ¡El Señor sea conmigo!

Máximo.- Adelante, señor de Pantoja. (*Pantoja avanza silencioso, con lentitud.*) ¿A qué debo el honor...?

Pantoja.- Anticipándome a mis buenos amigos, Urbano y Evarista, que pronto volverán a su casa, aquí estoy, dispuesto a cumplir el deber de ellos y el mío.

Máximo.- ¡El deber de ellos...usted!...

Marqués.- Viene a sorprendernos con aire de polizonte.

Máximo.- En nosotros ve, sin duda, criminales empedernidos.

Pantoja.- No veo nada, no quiero ver más que a Electra, por quien vengo; a Electra, que no debe estar aquí, y que ahora se retirará conmigo, y conmigo llorará su error. (*Coge la mano de Electra, que está como insensible, inmovilizada por el miedo.*) Ven.

Máximo.- Perdone usted. (*Sereno y grave, se acerca a Pantoja.*) Con todo el respeto que a usted debo, señor de Pantoja, le suplico que deje en libertad esa mano. Antes de cogerla debió usted hablar conmigo, que soy el dueño de esta casa y

el responsable de todo lo que en ella ocurre, de lo que usted ve...de lo que no quiere ver.

Pantoja.- (*Después de una corta vacilación, suelta la mano de Electra.*) Bien, por el momento suelto la mano de la pobre criatura descarriada o traída aquí con engaño, y hablo contigo...a quien solo quisiera decir muy pocas palabras: "Vengo por Electra. Dame lo que no es tuyo, lo que jamás será tuyo".

Máximo.- Electra es libre: ni yo la he traído aquí contra su voluntad ni contra su voluntad se la llevará usted.

Marqués.- Que nos indique siquiera en qué funda su autoridad.

Pantoja.- Yo no necesito decir a usted el fundamento de mi autoridad. ¿A qué tomarme ese trabajo, si estoy seguro de que ella, la niña graciosa...y ciega, no ha de negarme la obediencia que le pido? Electra, hija del alma, ¿no basta una palabra mía, una mirada, para separarte de estos hombres y traerte a los brazos de quien ha cifrado en ti los amores más puros, de quien no vive ni quiere vivir más que para ti? (*Rígida y mirando al suelo, Electra calla.*)

Máximo.- No basta, no, esa palabra de usted.

Marqués.- No parece convencida, señor mío.

Máximo.- Permítame usted que la interrogué yo. Electra, adorada niña, responde: ¿tu corazón y tu conciencia te dicen que, entre todos los hombres que conoces, los que aquí ves y otros que no están presentes, solo a ese, solo a ese sujeto respetable debes obediencia y amor?

Marqués.- Habla con tu corazón, hija, con tu conciencia.

Máximo.- Y si él te ordena que le sigas, y nosotros que permanezcas aquí, ¿qué harás con libre voluntad?

Electra.- (*Después de una penosa lucha.*) Estar aquí.

Marqués.- ¿Lo ve usted?

Pantoja.- Está fascinada...No es dueña de sí.

Máximo.- No insistirá usted.

Marqués.- Se declarará vencido.

Pantoja.- (*Con fría tenacidad.*) Yo no me reo vencido. La razón siempre está victoriosa, y yo me estimaría indigno de poseer la que Dios me ha dado y guardo aquí, si no la pusiera continuamente por encima de todos los errores y de todos los extravíos. No, no cedo. Máximo, los metales que arden en tus hornos son menos duros que yo. Tus máquinas potentes son artificios de caña si las comparas con mi voluntad. Electra me pertenece; basta que yo lo diga.

Electra.- (*Aparte.*) ¡Qué terror siento!

Máximo.- Si quiere usted asegurarse del poder de su voluntad, pruébela contra la mía.

Pantoja.- No necesito probarla ni contigo ni con nadie, sino hacer lo que debo.

Máximo.- El deber, esa es mi fuerza.

Pantoja.- Un deber con móviles terrenos y fines accidentales. El deber mío se mueve por una conciencia tan fuerte y dura como los ejes del Universo, y mis fines están tan altos que tú no los ves ni podrás verlos nunca.

Máximo.- Súbase usted tan alto como quiera. A lo más alto iré yo para decirle que no le temo ni Electra tampoco.

Pantoja.- Caprichudo es el hombre.

Máximo.- Para que hable usted de metales duros.

Marqués.- Electra volverá a su casa con nosotros...

Máximo.- Conmigo, y esto bastará para que sus tíos le perdonen su travesura.

Pantoja.- Sus tíos no la perdonarán ni la recibirán mejor viéndola entrar contigo, porque sus tíos no pueden renegar de sus sentimientos, de sus convicciones firmísimas. (*Exaltándose.*) Yo estoy en el mundo para Electra no se pierda, y no se perderá. Así lo quiere la divina voluntad, de la que es reflejo este querer mío, que os parece brutalidad caprichosa porque no entendéis, no, de las grandes empresas del espíritu, pobres ciegos, pobres locos...

Electra.- (*Consternada.*) Don Salvador, por la Virgen, no se enfade usted. Yo no soy mala...Máximo es bueno...Usted lo sabe...los tíos lo saben...¡Que no debí venir aquí sola...!

Bueno...Volveré a casa. Máximo y el marqués irán conmigo y los tíos me perdonarán?...*(A Máximo y al Marqués.)* ¿Verdad que me perdonarán?...*(A Pantoja.)* ¿Por qué quiere usted mal a Máximo, que no le ha hecho ningún daño? ¿Verdad que no? ¿Qué razón hay de esa ojeriza?...

Máximo.- No es ojeriza: es odio recóndito, inextinguible.

Pantoja.- Odiarte, no. Mis creencias me prohíben el odio. Cierto que entre nosotros, por causa de tus ideas insanas hay cierta incompatibilidad...Además, tu padre, Lázaro Yuste, y yo, ¡ay, dolor!, tuvimos desavenencias profundas, de las que más vale no hablar ahora. Pero a ti no te aborrezco, Máximo...Más bien te estimo. *(Cambiano el tono austero e iracundo por otro más suave, conciliador.)* Dejo a un lado la severidad con que al principio te hablé y, forzando un tanto mi carácter...te suplico que permitas a Electra partir conmigo.

Máximo.- *(Máximo.)* No puedo acceder a su ruego.

Pantoja.- *(Violentándose más.)* Por segunda vez, Máximo, olvidando todo resentimiento, casi, casi deseando tu amistad, te lo suplico...Déjala.

Máximo.- Imposible.

Pantoja.- *(Devorando su humillación.)* Bien, bien...Me lo has negado por segunda vez...No tengo más que dos mejillas. Si tres tuviera para recibir de tu mano tres bofetadas, por tercera vez te pediría lo mismo. *(Con gravedad y rigidez, sin ninguna inflexión de ternura.)* Adiós, Electra...Máximo, marqués, adiós.

Electra.- *(En voz baja, a Máximo.)* Por Dios, Máximo, transige un poco...

Máximo.- *(Redondamente.)* No.

Electra.- ¿No dijiste que me llevaríais tú y el marqués? Vámonos todos juntos. *(Esta frase es oída por Pantoja en su marcha lenta hacia la salida. Detiéndose.)*

Máximo.- *(Con energía.)* No...Él ha de irse primero. Cuando a nosotros nos acomode, y sin la salvaguardia de nadie, iremos.

Pantoja.- (*Fríamente, ya en la puerta.*) ¿Y a qué vas tú? ¿A empeorar la situación de la pobre niña?

Máximo.- Voy...a lo que voy.

Pantoja.- ¿No puedo yo saberlo?

Máximo.- No es preciso.

Pantoja.- No he pretendido que me reveles tus intenciones. ¿Para qué, si las conozco? (*Da algunos pasos hacia el centro de la escena, clavando la mirada en Máximo.*) No me fío de la expresión de tus ojos. Penetro en el doble fondo de tu mente; allí veo lo que piensas...No te interrogué por saber tu intención, que ya sabía, sino por oírte las bonitas promesas con que la encubres...En ti no mora la verdad; en ti no mora el bien, no, no...no...(*Vase despacio, repitiendo las últimas palabras.*)

Escena XI

Electra, Máximo, el Marqués, Mariano

Electra.- (*Aterrada.*) Se fue...¿Volverá?

Marqués.- ¡Qué hombre! (*Principia a oscurecer.*)

Máximo.- Más que hombre es una montaña que quiere desplomarse sobre nosotros y aplastarnos.

Marqués.- Pero no caerá...Es un monte imaginario, inofensivo.

Electra.- (*Consternada, buscando refugio junto a Máximo.*)

Ampárame, Máximo. Quítame este terror.

Máximo.- Nada temas. Ven a mí. (*Le coge las manos.*)

Marqués.- Ya oscurece. Debemos irnos ya.

Electra.- Vamos...(*Incrédula y medrosa.*) ¿Pero de veras voy contigo?

Máximo.- Unidos en este acto, como lo estaremos toda la vida...

Electra.- ¿Contigo siempre? (*Aumenta la oscuridad.*)

Mariano.- (*En la puerta de la izquierda.*) ¡Señor, el blanco deslumbrante!

Marqués.- (*A Mariano.*) La fusión está hecha. Apaga los hornos.

Máximo.- *(Con gran efusión, besándole las manos.)* Alma luminosa, corazón grande, contigo siempre...Voy a decir a nuestros tíos que te reclamo, que te hago mía, que serás mi compañera y la madrecita de mis hijos.

Electra.- *(Acongojada, como si la alegría la trastornase.)* No me engañes... ¿Viviré con tus niños, seré entre ellos la niña mayor...seré tu mujer?

Máximo.- *(Con fuerte voz.)* Sí, sí. *(Iluminada la sala del fondo, resplandece con viva claridad toda la escena.)*

Marqués.- Vámonos...Ya viene la noche.

Electra.- Es el día...¡Día eterno para mí! *(Máximo la enlaza por la cintura y salen. El Marqués tras ellos.)*

Fin del acto tercero.

ACTO CUARTO

Jardín del palacio de García Yuste. A la derecha, la entrada al palacio, con escalera de pocos peldaños. A la izquierda, haciendo juego con la entrada, un cuerpo de arquitectura grutesca, decorado con bajorrelieves; al pie de esta construcción, un banco de piedra, en ángulo, de traza elegante. Jarrones o plantas exóticas en tibores decoran esta terraza con piso de mosaico, entre el edificio y el suelo enarenado del jardín.

En segundo término y en el fondo, el jardín, con grandes árboles y macizos árboles. Del centro parten tres paseos en curvas. El de la izquierda conduce a la calle. Sillas de hierro. Es de día.

Escena Primera

Electra, Patros, con una cesta de flores que acaba de coger

Electra.- (*Sacando del bolsillo una carta.*) Déjame aquí las flores y toma la carta.

Patros.- (*Deja las flores.*) Y van tres hoy.

Electra.- (*Escogiendo las flores pequeñas, forma con ellas tres ramitos.*) No caben en el tiempo las infinitas cosas que Máximo y yo tenemos que decirnos.

Patros.- Bendito sea Dios, que de la noche a la mañana ha dado tanta felicidad a la señorita.

Electra.- Anoche pidió mi mano. Hoy decidirán mis tíos la fecha de nuestra boda.

Patros.- Y entre tanto, carta va, carta viene.

Electra.- En estas horas de impaciencia febril, Máximo y yo no podemos privarnos de la comunicación escrita. En mi carta de las ocho y quince le decía cosas muy serias; en la de las nueve y veinticinco le decía que no se descuide de dar a Lolín la cucharadita de jarabe cada dos horas, y en esta que ahora llevas le advierto que mi tía está en misa, que aún tardará en venir. Tienen que hablar...naturalmente.

Patros.- Ya...Hasta las once no volverá de misa la señora...

Electra.- Y a las once iré yo con el tío. (*Atando los tres ramitos.*)
Ea, ya están. Este para él, y estos para los nenes. A cada uno el suyo para que no se peleen... (*Disponiéndose a componer el ramo grande.*) Ahora el ramo para la Virgen de los Dolores...Vete y vuelve pronto para que me ayudes...Espérate por la contestación que, aunque solo sea de dos palabras, me colmará de alegría.

Patros.- Voy volando. (*Vase corriendo por el foro.*)

Electra.- (*Eligiendo las flores más bonitas para formar el ramo.*)
Hoy, Virgen mía, mi ofrenda será mayor; debiera ser tan grande que dejara sin una flor el jardín de mis tíos; quisiera poner hoy ante tu imagen todas las cosas bonitas que hay en la naturaleza, las rosas, las estrellas, los corazones que saben amar...¡Oh, Virgen santa, consuelo y esperanza nuestra, no me abandones, llévame al bien que te he pedido, al que me prometiste anoche, hablándome con la expresión de tus divinos ojos, cuando yo con mis lágrimas te decía mi ansiedad, mi gratitud!...

Patros.- (*Presurosa, por el fondo.*) No traigo carta, pero sí un recadito que vale más.

Electra.- ¿Qué?...¿Sale?

Patros.- Ahora mismo, en cuanto se vayan unos señores que ya estaban despidiéndose...Que le espere usted aquí y hablarán un ratito...Tiene que ir a una conferencia telefónica.

Electra.- (*Mirando al fondo.*) ¿Vendrá ya? (*Siente pasos.*) Me parece...

Patros.- Ya viene.

Electra.- (*Dándole el ramo.*) Toma...Para la Virgen.

Patros.- Ya, ya.

Electra.- (*Deteniéndola.*) Pero no se lo pongas a la Virgen del oratorio...Cuidado, Patros...A la del oratorio no, sino a la mía, a la que tengo en la cabecera de mi cama. Por Dios, no te equivoques.

Patros.- ¡Ah, no!...Ya sé...(Entra corriendo en la casa.)

Escena II

Electra, Máximo; después, el Marqués

Máximo.- (*A distancia, abriendo un poco los brazos.*) ¡Niña!

Electra.- (*Lo mismo.*) ¡Maestro!

Máximo.- Estamos avergonzados...No sabemos qué decirnos.

Electra.- Avergonzadísimos. Empieza tú.

Máximo.- Tú...Para que se te quite la vergüenza, dime una gran mentira: que no me quieres.

Electra.- Dime tú primero una gran verdad.

Máximo.- Que te adoro. (*Se aproximan.*)

Electra.- ¡Falso, traidor! Toma esta rosa que he escogido para ti. Es pequeña y modesta. Así quisiera ser siempre para ti tu chiquilla. (*Se la pone en el ojal.*)

Máximo.- (*Con admiración.*) ¡Corazón grande, inteligencia superior!

Electra.- Aumenta corazón y rebaja inteligencia.

Máximo.- No rebajo nada.

Electra.- ¿Sabes? Quisiera yo ser muy bruta, muy cerril, para llegar a ti en la mayor ignorancia, y que pudieras tú enseñarme las primeras ideas. No quiero tener nada que no sea tuyo.

Máximo.- Ideas hermosas y sentimientos nobles te sobran. Dios te ha doblado generosamente colmándote de preciosidad, y ahora te pone en mis manos para que este obrero cachazudo te perfile, te remate, te pulimente.

Electra.- Te vas a lucir, maestro, yo te digo que te lucirás.

Máximo.- Haré una mujer buena, juiciosa, amante...¡Vaya si me luciré! (*Mira su reloj.*)

Electra.- No te detengas por mí. Miremos ante todo las obligaciones. ¿Tardarás mucho?

Máximo.- No creo...Estaré aquí cuando Evarista vuelva de misa.

Electra.- ¿Y nuestro marqués ha venido, como nos prometió?

Máximo.- En casa le dejo escribiendo una carta para su notario. ¡Incomparable amigo!...¡Ah!, ¿no sabes? Anoche, cuando volvimos a casa, le referí tu novela paterna...la novela de dos capítulos. Está el hombre indignado...Pero en ello vamos ganando, que así le tenemos a nuestra completa devoción, y con más alma y cariño nos defiende.

Electra.- (*Sorprendida.*) ¿Pero necesitamos defensa todavía?

Máximo.- En lo esencial, claro es que no...¿pero quién te asegura que los rivales de nuestro amigo no nos molestarán con dificultades, con entorpecimientos de un orden secundario?

Electra.- (*Tranquilizándose.*) De eso nos reiríamos.

Máximo.- Pero riéndonos...debemos prevenir...

Marqués.- (*Presuroso por el foro.*) ¿Aquí todavía?

Máximo.- Marqués, en sus manos encomiendo mi alma.

Marqués.- (*Riéndole cariñoso.*) ¡Que llegas tarde!

Máximo.- Ya me voy. Hasta muy luego.

Electra.- (*Viéndole salir.*) Corre...Ven pronto.

Escena III

Electra, el Marqués

Marqués.- Bien por el galán científico...¡Y qué admirable hallazgo para ti! Tu amor juvenil necesita un amor viudo, tu imaginación lozana una razón fría. Al lado de este hombre será mi niña una gran mujer.

Electra.- Seré lo que él quiera hacer de mí. (*Con gran curiosidad.*) Dígame, marqués, ¿trató usted a la pobrecita mujer de Máximo? No extrañará usted mi curiosidad...Es muy natural que desee conocer la vida anterior del hombre que amo.

Marqués.- No la traté...La vi en compañía de Máximo una, dos veces. Era vascongada, desapacible, vulgar, poco inteligente; buena esposa, eso sí. Pero no debió de ser ese matrimonio un modelo de felicidades.

Electra.- A los padres de Máximo sí les conoció usted.

Marqués.- A la madre no la vi nunca: era francesa, señora de gran mérito. Mi mujer fue su amiga. A Lázaro Yuste sí lo traté, aunque no con intimidación, en España y en Francia, allá por el 68... Hombre muy inteligente y afortunado en el negocio de minas, y con no poca suerte también, según decían, en las campañas amorosas. Era hombre de historia.

Electra.- En eso no se parece a su hijo, que es la misma corrección.

Marqués.- Bien puedes decir que te ha tocado el lote de marido más valioso y completo: cerebro de gigante, corazón de niño. Por tenerlo todo, hasta es poseedor de una buena fortuna: lo que le dejó su padre y la reciente herencia de sus tíos franceses. ¿Qué más quieres? Pide por esa boca y verás como Dios te dice: "Niña, no hay más."

Electra.- (*Suspirando fuerte.*) ¡Ay!...Y ahora dígame, señor marqués de mi alma: ¿puedo estar tranquila?

Marqués.- Absolutamente.

Electra.- ¿Y nada debo temer de las dos personas que...? Ya sabe usted que se creen con autoridad...

Marqués.- Algo podrán molestarnos quizás...Pero ya les bajaremos los humos.

Electra.- ¿El señor de Cuesta...?

Marqués.- Es el de menos cuidado. Hoy he hablado con él y espero que acabe por apoyarnos resueltamente.

Electra.- ¿El señor de Pantoja...?

Marqués.- Ese rezongará, nos dará cuantas jaquecas pueda, si se las consentimos; tocará la trompa bíblica para meternos miedo...Pero no le hagas caso.

Electra.- ¿De veras?

Marqués.- No puede nada, nada absolutamente.

Electra.- Y si me lo encuentro por ahí, ¿no tengo por qué asustarme?

Marqués.- Como te asustaría un moscardón con su zumbido mareante, que va y viene, gira y torna...

Electra.- ¡Oh, qué alivio para mi pobre espíritu! (*Con entusiasmo cariñoso.*) Señor marqués de Ronda, Dios le bendiga.

Marqués.- (*Muy afectuoso.*) ¡Pobre niña mía! Dios será contigo.

Escena IV

Los mismos; don Urbano, que viene de la casa, con sombrero

Don Urbano.- Marqués, Dios le guarde.

Marqués.- ¿Puedo hablar con usted, querido Urbano?

Don Urbano.- ¿Será lo mismo después de misa? (*A Electra.*)

Pero, chiquilla, ¿estás con esa calma? Ya tocan.

Electra.- No tengo más que ponerme el sombrero. Medio minuto, tío. (*Entra corriendo en la casa.*)

Marqués.- Fijaremos la fecha de la boda, y se extenderá en regla el acta de consentimiento.

Don Urbano.- Mejor será que trate usted ese asunto con Evarista.

Marqués.- Pero, amigo mío, ha llegado la ocasión de que usted haga frente a ciertas injerencias que anulan la autoridad del jefe de la familia.

Don Urbano.- Querido marqués, pídamle usted que altere, que trastorne todo el sistema planetario, que quite los astros de aquí para ponerlos allá; pero no me pida cosa contraria a los pareceres de mi mujer.

Marqués.- Hombre, no tanta, no tanta sumisión...Yo insisto en que debo tratar este asunto particularmente con usted, no con Evarista.

Don Urbano.- Véngase usted con nosotros a misa, y hablaremos.

Escena V

Los mismos; Electra, Evarista, Pantoja

Electra.- (*Con sombrero, guantes, libro de misa.*) Ya estoy.

Don Urbano.- Vamos. El marqués nos acompaña.

Evarista.- (*Por el fondo izquierda, seguida de Pantoja.*) Vayan pronto.

Pantoja.- Pronto, si quieren alcanzarla.

Evarista.- ¿Volverá usted, marqués?

Marqués.- ¡Oh!, seguro, infalible.

Evarista.- Hasta luego. (*Vanse Electra, el Marqués y don Urbano por el fondo izquierda.*)

Escena VI

Evarista, Pantoja, que, en actitud de gran cansancio y desaliento, se arroja en el banco de la izquierda, primer término

Evarista.- ¿Pasamos a casa?

Pantoja.- No, déjeme usted que respire a mis anchas. En la iglesia me ahogaba...El calor, el gentío...

Evarista.- Haré que le traigan a usted un refresco...¡Balbina!

Pantoja.- Gracias.

Evarista.- Una taza de tila...

Pantoja.- Tampoco. (*Sale Balbina. La señora le da la mantilla, que acaba de quitarse, y el libro de misa, y le manda que se retire.*)

Evarista.- No hay motivo, amigo mío, para tan grande aflicción.

Pantoja.- No es mi orgullo, como dicen, lo que se siente herido; es algo más delicado y profundo. Se me niega el consuelo, la gloria de dirigir a esa criatura y de llevarla por el camino del bien. Y me aflige más que usted, tan afecta a mis ideas; usted, en quien yo veía una fiel amiga y una ferviente aliada, me abandone en la hora crítica.

Evarista.- Perdone usted, señor don Salvador. Yo no abandono a usted. De acuerdo estábamos ya para custodiar, no digo encerrar, a esa loquilla en *San José de la Penitencia*, mirando a su disciplina y purificación...Pero ha surgido inopinadamente la increíble ventolera de Máximo, y yo no puedo, no puedo en modo alguno, negar mi consentimiento...Ello será una locura; allá se les haya...Pero de Máximo, como hombre de conducta, ¿qué tiene usted que decir?

Pantoja.- Nada. (*Corrigiéndose.*) ¡Oh, sí! Algo podría decir...Mas por el momento solo digo que Electra no está preparada para el matrimonio ni en disposición de elegir con acierto...No rechazo yo en absoluto su casamiento, siempre que sea con un hombre cuyas ideas no puedan serle dañosas...Pero eso vendrá después. Lo primero es que esa tierna criatura ingrese en el santo asilo, donde la probaremos, pulsaremos con exquisito tacto su carácter, sus gustos, sus afectos y, en vista de o que observemos, se determinará...(*Con altanería.*) ¿Qué tiene usted que decir?

Evarista.- (*Acobardada.*) Que para ese plan...hermosísimo, lo reconozco...no puedo ofrecer a usted mi cooperación.

Pantoja.- (*Con arrogancia, paseándose.*) De modo que, según usted, mi señora doña Evarista, si la niña quiere perderse, que se pierda; si ella se empeña en condenarse, condénese en buen hora.

Evarista.- (*Con mayor timidez, sugestionada.*) ¡Su perdición!...¿Y cómo evitarla?...¿Acaso está en mi mano?

Pantoja.- (*Con energía.*) Está.

Evarista.- ¡Oh, no!...Me falta valor para intervenir...¿Y con qué derecho?...Imposible, don Salvador, imposible...

Pantoja.- (*Afirmándose más en su autoridad.*) Sepa usted, amiga mía, que el acto de apartar a Electra de un mundo en que la cercan y amenazan innumerables bestias malignas no es despotismo, es amor en la expresión más pura del cariño paternal, que comúnmente lastima para curar. ¿Duda usted de que el fin grande de mi vida, hoy, es el bien de al pobre niña?

Evarista.- (*Acobardándose más.*) No lo dudo...No puedo dudarle.

Pantoja.- (*Con efusión y elocuencia.*) Amo a Electra con amor tan intenso que no aciertan a declararlo todas las sutilezas de la palabra humana. Desde que la vieron mis ojos, la voz de la sangre clamó dentro de mí diciéndome que esa criatura me pertenece...Quiero y debo tenerla bajo mi dominio santamente, paternalmente...Que ella me ame como aman

los ángeles...Que sea imagen mía en la conducta, espejo mío en las ideas. Que se reconozca obligada a padecer por los que le dieron la vida y, purificándose ella, nos ayude a los que fuimos malos a obtener el perdón...Por Dios, ¿no comprende usted esto?

Evarista.- (*Agobiada.*) Sí, sí. ¡Cuánto admiro su inteligencia poderosa!

Pantoja.- Menos admiración y más eficacia a favor mío.

Evarista.- No puedo...(*Se sienta, llorosa y abatida.*)

Pantoja.- Naturalmente, a usted no puede inspirar Electra el inmenso interés que a mí me inspira. (*Empleando suaves resortes de persuasión.*) Si por el pronto causara enojos a la niña su apartamiento de las alegrías mundanas, no tardará en hacerse a la paz, a la quietud venturosa...Yo la dotaré ampliamente. Cuanto poseo será para ella, para esplendor de su santa casa...Electra será nombrada superiora y, bajo mi autoridad, gobernará la congregación...(*Con profunda emoción.*) ¡Qué feliz será, Dios mío, y yo qué feliz! (*Quedase como en éxtasis.*)

Evarista.- Comprendo, sí, que, al no acceder yo a lo que usted pretende de mí, privo a esa criatura de llegar al estado más perfecto en la condición humana...Bien conoce usted mis sentimientos. ¡Con cuánto gusto trocaría la opulencia en que vivo por la gloria de dirigir oscuramente una casa religiosa de mucho trabajo y humildad! Siempre admiré a usted por su protección a *La Penitencia*; le admiré más al saber que redoblaba usted sus auxilios cuando mi pobre Eleuteria, traspasada de dolor cual nueva Magdalena, buscaba en ese instituto la paz y el perdón. En el acto de usted vi la espiritualidad más pura.

Pantoja.- Sí, cuando su desgraciada prima de usted entró en aquella casa, mi protección no solo fue más positiva, sino más espiritual. Nunca vi a Eleuteria después de convertida, pues de nadie, ni aun de mí mismo, se dejaba ver. Pero yo iba diariamente a la iglesia y platicaba en espíritu con la penitente, considerándola regenerada, como lo estaba yo. Murió la infeliz a los cuarenta y cinco años de su edad.

Gestioné el permiso de sepultura en el interior del edificio, y desde entonces protegí más la congregación, la hice enteramente mía, porque en ella reposaban los restos de la que amé. Nos había unido el delito, y ya nos unía el arrepentimiento, ella muerta, yo vivo.

Evarista.- Y ahora, el que bien podremos llamar fundador, todos los días, sin faltar uno, visita la santa casa y el cementerio humilde y poético donde reposan las hermanas difuntas...

Pantoja.- (*Vivamente.*) ¿Lo sabe?

Evarista.- Lo sé...Y ronda el patio florido, a la sombra de cipreses y adelfas...

Pantoja.- Es verdad. ¿Y cómo sabe...?

Evarista.- Ronda y divaga el fundador, rezando por sí y por la pobre pecadora, implorando el descanso de ella, el descanso suyo.

Pantoja.- ¡Oh, sí!...Allí reposarán también mis pobres huesos. (*Con gran vehemencia.*) Quiero, además, que así como mi espíritu no se aparta de aquella casa, en ella resida también, por el tiempo que fuera menester, el espíritu de Electra...No la forzaré a la vida claustral, pero si, probándola, tomase gusto a tan hermosa vida y en ella quisiese permanecer, creería yo que Dios me había concedido los favores más inefables. Allí las cenizas de la pecadora redimida, allí mi hija, allí yo, pidiendo a Dios que a los tres nos dé la eterna paz. Y cuando llegue la muerte, los tres reposando en la misma tierra, todos mis amores conmigo, y los tres en Dios...¡Oh, qué fin tan hermoso, qué grandeza y qué alegría!

Evarista.- (*Con emoción muy viva.*) ¡Grandeza, sí, idealidad incomparable!

Pantoja.- ¿Duda usted todavía de que mis fines son elevados, de que no me mueve ninguna pasión insana?

Evarista.- ¿Cómo he de dudar eso?

Pantoja.- Pues si mi plan le parece hermoso, ¿por qué no me auxilia?

Evarista.- Porque no tengo poder para ello.

Pantoja.- ¿Ni aún asegurándole que la reclusión de la niña tendrá carácter de prueba...?

Evarista.- Ni aún así. No, don Salvador, no cuente conmigo...*(Luchando con su conciencia.)* Reconozco la elevación, la hermosura de sus ideas...Con ellas simpatizo...Ecos y caricias de esas ideas siento yo en mi alma; pero algo debo también a la vida social, y en la vida social y de familia es imposible lo que usted desea.

Pantoja.- *(Disimulando su enojo.)* Está bien. Paciencia.

Pacencia. *(Caviloso y sombrío, se pasea.)*

Evarista.- *(Después de una pausa.)* ¿Qué piensa usted?...¿Renuncia...?

Pantoja.- *(Con naturalidad y firmeza.)* No, señora...

Evarista.- ¿Y cómo...?

Pantoja.- No lo sé...No me faltará una idea...Yo veré...*(Resolviéndose.)* Evarista, me hará usted el favor de escribir una carta a la superiora de *La Penitencia*.

Evarista.- Diciéndole...

Pantoja.- Que venga inmediatamente con dos hermanas...

Evarista.- ¿Por qué no le escribe usted?

Pantoja.- Porque tengo que acudir a otra parte.

Evarista.- ¿Y ello ha de ser pronto?

Pantoja.- Al instante.

Evarista.- Bien. *(Dirígese a la casa.)*

Pantoja.- Mande usted la carta sin pérdida de tiempo.

Evarista.- *(Mirando hacia el jardín.)* Parece que ya vienen...

Pantoja.- Pronto, amiga mía.

Evarista.- Ya voy...Dios nos inspire a todos. *(Entra en la casa.)*

Pantoja.- Seré con usted. *(Aparte.)* No quiero que me vean. *(Se oculta tras el macizo de la derecha, junto a la escalinata.)*

Escena VII

Pantoja, oculto; Electra, don Urbano, el Marqués, que vuelven de misa; Patros, que sale de casa

Electra.- *(Adelantándose, coge a Patros al pie de la escalinata.)* ¿Ha venido?

Patros.- No, señorita. (*Óyese canto lejano de niños jugando al corro en el jardín.*)

Electra.- Me muero de impaciencia. (*Se quita el sombrero y los guantes, y con el libro de misa los da a Patros.*) Esperaré jugando al corro con los chiquillos...Antes cogeré flores. (*Coge florecitas en el macizo de la izquierda.*)

Don Urbano.- (*A Patros.*) ¿La señora...?

Patros.- Dentro, señor.

Marqués.- Vamos allá.

Don Urbano.- Después de usted, marqués. (*Entran en la casa. Tras ellos, Patros.*)

Electra.- (*Admirando las flores que ha cogido.*) ¡Qué lindas, qué graciosas estas clemátides! (*Sale Pantoja; se asusta al verle.*) ¡Ay!

Escena VIII

Electra, Pantoja

Pantoja.- Hija mía, ¿te asustas de mí?

Electra.- ¡Ay, sí!...No puedo evitarlo...y no debiera, no...Don Salvador, dispéñeme...Me voy al corro.

Pantoja.- Aguarda un instante. ¿Vas a que los pequeñuelos te comuniquen su alegría?

Electra.- No, señor; voy a comunicársela yo a ellos, que la tengo de sobra. (*Se aleja el canto del corro de niños.*)

Pantoja.- Ya sé la causa de tu grande alegría, ya sé...

Electra.- Pues si lo sabe, no hay que decir...Hasta luego, don Salvador.

Pantoja.- (*Deteniéndola.*) ¡Ingrata! Concédeme un ratito.

Electra.- ¿Nada más que un ratito?

Pantoja.- Nada más.

Electra.- Bueno. (*Se sienta en el banco de piedra. Pone a un lado las flores y las va cogiendo para adornarse con ellas, clavándoselas en el pelo.*)

Pantoja.- No sé a qué guardas reservas conmigo sabiendo lo que me interesa tu existencia, tu felicidad...

Electra.- (*Sin mirarle, atenta a ponerse las florecillas.*) Pues si le interesa mi felicidad, alégrese conmigo: soy muy dichosa.

Pantoja.- Dichosa hoy. ¿Y mañana?

Electra.- Mañana más...Y siempre más, siempre lo mismo.

Pantoja.- La alegría verdadera y constante, el gozo indestructible, no existen más que en el amor eterno, superior a las inquietudes y miserias humanas.

Electra.- (*Adornado ya el cabello, se pone flores en el cuerpo y talle.*) ¿Salimos otra vez con la tecla de que yo he de ser ángel...? Soy muy terrestre, don Salvador. Dios me hizo mujer, pues no me puso en el cielo, sino en la tierra.

Pantoja.- Ángeles hay también en el mundo, ángeles son los que, en medio de los desórdenes de la materia, saben vivir del espíritu.

Electra.- (*Mostrando su cuello y talle adornados de florecillas. Óyese más claro y próximo el corro de niños.*) ¿Qué tal? ¿Parezco un ángel?

Pantoja.- Lo pareces siempre. Yo quiero que lo seas.

Electra.- Así me adorno para divertir a los chiquillos. ¡Si viera usted cómo se ríen! (*Con una triste idea súbita.*) ¡Sabe usted lo que parezco ahora? Pues un niño muerto. Así adornan a los niños cuando los llevan a enterrar.

Pantoja.- Para simbolizar la ideal belleza del Cielo adonde van.

Electra.- (*Quitándose las flores.*) No, no quiero parecer niño muerto. Creería yo que me llevaba usted a la sepultura.

Pantoja.- Yo no entierro, no. Quisiera rodearte de luz. (*Se va apagando y cesa el canto de los niños.*)

Electra.- También ponen luces a los niños muertos.

Pantoja.- Yo no quiero tu muerte, sino tu vida; no una vida inquieta y vulgar, sino dulce, libre, elevada, amorosa, con eterno y puro amor.

Electra.- (*Confusa.*) ¿Y por qué desea usted para mí todo eso?

Pantoja.- Porque te quiero con un amor de calidad más excelsa que todos los amores humanos. Te haré comprender mejor la grandeza de este cariño diciéndote que, por evitarte un padecer leve, tomaría yo para mí los más espantosos que pudieran imaginarse.

- Electra.- (*Atontada, sin entender bien.*) Abnegación es eso.
- Pantoja.- Considera cuánto padeceré ahora viendo que no puedo evitarte una penita, un sinsabor...
- Electra.- ¡A mí!
- Pantoja.- A ti.
- Electra.- ¡Una penita...!
- Pantoja.- Una pena...que me aflige más por ser yo quien he de causártela.
- Electra.- (*Rebelándose, se levanta.*) ¡Penas!...No, no las quiero. ¡Guárdeselas usted!...No me traiga más que alegrías.
- Pantoja.- (*Condolido.*) Bien quisiera, pero no puede ser.
- Electra.- ¡Oh...ya estoy aterrada! (*Con súbita idea que la tranquiliza.*) ¡Ah!...Ya entiendo...¡Pobre don Salvador! Es que quiere decirme algo malo de Máximo, algo que usted juzga malo en su criterio, y que, según el mío, no lo es...No se canse...yo no he de creerlo...(*Precipitándose en la emisión de la palabra, sin dar tiempo a que hable Pantoja.*) Es Máximo el hombre mejor de mundo, el primero, y a todo el que diga una palabra contraria a esta verdad le detesto, le...
- Pantoja.- Por Dios, déjame hablar...no seas tan viva...Hija mía, yo no hablo mal de nadie, no aun de los que me aborrecen. Máximo es bueno, trabajador, inteligentísimo...¿Qué más quieres?
- Electra.- (*Gozosa.*) Así, así.
- Pantoja.- Digo más: te digo que puedes amarle, que es tu deber amarle...
- Electra.- (*Con gran satisfacción.*) ¡Ah!...
- Pantoja.- Y amarle entrañablemente...(*Pausa.*) Él no es culpable, no.
- Electra.- ¡Culpable! (*Alarmada otra vez.*) Vamos, ¿a que acabará usted por decir de él alguna picardía?
- Pantoja.- De él, no.
- Electra.- ¿Pues de quién? (*Recordando.*) ¡Ah!...Ya sé que el padre de Máximo y usted fueron terribles enemigos...También me han dicho que aquel buen señor,

honradísimo en los negocios, fue un poquito calavera...ya usted me entiende...Pero eso a mí nada me afecta.

Pantoja.- Inocentísima criatura, no sabes lo que dices.

Electra.- Digo que aquel...excelente hombre...

Pantoja.- Lázaro Yuste, sí. Al nombrarle, tengo que asociar su triste memoria a la de una persona que no existe...muy querida para ti..

Electra.- (*Comprendiendo y no queriendo comprender.*) ¡Para mí!

Pantoja.- Persona que no existe, muy querida para ti. (*Pausa. Se miran.*)

Electra.- (*Con terror, en voz apenas perceptible.*) ¡Mi madre! (*Pantoja hace signos afirmativos con la cabeza.*) ¡Mi madre! (*Atónita, deseando y temiendo la explicación.*)

Pantoja.- Han llegado los días del perdón. Perdonemos.

Electra.- (*Indignada.*) ¡Mi madre, mi pobre madre! No la nombran más que para deshonrarla...y la denigran los mismos que la envilecieron. Quisiera tenerlos en mi mano para deshacerlos, para destruirlos, y no dejar de ellos ni un pedacito así.

Pantoja.- Tendrías que empezar tu destrucción por Lázaro Yuste.

Electra.- ¡El padre de Máximo!

Pantoja.- El primer corruptor de la desgracia Eleuteria.

Electra.- ¿Quién lo asegura?

Pantoja.- Quién lo sabe.

Electra.- ¿Y...? (*Se miran. Pantoja no se atreve a explicar su idea.*)

Pantoja.- ¡Oh, triste de mí! No debí, no, no debí hablar de esto. Diera yo por callarlo, por ocultártelo, los días que me quedan de vida. Ya comprenderás que no podía ser...Mi cariño me ordena que hable.

Electra.- (*Angustiada.*) ¡Y tendré yo que oírlo!

Pantoja.- He dicho que Lázaro Yuste fue...

Electra.- (*Tapándose los oídos.*) No quiero, no quiero oírlo.

Pantoja.- Tenía entonces tu madre la edad que tú tienes ahora: dieciocho años.

Electra.- (*Airada, rebelándose.*) No creo...Nada creo.

Pantoja.- Era una joven encantadora, que sufrió con dignidad aquel grande oprobio...

Electra.- (*Rebelándose con más energía.*) ¡Cállese usted!...No creo nada, no creo.

Pantoja.- Aquel grande oprobio, el nacimiento de Máximo.

Electra.- (*Espantada, descompuesto el rostro, se retira hacia atrás, mirando fijamente a Pantoja.*) ¡Ah!...

Pantoja.- Procediendo con cierta nobleza, Lázaro cuidó de ocultar la afrenta de su víctima...recogió al pequeñuelo...llevóle consigo a Francia...

Electra.- La madre de Máximo fue una francesa, Josefina Pret...

Pantoja.- Su madre adoptiva...su madre adoptiva...su madre adoptiva. (*Mayor espanto de Electra.*)

Electra.- (*Oprimiéndose el cráneo con ambas manos.*) ¡Horror! El cielo se cae sobre mí...

Pantoja.- (*Dolorido.*) ¡Hija de mi alma, vuelve a Dios tus ojos!

Electra.- (*Trastornada.*) Estoy soñando...Todo lo que veo es mentira, ilusión. (*Mirando aquí y allí con ojos espantados.*)

Mentira estos árboles, esa casa...ese cielo...Mentira usted...usted no existe...es un monstruo de pesadilla...(*Golpeándose el cráneo.*) Despierta, mujer infeliz, despierta.

Pantoja.- (*Tratando de sosegarla.*) ¡Electra, querida niña, alma inocente!...

Electra.- (*Con grito del alma.*) ¡Madre, madre mía!...la verdad, dime la verdad...(*Fuera de sí, recorre la escena.*) ¿Dónde estás, madre?...Quiero la muerte o la verdad...Madre, ven a mí...¡Madre, madre! (*Sale disparada por el fondo y se pierde en la espesura lejana. Suena próximo el canto de los niños jugando al corro.*)

Escena IX

Pantoja; don Urbano, el Marqués, por la casa, presurosos.
Tras ellos, Balbina y Patros

Don Urbano.- ¿Qué ocurre?

Marqués.- Oímos gritar a Electra.

Balbina.- Y salió corriendo por el jardín.

Patros.- Por aquí. (*Alarmadas las dos, corren y se internan en el jardín.*)

Marqués.- (*Mirando por entre la espesura.*) Allá va...Corre...continúa gritando...¡Oh, niña de mi alma! (*Corre al jardín.*)

Don Urbano.- ¿Qué es esto?

Pantoja.- Ya os lo explicaré...Aguarde usted. Dispongamos ahora...

Don Urbano.- ¿Qué?

Pantoja.- (*Tratando de ordenar sus ideas.*) Deje usted que lo piense...Será preciso traerla a casa...Vaya usted...

Don Urbano.- (*Mirando hacia el jardín.*) Llega Máximo...

Pantoja.- (*Contrariado.*) ¡Oh, qué inoportunamente!

Don Urbano.- Los niños corren hacia él...Parece que le informan...electra se dirige a al gruta. Máximo va hacia la niña...Electra huye de él...Hablan el marqués y mi sobrino acaloradamente.

Pantoja.- Vaya usted...Cuide de que Máximo no intervenga...

Don Urbano.- Voy. (*Se interna en el jardín.*)

Pantoja.- Temo alguna contrariedad. Si yo pudiera...(*Queriendo ir y sin atreverse.*)

Balbina.- (*Volviendo presurosa del jardín.*) ¡Pobre niña!...Clamando por su madre...Se h asentado en la boca de la gruta, rodeada de los niños...y no hay quien la mueva de allí...

Pantoja.- ¿Y Máximo?

Balbina.- Lleno de confusión, como todos nosotros, que no entendemos..Voy a dar parte a la señora...

Pantoja.- No, no. ¿Han venido al superiora y las hermanas?

Balbina.- Allí están.

Pantoja.- No diga usted nada a la señora. Entre en la casa y espere mis órdenes.

Balbina.- Bien, señor.

Pantoja.- (*Indeciso y como asustado.*) Por primera vez en mi vida no acierto a tomar una resolución. Iré allá. (*Al fondo del*

jardín.) No...¿Esperaré? Tampoco. (*Resolviéndose.*) Voy. (*A los pocos pasos le detiene Máximo, que muy agitado y colérico viene del jardín.*)

Escena X

Pantoja, Máximo

Máximo.- (*Con ardiente palabra en toda la escena.*) Alto...Me dice el marqués que de aquí, después de una larga conversación con usted, salió Electra en ese terrible desvarío.

Pantoja.- (*Turbado.*) Aquí...cierto...hablamos...La niña...

Máximo.- Mordida fue el monstruo.

Pantoja.- Tal vez...Pero el monstruo no soy yo. Es un monstruo terrible, que se alimenta de los hechos humanos. Se llama la Historia. (*Queriendo marcharse.*) Adiós.

Máximo.- (*Le coge fuertemente por un brazo.*) ¡Quieto!...Va usted a repetir ahora mismo, ahora mismo, lo que ha dicho a Electra ese monstruo de la Historia para ponerla en tan gran turbación...

Pantoja.- (*Sin saber qué decir.*) Yo...ante todo, conviene asentar previamente que...

Máximo.- No quiero preámbulos...La verdad concreta, exacta, precisa...Usted ha ofendido a Electra, usted ha trastornado su entendimiento...¿Con qué palabras, con qué ideas? Necesito saberlo pronto, pronto. Se trata de la mujer que es todo para mí en el mundo.

Pantoja.- Para mí es más: es los cielos y la tierra.

Máximo.- Sepa yo al instante la maquinación que ha tramado usted contra esa pobre huérfana, contra mí, contra los dos, unidos ya eternamente por la efusión de nuestras almas; sepa yo qué veneno arrojó usted en el oído de la que puedo y debo llamar ya mi mujer. (*Pantoja hace signos dubitativos.*) ¿Qué dice? ¿Qué no será mi mujer?...¡Y se burla!

Pantoja.- No he dicho nada.

Máximo.- (*Estallando en ira, con gran violencia le acomete.*) Pues por ese silencio, por esa burla, máscara de un egoísmo tan grande que no cabe en el mundo; por esa virtud verdadera o falsa, no lo sé, que en la sombra y sin ruido lanza el rayo que

nos aniquila (*Le agarra por el cuello, le arroja sobre el banco.*); por esa dulzura que envenena, por esa suavidad que estrangula, confúndate Dios, hombre grande o rastrero, águila o serpiente o lo que seas.

Pantoja.- (*Recobrando el aliento.*) ¡Qué brutalidad!...¡Infame!, loco!...

Máximo.-Sí, lo soy. Usted a todos nos enloquece. (*Reponiéndose de su ira.*) ¿Quién sino usted ha tenido el poder diabólico de desvirtuar mi carácter, arrastrándome a estas cóleras terribles? Sin darme cuenta de ello, he atropellado a un ser débil y mezquino, incapaz de responder a la fuerza con la fuerza.

Pantoja.- (*Incorporándose.*) Con la fuerza respondo. (*Volviendo a su ser normal, se expresa con una calma sentenciosa.*) Tú eres la fuerza física, yo soy la fuerza espiritual. (*Máximo le mira atónito y confuso.*) Puedo yo más que tú, infinitamente más. ¿Lo dudas?

Máximo.- ¿Qué puede más?

Pantoja.- La ira te sofoca, el orgullo te ciega. Yo, maltratado y escarnecido, recobro fácilmente la serenidad; tú no, tú tiemblas, Máximo; tú, que eres la fuerza, tiemblas.

Máximo.- Es la ira, que aún está vibrando...No la provoque usted.

Pantoja.- (*Cada vez más dueño de sí.*) Ni la provoco ni la temo...porque tú me maltratas y yo te perdono.

Máximo.- ¡Que me perdona!...¡a mí! Se empeña usted en que yo sea homicida y lo conseguirá.

Pantoja.- (*Con serena y fría gravedad, sin jactancia.*) Enfurécete, grita, golpea...Aquí me tienes inconmovible...no hay fuerza humana que me quebrante, no hay poder que me aparte de mis caminos. Injúriame, hiéreme, mátame: no me defiendo. El martirio no me arredra. Podrá la barbarie destruir mi pobre cuerpo, que nada vale; pero lo que hay aquí, (*En su mente.*) ¿quién lo destruye? Mi voluntad, de Dios abajo, nadie la mueve. Y si acaso mi voluntad quedase aniquilada por la

muerte, la idea que sustento siempre quedará viva, triunfante...

Máximo.- No veo, no puedo ver ideas grandes en quien no tiene grandeza, en quien no tiene piedad, ni ternura ni compasión.

Pantoja.- Mis fines son muy altos. Hacia ellos voy...por los caminos posibles.

Máximo.- (*Aterrado.*) ¡Por los caminos posibles! Hacia Dios no se va más que por uno: el del bien. (*Con exaltación.*) ¡Oh, Dios! Tú no puedes permitir que a tu reino se llegue por callejuelas oscuras, ni que a tu gloria se suba pisando los corazones que te aman...¡No, Dios, no permitas eso, no, no! Antes que ver tal absurdo, veamos toda la naturaleza en espantosa ruina, desquiciada y rota toda la máquina del universo.

Pantoja.- Sacrílego, ofendes a Dios con tus palabras.

Máximo.- Más le ofende usted con sus hechos.

Pantoja.- Basta. No he de disputar contigo...Nada más tengo que decirte.

Máximo.- ¿Nada más? ¡Si le falta todo! (*Le coge vigorosamente por un brazo.*) Ahora va usted conmigo en busca de Electra y, en presencia de ella, o esclarece usted mis dudas y me saca de esta ansiedad horrible, perece usted y perezco yo...y perecemos todos...Lo juro por la memoria de mi madre.

Pantoja.- (*Después de mirarle fijamente.*) Vamos. (*Al dar los primeros pasos, sale Evarista de la casa.*)

Escena XI

Los mismos, Evarista; tras ella, la Superiora y dos Hermanas de La Penitencia; después, Patros

Evarista.- ¿Qué ocurre, Máximo?...He sentido tu voz airada.

Máximo.- Este hombre...Venga usted, venga usted, tía. (*Aparecen la Superiora y las Hermanas. Se alarma Máximo al verlas.*) ¡Oh!...¡Esas mujeres! (*Llega Patros del jardín, presurosa.*)

Patros.- (*Apenada, lloriqueando.*) Señora, la señorita ha perdido la razón...Corre, huye, vuela llamando a su madre...A los que queremos consolarla, ni nos oye ni nos ve.

Evarista.- (*Avanzando hacia el jardín.*) ¡Niña de mi alma!

Máximo.- (*Mirando al fondo.*) Ya viene. (*Suelta a Pantoja y corre al jardín.*)

Patros.- El señor y el señor marqués han logrado reducirla y a casa la traen...(*Aparece Electra, conducida por don Urbano y el Marqués; junto a ellos, Máximo. Al ver a los que están en escena hace alguna resistencia. Suave y cariñosamente la obligan a aproximarse. Trae el pelo y seno adornado con florecillas.*)

Escena XII

Electra, Máximo, Evarista, Pantoja, don Urbano, el Marqués, Patros, La Superiora y Hermanas

Evarista.- Hija mía, ¿qué delirio es ese?

Máximo.- (*Acudiendo a ella cariñoso.*) Alma mía, ven, escúchame. Mi cariño será tu razón.

Electra.- (*Se aparta de Máximo con movimiento pudoroso. Su desvarío es sosegado, sin gritos ni carcajadas. Lo expresa con acentos de dolor resignado y melancólico.*) No te acerques. Yo no soy tuya, no, no...

Máximo.- ¿Por qué huyes de mí? ¿Adónde vas sin mí...?

Pantoja.- (*Que ha pasado a la derecha, junto a Evarista.*) A la verdad, a la eterna paz.

Electra.- Busco a mi madre. ¿Sabéis dónde está mi madre?...La vi en el corro de los niños...Fue después hacia la mimosa que hay a la entrada de la gruta...Yo tras ella, sin alcanzarla...Me miraba y huía...(*Óyese lejano el canto de niños en el corro.*)

Marqués.- ¿Ves a Máximo? Será tu esposo...

Máximo.- (*Con vivo afán.*) Nadie se opone; no hay razón ni fuerza que lo impidan, Electra, vida mía.

Electra.- (*Imponiendo silencio.*) Ya no hay esposos ni esposas...¡Oh, qué triste está mi alma!...Ya no hay más que padres y hermanos, muchos hermanos...¡Qué grande es el

mundo y qué solo está, qué vacío! Por sobre él pasan unas nubes negras...las ilusiones que fueron mías y ahora son...de nadie...no son ilusiones de nadie...¡Qué soledad! Todo se apaga, todo llora...El mundo se acaba...se acaba. (*Con arrebatado de miedo.*) Quiero huir, quiero esconderme. No quiero padres, no quiero hermanos...Quiero ir con mi madre. ¿Dónde está su sepulcro? Allí, juntas las dos, juntas mi madre y yo, yo le contaré mis penas y ella me dirá las verdades...las verdades.

Pantoja.- (*Aparte, a Evarista.*) Es la ocasión. Aprovechémosla.

Evarista.- Hija mía, te llevaremos a la paz, al descanso.

Máximo.- No es esa la paz. El descanso y la razón están aquí.

Electra es mía. (*Evarista hace por llevársela.*) Yo la reclamo.

Electra.- Máximo, adiós. No te pertenezco; pertenezco a mi dolor...Mi madre me llama a su lado. (*Ansiosa, expresando una atención intensísima.*) Oigo su voz...

Máximo.- ¡Su voz!

Electra.- ¡Silencio!...Me llama, me llama. (*Con alegría, delirando.*)

Evarista.- ¡Hija, vuelve en ti!

Electra.- ¿Oís?...Voy, madre mía. (*Corre hacia las Hermanas.*)

Vamos. (*A Máximo, que quiere seguirla.*) Yo sola...Me llama a mí sola. A ti no...A mí sola. ¿No oís la voz que dice: ¡Eleeeectra!"....? Voy a ti, madre querida. (*Las Hermanas, Evarista y Pantoja la rodean.*)

Máximo.- ¡Iniquidad! Para poder robármela le han quitado la razón. (*Quiere desprenderse de los brazos del Marqués y Don Urbano.*)

Marqués.- No la pierdas tú también. (*Conteniéndole.*)

Don Urbano.- Calma.

Marqués.- Déjala ahora...Ya la recobraremos.

Máximo.- ¡Ah! (*Como asfixiándose.*) Devolvedme a la verdad, devolvedme a la ciencia. Este mundo incierto, mentiroso, no es para mí.

Fin del acto cuarto.

ACTO QUINTO

Telón corto. Sala locutorio en San José de la Penitencia. Puertas laterales; al fondo, un ventanal de donde se ve el patio

Escena primera

Evarista, Sor Dorotea

Evarista.- (*Entrando con la monja.*) ¿Don Salvador...?

Dorotea.- Ha llegado hace un rato; en el despacho, con la superiora y la hermana contadora.

Evarista.- Allí le encontrará Urbano. Mientras ellos hablan allá, cuénteme usted, hermana Dorotea, lo que hace, piensa y dice la niña. Ha sido muy feliz la elección de usted, tan dulce y simpática, para acompañarla de continuo y ser su amiga, su confidente en esta soledad.

Dorotea.- Electra me distingue con su afecto, y no contribuyo poco, la verdad, a sosegar su alma turbada.

Evarista.- (*Señalando la sien.*) ¿Y cómo está de...?

Dorotea.- Muy bien, señora. Su juicio ha recobrado la claridad y ya estaría reparada totalmente de aquel trastorno, si no conserva la idea fija de querer ver a su madre, de hablarle y esperar de ella la solución de su ignorancia y de sus dudas. Todo el tiempo que le dejan libre sus obligaciones religiosas, y algo más que ella se toma, lo pasa embebecida en el patio donde tenemos nuestro campo santo y en la huerta cercana. Allí, como en nuestro dormitorio, la idea de su madre absorbe su espíritu.

Evarista.- Dígame otra cosa: ¿se acuerda de Máximo? ¿Piensa en él?

Dorotea.- Sí, señora; pero en el rezo y en la meditación su pensamiento cultiva la idea de quererle como hermano, y al fin, según hoy me ha dicho, espera conseguirlo.

Evarista.- ¡Su pensamiento! Falta que el corazón responda a esa idea. Bien podría resultar todo conforme a su buen propósito, si la desgracia ocurrida anteayer no torciera los acontecimientos...

Dorotea.- ¡Desgracia!

Evarista.- Ha muerto nuestro grande amigo don Leonardo Cuesta, el agente de bolsa.

Dorotea.- No sabía...

Evarista.- ¡Qué lástima de hombre! Hace días se sentí mal...presagiaba su fin. Salió el lunes muy temprano y en la calle perdió el conocimiento. Lleváronle a su casa, y falleció a las tres de la tarde.

Dorotea.- ¡Pobre señor!

Evarista.- En su testamento, Leonardo instituye a Electra heredera de la mitad de su fortuna...

Dorotea.- ¡Ah!

Evarista.- Pero con la expresa condición de que la niña ha de abandonar la vida religiosa. ¿Sabe usted si está enterado de estas cosas don Salvador?

Dorotea.- Supongo que sí, porque él todo lo sabe, y lo que no sabe lo adivina.

Evarista.- Así es.

Dorotea.- (*Viendo llegar a don Urbano.*) El señor don Urbano.

Escena II

Las mismas; don Urbano

Evarista.- ¿Le has visto?

Don Urbano.- Sí. Allí le dejo trabajando en el despacho, con un tino, con una fijeza de atención que pasman. ¡Qué cabeza!

Evarista.- ¿Tiene noticia de la última voluntad del pobre Cuesta?

Don Urbano.- Sí.

Evarista.- (*A don Urbano.*) ¿Encontraste a nuestro buen amigo muy contrariado?

Don Urbano.- Si lo está, no se le conoce. Es tal su entereza que no en los casos más aflictivos deja salir al rostro las emociones de su alma grande...

Evarista.- (*Con entusiasmo, interrumpiéndole.*) Sí que domina las humanas flaquezas, y como un águila sube y sube más arriba de donde estallan las tempestades.

Don Urbano.- Preguntado por mí acerca de sus esperanzas de retener a Electra, ha respondido sencillamente, con más sinceridad que jactancia: "Confío en Dios".

Evarista.- ¡Qué grandeza de alma! ¿Y sabía que el marqués y Máximo son los testamentarios?...

Don Urbano.- Sabía más. Recibió al mediodía una carta de ellos anunciándole que esta tarde vendrán, acompañados de un notario, a requerir a la niña para que declare si acepta o rechaza la herencia.

Evarista.- ¿Y ante esa conminación...?

Don Urbano.- Nada; tan tranquilo el hombre, repitiendo la fórmula que le pinta de un solo trazo: "Confío en Dios".

Escena III

Los mismos; Máximo, Marqués, por la izquierda

Marqués.- Aquí guardaremos.

Máximo.- (*Viendo a Evarista.*) ¡Ay, quién está aquí!...Tía... (*La saluda con afecto.*)

Evarista.- (*Respondiendo al saludo del Marqués.*) Marqués...¿Con que al fin hay esperanzas de ganar batalla?

Marqués.- No lo sé...Luchamos con una fiera de muchísimo sentido.

Evarista.- ¿Y tú, Máximo, crees...?

Máximo.- Que el monstruo sabe mucho y es maestro consumado en estas lides. Pero...confío en Dios.

Evarista.- ¿Tú también...?

Máximo.- Naturalmente: en Dios confía quien adora la verdad. Por la verdad combatimos. ¿Cómo hemos de suponer que Dios nos abandone? No puede ser, tía.

Don Urbano.- Al pasar por estos patios, ¿has visto a Electra?

Máximo.- No.

Dorotea.- (*Asomada al ventanal.*) Ahora pasa. Viene del cementerio.

Máximo.- (*Corriendo al ventanal con don Urbano.*) ¡Ah, qué triste, qué hermosa! La blancura de su hábito le da el aspecto de una aparición. (*Llamándola.*) ¡Electra!

Don Urbano.- Silencio.

Máximo.- No puedo contenerme. (*Vuelve a mirar.*) ¿Pero vive?...¿Es ella en su realidad primorosa o una imagen mística digna de los altares?...Ahora vuelve...eleva sus miradas al cielo...Si la viera desvanecerse en los aires como una sombra, no me sorprendería...Baja los ojos...detiene el paso...¿Qué pensará? (*Sigue contemplando a Electra.*)

Marqués.- (*Que ha permanecido en el proscenio con Evarista.*) Sí, señora: falso de toda falsedad.

Evarista.- Mire usted lo que dice...

Marqués.- O el venerable don Salvador se equivoca o ha dicho a sabiendas lo contrario de la verdad, movido de razones y fines a que no alcanzan nuestras limitadas inteligencias.

Evaristas.- Imposible, marqués. ¡Un hombre tan justo, de tan pura conciencia, de ideas tan altas, faltar a la verdad...!

Marqués.- ¿Y quién nos asegura, señora mía, que en el arcano de esas conciencias exaltadas no hay una ley moral cuyas sutilezas están muy lejos de nuestro alcance? Absurdos hay en la vida del espíritu como en la naturaleza, donde vemos mil fenómenos cuyas causas no son las que lo parecen.

Evarista.- ¡Oh, no pueden ser, y no y no! Casos hay en que la mentira allana los caminos del bien, ¿Pero hemos llegado a un caso de estos? No, no.

Marqués.- Para que usted acabe de formar su juicio, óigame lo que voy a decirle: Virginia me asegura que de Josefina Pret, sin que en ello pueda haber mistificación ni engaño...nació el hombre que ve usted ahí...Y lo prueba, lo demuestra como el problema más claro y sencillo. Además, yo he podido comprobar que Lázaro Yuste faltó de Madrid desde el 63 al 66.

Evarista.- Con todo, marqués, no cabe en mi cabeza...

Marqués.- (*Viendo aparecer a Pantoja por la derecha.*) Aquí está.

Máximo.- (*Viendo al proscenio.*) Ya está aquí la fiera.

Dorotea.- Con permiso de los señores, me retiro. (*Se va por la izquierda. Pantoja permanece un instante en la puerta.*)

Escena IV

Evarista, Máximo, Don Urbano, el Marqués, Pantoja

Pantoja.- (*Avanzando despacio.*) Señores, perdónenme si les he hecho esperar.

Máximo.- Enterado el señor de Pantoja del objeto que nos trae a *La Penitencia*, no necesitaremos repetirlo.

Marqués.- (*Benigno.*) No lo repetiremos por no mortificar a usted, que ya dará por perdida la batalla.

Pantoja.- (*Sereno, sin jactancia.*) Yo no pierdo nunca.

Máximo.- Es mucho decir.

Pantoja.- Y aseguro que Electra, que sabe ya despreciar los bienes terrenos, no acepta la herencia.

Máximo.- (*Conteniendo su ira.*) ¡Oh!...

Evarista.- Ya lo ves: este hombre no se rinde.

Pantoja.- No me rindo...nunca, nunca.

Máximo.- Ya lo veo. (*Sin poder contenerse.*) Hay que matarle.

Pantoja.- Venga esa muerte.

Marqués.- No llegaremos a tanto.

Pantoja.- Lleguen ustedes a donde quieren, siempre me encontrarán en mi puesto, incommovible.

Marqués.- Confiamos en la ley.

Pantoja.- Confío en Dios.

Máximo.- La ley es Dios...o debe serlo.

Pantoja.- ¡Ah, señores de la ley!, yo les digo que Electra, adaptándose fácilmente a esta vida de pureza, encariñada ya con la oración, con la dulce paz religiosa, no desea, no, abandonar esta casa.

Máximo.- (*Impaciente.*) ¿Podremos verla?

Pantoja.- Ahora precisamente, no.

Máximo.- (*Queriendo protestar airadamente.*) ¡Oh!

Pantoja.- Tenga usted calma.

Máximo.- No puedo tenerla.

Evarista.- Es la hora del coro. Quiere decir don Salvador que después del rezo...

Pantoja.- Justo...Y para que se persuadan de que nada temo, pueden traer, a más de notario, al señor delegado del gobierno. Mandaré abrir las puertas del edificio...Permitiré a ustedes que hablen cuanto gusten con Electra y, si ella quiere salir, salga en buena hora...

Marqués.- ¿Lo hará usted como lo dice?

Pantoja.- ¿Cómo no, si confío en Dios? (*Se miran en silencio Pantoja y Máximo.*)

Máximo.- Yo también.

Pantoja.- Pues si confía, aquí le espero.

Marqués.- Volveremos esta tarde. (*Coge a Máximo por el brazo.*)

Pantoja.- Y nosotros, a la iglesia. (*Salen don Urbano, Evarista y Pantoja.*)

Escena V

El Marqués, Máximo, que recorre la escena muy agitado, con inquietud impaciente y recelosa

Marqués.- ¿Qué dices a esto?

Máximo.- Que ese hombre, de superior talento para fascinar a los débiles y burlar a los fuertes, nos volverá locos. Yo no soy para esto. En luchas de tal índole, voluntades contra voluntades, yo me siento arrastrado a la violencia.

Marqués.- ¿Qué harías, pues?

Máximo.- Llevármela de grado o por fuerza. Si no tengo poder bastante, buscarlo, adquirirlo, comprarlo; traer amigos, cómplices, un escuadrón, un ejército...(*Con creciente calor y brío.*) Renacen en mí los tiempos románticos y las ferocidades del feudalismo.

Marqués.- ¿Y eso piensa y dice un hombre de ciencia?

Máximo.- Los extremos se tocan. (*Exaltándose más.*) A ese hombre, a ese monstruo...hay que matarlo.

Marqués.- No tanto, hijo. Imitémosle, seamos como él, astutos, insidiosos, perseverantes.

Máximo.- (*Con brío y elocuencia.*) Seamos como yo, sinceros, claros, valientes. Vayamos a cara descubierta contra el enemigo. Destruyémosle, si podemos, o dejémonos destruir por él...pero de una vez, en una sola acción, en una sola embestida, en un solo golpe...O él o nosotros...

Marqués.- No, amigo mío. Tenemos que ir con pulso. Es forzoso que respetemos el orden social en que vivimos.

Máximo.- Y este orden social en que vivimos nos envolverá en una red de mentiras y de argucias, y en esa red perecemos ahogados, sin defensa alguna...manos y cuello cogidos en las mallas de mil y mil leyes caprichosas, de mil y mil voluntades falaces, alevés, corrompidas.

Marqués.- Cálmate. Preparemos el ánimo para lo que esta tarde nos espera. Preveamos los obstáculos para pensar con tiempo en la manera de vencerlos... ¿Qué sucederá cuando digamos a Electra que tú y ella no nacisteis de la misma madre?

Máximo.- ¿Qué ha de suceder? Que no nos creará...que en su mente se ha petrificado el error y será imposible destruirlo. ¿Sabe usted lo que puede la sugestión continua, lo que puede el ambiente de esta casa sobre las ideas de los que en ella habitan?

Marqués.- Emplearemos, pues, medios eficaces...

Máximo.- (*Con mayor violencia.*) Eficacísimos, sí: pegar fuego a esta casa, pegar fuego a Madrid...

Marqués.- No disparates...En el caso de que la niña no quiera salir, nos la llevaremos a la fuerza.

Máximo.- (*Muy vivamente hasta el fin.*) O la fuerza vencedora o la desesperación vencida...Moriré yo, morirá ella, moriremos todos.

Marqués.- Morir no: vivamos muy despiertos. Preparémonos para lo peor. Ya tengo las llaves para entrar por la calle Nueva. La hermana Dorotea nos pertenece...¡Chitón!

Máximo.- ¡A la violencia!

Marqués.- ¡Astucia, caciquismo!

Máximo.- ¡Por el camino derecho!

Marqués.- ¡Por el camino sesgado! (*Cogiéndole del brazo.*) Y vámonos, que nuestra presencia aquí puede infundir sospechas. (*Llevándosele.*)

Máximo.- Vámonos, sí.

Marqués.- Confía en mí.

Máximo.- Confío en Dios.

Mutación

Patio en San José de la Penitencia. A la derecha, un costado de la iglesia, con ventanales, por donde se trasluce la claridad interior. A la izquierda, portalón por donde se pasa a otro patio, que se supone comunica con la calle. Al fondo, entre la iglesia y las construcciones de la izquierda, un gran arco rebajado, tras el cual se ve en último término el cementerio de la congregación. Noche oscura.

Escena VI

Electra, Sor Dorotea

Dorotea.- Tan cierto como esta es noche, dos caballeros han venido a la casa con propósitos de llevarte al mundo. ¿No lo crees?

Electra.- ¿Dos caballeros? Antes que me digas sus nombres mi corazón los adivina: Máximo y el marqués de Ronda... Si es verdad que quieren llevarme consigo, me ponen en grande turbación. Desde que vine a esta santa casa emprendí, como sabes, la gran batalla de mi espíritu. Trato, con la ayuda de Dios, de transformar en amor fraternal el amor de un orden muy distinto que arrebató mi alma. Encendido en mí con tal violencia aquel fuego del sol, no es tarea fácil convertirlo en fría claridad de luna... Pero al fin, el continuo meditar, el desmayo del corazón y las ideas dulces que Dios me envía me van dando fuerzas para vencer en la batalla.

Dorotea.- Hermana mía, si en ti sientes al fortaleza del amor nuevo, ¿por qué temes ver a Máximo?

Electra.- Porque viéndole, pienso que todo el terreno ganado lo perderé en un solo instante.

Dorotea.- (*Incrédula.*) ¿Y estás segura de haber ganado algún terreno?

Electra.- ¡Oh, sí!, alguno...no mucho todavía.

Dorotea.- Entiendo, querida hermana, que el ver a la persona te servirá para probar si, en efecto, puedes...

Electra.- (*Vivamente.*) ¡Oh, no me lo digas!...Tal como hoy me encuentro, en los principios de la lucha, junto a él no tendría mi conciencia ni un instante de tranquilidad...¡Jesús mío!, forcejeo con dos imposibles: no podré quererle como esposo. (*Aterrada.*) ¡Qué suplicio...! Al mundo no, no...Prefiero estar aquí, en esta soledad de muerte, en este laboratorio de i alma, y junto a este crisol divino en el cual estoy fundiendo un vivir nuevo.

Dorotea.- No esperes, Electra, que tus propias ideas te den la paz. Confía en Dios y en las personas que Dios te envía. (*Resolviéndose a mayor claridad.*) Hermana mía, no tiembles ante el que crees tu hermano. Alguien quizás negará que lo sea.

Electra.- (*Muy excitada.*) Calla, calla...En asunto tan delicado, toda palabra que no traiga la certidumbre es palabra ociosa y cruel, que no calma sino que enloquece...Dios mío, dame la muerte o la verdad.

Dorotea.- Sosiégate...

Electra.- (*Exaltándose más.*) Todas las confusiones que al venir aquí me atormentaron, ahora renacen...Ángeles y demonios se atropellan en mi pensamiento...Déjame...Quiero huir de mí misma. (*Recorre la escena con grande agitación. Sor Dorotea va tras ella y trata de calmarla.*)

Dorotea.- Cálmate, por Dios...Hermana querida,, tus tormentos tocan a su fin. (*Mira con ansiedad hacia el portalón de la izquierda.*)

Electra.- (*Creyendo oír una voz lejana.*) Oye...Mi madre me llama.

Dorotea.- No delires...Otras voces, voces de personas, vivas, te llamarán...

Electra.- Es mi madre...¡Silencio!...(Oyendo. Entra Pantoja por la derecha.)

Escena VII

Electra, Pantoja, Dorotea

Pantoja.- Hija mía, ¿cómo saliste de la iglesia sin que yo te viese?

Dorotea.- Salimos a respirar el aire puro. Electra se asfixiaba. (*Aparte.*) La hora se acerca...Dios nos ayudará.

Pantoja.- Hija mía, ¿te sientes mal?

Electra.- (*Con voz apagada y medrosa.*) Mi madre me llama.

Pantoja.- (*Cariñosamente, cogiéndola de la mano.*) La voz dulce de tu madre, hablándote en espíritu, te confortará, te ligará con lazos de piedad y amor a esta santa casa. (*Óyese por la iglesia coro de novicias.*) Escucha, hija mía, esas voces de los ángeles, que te llaman desde el Cielo.

Electra.- (*Delirando.*) Es el canto de los niños jugando al corro. Entre esas voces tiernas suena la de mi madre llamándome a su sepulcro.

Pantoja.- Estás alucinada. Es el coro de ángeles divinos.

Electra.- No hay ángeles, no, no...Oigo mi nombre, oigo el bullicio de los niños, que remueve toda mi alma. Son los hijos del hombre, que alegran la vida. (*Continúa oyéndose más apagado el coro de novicias.*)

Pantoja.- (*Inquieto.*) Hermana Dorotea, diga usted a la hermana guardiana que vigile la puerta de la calle Nueva y la de la Ronda. (*A izquierda y derecha.*)

Dorotea.- Voy, señor.

Pantoja.- No, no; yo iré...No me fío de nadie...Quiero vigilar todos los patios, todos los pasadizos y rincones del edificio. (*Alarmado, creyendo sentir ruido.*) Silencio...¿No oye usted?

Dorotea.- ¿Qué?...Nada, señor...Es aprensión.

Pantoja.- Creí sentir rumor de voces...golpes en alguna puerta lejana. (*Escucha.*)

Dorotea.- ¿Hacia qué parte? (*Mirando al foro derecha, detrás de la iglesia.*)

Pantoja.- Hacia la enfermería. ¡Oh, no tengo tranquilidad! Quiero ver por mí mismo...Electra, vuelve a la iglesia...Hermana, llévela usted...Espérenme allí...(*Dándoles*

prisa.) Pronto. *(Las conduce a la puerta de la iglesia. Se va presuroso, muy inquieto, por el foro derecha. Dorotea le ve alejarse, coge de la mano a Electra y vivamente vuelve con ella al centro de la escena. Electra, como sin voluntad, se deja llevar.)*

Escena VIII

Electra, Sor Dorotea

Dorotea.- Ven...A la iglesia, no.

Electra.- Aquí...Quiero respirar...Quiero vivir.

Dorotea.- *(Aparte, inquieta.)* Ya es la hora fijada por el marqués...Aprovechemos los minutos, los segundos, o todo se perderá. *(Mirando a la izquierda.)* Voy a franquearles el paso a este patio...*(Alto.)* Hermana, espérame aquí.

Electra.- *(Asustada.)* ¿Adónde vas? *(La coge del brazo.)*

Dorotea.- *(Con decisión, defendiéndose.)* A mirar por ti, a devolverte la salud, la vida...Disponte a salir de esta sepultura y llévame contigo.

Electra.- *(Trémula.)* Hermana...no te alejes de mí.

Dorotea.- Este instante decide de tu suerte. Volverás al mundo...verás a Máximo.

Electra.- ¿Cuándo?

Dorotea.- Ahora...le verás entrar por allí...*(Señala a la izquierda.)* ¡Silencio...valor...! No me detengas...No te muevas de aquí. *(Vase corriendo por la izquierda.)*

Electra.- ¡Jesús mío, Virgen santa!...¿Será cierto que...? Por aquí...por aquí vendrá...*(Cree ver a Máximo en la oscuridad.)* ¡Ah...es él!...¡Máximo! *(Hablando como en sueños, se aparta como lo haría de un ser real.)* Apártate de mí...déjame...No puedo quererte como hermano, no puedo...En el fuego está el crisol donde quiero fundir un corazón nuevo...¿No ves que no puedo mirarte?...¿A qué me miras tú?...No me llevarás al mundo..Aquí busco la verdad. Mi madre me llama. *(Con acento desesperado.)* ¡Madre, madre! *(Vuélvese de cara al fondo. Al sonar las últimas palabras de Electra, aparece la Sombra de Eleuteria, hermosa figura vestida de monja. Electra, de espaldas al público y con los brazos en cruz, la contempla.)* ¡Oh! *(Larga pausa.)*

Escena IX

Electra, la Sombra de Eleuteria, que vagamente se destaca en la oscuridad del fondo. Electra avanza hacia ella. Quedan las figuras una frente a otra, a la menor distancia posible

La Sombra.- Tu madre soy, y a calmar vengo las ansias de tu corazón amante. Mi voz devolverá la paz a tu conciencia. Ningún vínculo de naturaleza te une al hombre que te eligió por esposa. Lo que oíste fue una ficción dictada por el cariño para traerte a nuestra compañía y al sosiego de esta santa casa.

Electra.- ¡Oh, madre, qué consuelo me das!

La Sombra.- Te doy la verdad, y con ella fortaleza y esperanza. Acepta, hija mía, como prueba del temple de tu alma, esta reclusión transitoria, y no maldigas a quien te ha traído a ella...Si el amor conyugal y los goces de la familia solicitan tu alma, déjate llevar de esa dulce atracción y no pretendas aquí una santidad que no alcanzarías. Dios está en todas partes...Yo no supe encontrarle fuera de aquí...Búscale en el mundo por senderos mejores que los míos y...*(La Sombra calla y desaparece en el momento en que suena la voz de Máximo.)*

Escena Última

Electra, Máximo, el Marqués, Sor Dorotea

Máximo.- *(En la puerta de la izquierda.)* ¡Electra!

Electra.- *(Corriendo hacia Máximo.)* ¡Ah!

Pantoja.- *(Por la derecha.)* Hija mía, ¿dónde estás?

Marqués.- Aquí, con nosotros.

Máximo.- Es nuestra.

Pantoja.- ¿Huyes de mí?

Máximo.- No huye, no...Resucita.

Telón.

Fin del drama.



Ediciones



ISIDORA

Este libro se terminó de imprimir
El 1 de abril de 2015 en la Imprenta Safekat. S.L.